

ALVARO LÓPEZ NÚÑEZ

EL MUNDO SILENCIOSO

ENSAYOS PARA LA VULGARIZACIÓN DE
LOS PROBLEMAS DE LA SORDOMUDEZ



MADRID

IMPRESA HISPANO-ALEMANA

Gonzalo de Córdova, 22

1914

ALVARO LÓPEZ
NÚÑEZ

EL MUNDO SILENCIOSO

Precio
3.50 pes.

JT 132

J. V. b. b.
San Marcelo

JT
COM

ALVARO LÓPEZ NÚÑEZ



EL MUNDO SILENCIOSO

ENSAYOS PARA LA VULGARIZACIÓN DE
LOS PROBLEMAS DE LA SORDOMUDEZ



Augusto López Villabille

MADRID

IMPRENTA HISPANO-ALEMANA

Gonzalo de Córdova, 22

1914

7.1133460
C.

PRÓLOGO

Los *Ensayos* que se contienen en esta obra son estudios fragmentarios de algunos de los diversos aspectos con que se presenta en la realidad viviente el problema de la sordomudez.

Se dan al público con el propósito de vulgarizar una materia poco conocida, que ofrece, sin embargo, un gran interés para toda clase de personas. Se trata, en efecto, de una de las mayores infortunios de los que forman el retablo de la miseria humana, infortunio que por aniquilar el natural vehículo del pensamiento, menoscaba el poder mental de los individuos a quienes afecta, y les priva, además, de los

bienes que se derivan del concierto social, poniéndoles en situación inferior a la de sus semejantes. Y es lo más triste que en gran número de casos esta desgracia es evitable, bastando, para librarse de ella, cumplir sencillos preceptos higiénicos al alcance de todo el mundo. Cuando por circunstancias especiales la sordomudez no se puede evitar, es posible al menos, atenuar sus dolorosas consecuencias, con un tratamiento educativo apropiado que es honor de la Pedagogía. Finalmente, los modernos estudios sociales proporcionan medios abundantes para proteger a los sordomudos, incorporándolos a la sociedad de que antiguamente se les alejaba como seres de casta inferior, y para hacer de ellos valores útiles a sí mismos y a la comunidad de que forman parte.

El mundo silencioso en que viven los sordomudos ofrece ancho campo de estudio para quienes, convenientemente preparados, quieran trabajar en una materia de sumo interés médico-higiénico, pedagógico y social. La

mies es muy abundante, pero los trabajadores ¡ay! son pocos. El autor de estas líneas cree cumplir un deber, que es casi una obra de misericordia, divulgando lo que él ha aprendido para atenuar infortunios que le hirieron en lo más hondo del alma. ¡Quiera el Cielo que lo que aquí va escrito aleccione a los ignorantes, avive el celo de los tibios y enardezca el corazón de los hombres de buena voluntad, para que la causa de los sordomudos sea atendida como merece!

A. L. N.

EL PEDAGOGO

Diálogo de EULALIO y FILOCOFO

EULALIO

Apartémonos, Filocofo, del ruido y bullicio de la gente, y, retirados a aquel pacífico jardín que allí se ve, conversemos sobre una de las materias más importantes que puede solicitar la atención de los amigos de los niños.

FILOCOFO

Vamos a donde bien quieras, Eulalio, y vamos pronto, pues deseo trabar cuanto antes esa conversación que con tanta curiosidad me anuncias.

EULALIO

Por el camino podemos hablar también; y así, entrando en materia, he de decirte que me he decidido a hacerme maestro de sordomudos.

FILOCOFO

Noble aspiración es la tuya, y por ella te doy mi parabién, porque si siempre es digna de loa la labor del maestro, eslo mucho más la del maestro de los niños sordos, incapaces por sí solos de aprender nada, y condenados, si no se les educa, a permanecer toda la vida en un estado muy semejante al de las bestias.

EULALIO

La consideración de eso que acabas de decir, después de ver la desgracia en un sordomudo ineducado, es la que me ha inducido a entregarme a esta enseñanza con la que creo que se puede hacer mucho bien.

FILOCOFO

Tienes razón, Eulalio; pero antes de que ha-

blemos de este asunto, sería conveniente que me contases las circunstancias de ese caso que ha producido en tí tan noble vocación.

EULALIO

Oye, Filocofo. Visitaba yo días pasados en la cárcel a los infelices reclusos que allí purgan pecados propios o ajenos, cuando me enseñaron un pobre sordomudo, procesado por haber herido a un joven en una riña dentro de una taberna.

FILOCOFO

Triste caso es el que me cuentas, Eulalio, y ese crimen será uno más que añadir á la larga cuenta de los que son imputables al alcohol.

EULALIO

Al alcohol y al desamparo social, porque has de saber, Filocofo, que este sordomudo pertenece a una familia regularmente acomodada en el campo: el padre tenía un modesto pasar, pero el hijo, sordo de nacimiento y, por lo tanto, mudo en su niñez, se crió en el mayor abandono; por

ignorancia o desidia, nadie se cuidó de su educación, y creció el niño entregado a sus propios instintos, llegando a los quince años en estado casi salvaje. Como le castigaban cruelmente por sus travesuras, el muchacho se hizo irritable y vengativo, y como se veía menospreciado y combatido por todos, era pendenciero, y más de una vez acometió furioso a sus hermanos, llegando a ser un verdadero peligro en la casa. Un día, por fin, huyó, y puede decirse que su fuga fué celebrada por la familia. Como una alimaña vagó por campos y poblados, merodeando para mantenerse, pidiendo limosna aquí, robando allá, hasta que vino a dar en la corte, donde halló mayor campo para sus hazañas.

FILOCOFO

Si: siempre fueron las cortes imán de la gente desvalida, porque, como dijo Luis Vives, en ellas es grande la caridad y gruesa la limosna.

EULALIO

En la corte cayó, pues, este desdichado; pero

hubieron de salirle fallidos sus propósitos, porque precisamente para vivir del fraude y de la picardía en estos grandes campos de batalla, que no otra cosa son las cortes, se necesita un ingenio muy sutil y una voluntad muy fuerte, y ni una cosa ni otra tenía nuestro sordomudo. Y así, en el poco tiempo que permaneció en Madrid, pasó mil calamidades y desdichas: hambre, desnudez, enfermedades, miserias, hasta que vino á dar en la cárcel, donde tengo para mí que ha de comenzar su salvación.

FILOCOFO

Cuéntame cómo ocurrió el suceso de la taberna...

EULALIO

Fué uno de tantos sucesos, sin importancia, al parecer, que gente insensible lee indiferente en las crónicas de los periódicos. Entró el sordomudo en aquel lugar, y por señas pidió pan y vino, comenzando a consumir tranquilamente su pitanza; pero he aquí que otro joven que allí estaba, tomado ya de la bebida, quiso diver-

tirse a costa del sordomudo, fiado en que, por su desgracia, éste no sabría defenderse; y cuando el sordomudo no miraba, echóle en el vino otro tanto de agua. Enteróse el sordomudo, riñeron, y el atrevido recibió en la cabeza un garrotazo que le puso a dos dedos de la sepultura. Prendieron al agresor, lleváronle a la cárcel, y allí está, como he dicho, purgando el pecado de abandono social de que es víctima.

FILOCOFO

Ahora comprendo tu vocación, pues también a mí me hubiera ocurrido lo mismo.

EULALIO

En efecto: al ver a este joven de veinticinco años, encerrado en una celda, recorriéndola furioso como hiena enjaulada, con el torpe entendimiento atiborrado de ideas absurdas, sin criterio alguno moral, sin vocación para el trabajo, desposeído de toda vida espiritual y atento sólo a la satisfacción de sus instintos animales, errante por el mundo sin apoyo ni consuelo, sin poder comunicarse con los demás hombres por



faltarle el vínculo divino de la palabra..., pienso que este mismo joven, convenientemente educado podría ser hoy un hombre inteligente, entregado al honrado trabajo que le habría de proporcionar el sustento, suave en su condición, amoroso para los demás, rodeado de una mujer y unos niños que le amasen y respetasen, y concertado con sus amigos y compañeros para la vida social dentro de la noble actividad ciudadana.

FILOCOFO

Todo eso que dices es verdad, y comprendo que la miserable situación de ese desdichado haya suscitado en tu alma el generoso propósito de dedicarte a la enseñanza de los niños privados del oído. Tú piensas que si los padres, los hermanos, los amigos, las personas cultas y los hombres que por una u otra razón influyen en la marcha de los pueblos, se hubiesen cuidado de este infeliz educándole convenientemente, el hombre no estaría hoy en la cárcel; y como imaginas que no ha de ser éste el único caso de abandono, sino que debe de haber otros muchos, quieres dar

empleo a tus sentimientos caritativos acudiendo con tu trabajo al remedio de este mal, atacándole en su causa, mejor que en sus efectos.

EULALIO

Así es como lo dices, Filocofo.

FILOCOFO

Pero, vamos a ver: ¿has pensado bien en la magnitud de tu empresa? Porque tengo para mí que la enseñanza de sordomudos es una de las cosas más difíciles que la voluntad humana puede acometer.

EULALIO

Lo mismo pienso yo, Filocofo; pero confío en que el esfuerzo perseverante puesto al servicio de una inteligencia ilustrada por el estudio y por el consejo de los sabios, puede hacer cosas que a primera vista parecen imposibles.

FILOCOFO

Me agrada que seas optimista, porque el pesimismo es esterilizador, cuando no es la máscara

de la dejadez y la holgazanería... Hablemos, pues, del asunto que aquí nos ha traído, y puesto que requieres mi opinión, te diré que, a mi ver, lo primero que necesita todo maestro, y muy especialmente el maestro del niño sordomudo, es vocación.

EULALIO

Creo tenerla, porque para entregarme á esta enseñanza, no me mueve ningún impulso egoísta.

FILOCOFO

Ya lo sé, Eulalio; tú eres bueno.

EULALIO

No me mueve ni el justo aprecio de la fama, porque desde luego sé que no la he de adquirir, entregado a hacer el bien a los niños pobres, ni la honesta aspiración a ganar un jornal con que sustentarme, el cual, por la misericordia de Dios, no lo necesito.

FILOCOFO

Con eso te libras de graves contratiempos,

porque si bien es verdad que el maestro ha de sustentarse de lo que trabaja, también lo es que no hay cosa más vergonzosa que vivir de continuo pensando en el lucro, en una especie de simonía que pone precio a los beneficios espirituales.

EULALIO

No pienso en ello. Así es que bien puedo decir que el impulso que me mueve a esta empresa, es algo noble y puro que me sale del corazón, una voz que me llama a esta obra.

FILOCOFO

Está bien, y puedes decir que ya tienes andada la primera parte del camino. Presupuesta la vocación, pensemos ahora en lo demás. Veo con satisfacción que tu salud es buena, y que, sin peligro para ella, podrás entregarte a esa labor penosa que requiere hasta esfuerzos físicos que no todos pueden soportar.

EULALIO

Sí. Me tengo por hombre fuerte, sin ser un atleta.

FILOCOFO

Has de ser también fuerte de espíritu, quiero decir, perseverante, para no desmayar ante los obstáculos y dificultades que han de oponerse a tu labor. La cual es de resultados tan lentos, que a veces hacen desesperar á los encogidos.

EULALIO

Estoy persuadido de la fecundidad de la obra, y no me he de impacientar aunque tarde en dar fruto. Ya sabes, amigo Filocofo, que hace años que vengo estudiando todo lo que se relaciona con la enseñanza de los sordomudos, y que esta decisión que ahora pienso tomar no es una súbita improvisación hija de un estado de sentimentalismo pasajero: tal conducta sería tan absurda como la de quien al oír los ayes de un enfermo, se entregase sin más preparación al ejercicio de la Medicina.

FILOCOFO

Ya lo sé, y como hace tiempo que te veo aficionado a estos estudios, me parece razonable

que los utilices en bien de las personas desprovistas del oído y de la palabra.

EULALIO

Por eso creo que tu consejo ha de ser más provechoso, al caer en un campo abonado y preparado para esta siembra. Sigue, pues, diciéndome lo que tengo que hacer.

FILOCOFO

En primer lugar, has de formarte un claro concepto de lo que es un niño sordomudo, en el cual no has de ver nunca un sér de naturaleza distinta de la nuestra, sino un deficiente ó retrasado en la evolución mental, a quien, por medio de la Pedagogía hay que completar, por decirlo así, procurando dotarle de los medios adecuados para que pueda comunicarse con sus semejantes. Por no oír, el niño sordo no puede aprender la palabra por la vía natural de este aprendizaje que es el oído. El arte ha de suplir aquí á la naturaleza. El niño normal, el niño audiente, aprende el lenguaje y sus relaciones de una manera espontá-

nea, por sugestión del medio ambiente: aunque no se le enseñe nada, el niño, al oír hablar á los demás, lo aprende todo. No ocurre esto con el niño sordo, a quien su propia sordera aísla del ambiente educador, siendo preciso que de un modo intencional y reflejo se le enseñe la palabra, vehículo natural de todas las ideas.

EULALIO

Comprendo perfectamente lo que dices, Filocofo; pero has de permitir que te diga que, a mi juicio, el niño sordomudo no es un niño normal...

FILOCOFO

Perdóname que te interrumpa, Eulalio. Al decirte lo que te he dicho, en modo alguno he pretendido afirmar que el sordomudo sea un sujeto normal, es decir, una unidad del tipo corriente de los hombres sociales. Lo que creo, y eso he querido decir, es que el sordomudo es un sujeto educable, apartado temporalmente del concierto de los hombres normales, al cual llegará cuando termine su educación. Es ésta una doctrina de

optimismo, con la que salgo al paso de los incrédulos o de los perezosos, que, menospreciando la educación de los niños sordomudos, cometen un delito de lesa humanidad, que merece la execración de toda conciencia honrada.

EULALIO

Atenuada así tu afirmación, la comprendo perfectamente y aun la aplaudo. Tú dices que el sordomudo no es un sér anormal absoluto ó permanente como lo son los anormales psíquicos profundos, con los cuales hoy la Psiquiatría se muestra muy pesimista, sino un anormal relativo o temporal, sujeto de una rama especial de la Pedagogía, pero anormal al fin, que necesita, por lo tanto, un tratamiento especializado.

FILOCOFO

Sí. Lo que importa es hacer pronto una selección de los niños sujetos a nuestra jurisdicción pedagógica, a fin de separar los que solamente son sordomudos, pero conservan la integridad de sus facultades mentales.



EULALIO

Eso pienso hacer siempre. Porque los niños mentalmente anormales, necesitan un tratamiento especial, distinto del de los sordos y, además, por la índole de su deficiencia, pueden ser un grave peligro para los demás discípulos.

FILOCOFO

Presupuesta la normalidad de tu alumno en lo que se refiere a sus facultades intelectuales, has de cuidar de los dos sentidos que de un modo especial se relacionan con tu enseñanza; quiero decir, el oído y la vista. Por lo que respecta al oído, conviene que te enteres bien de si el niño es completamente sordo o conserva algunos restos de audición, los que con frase gráfica han sido llamados islotes auditivos, porque, según ocurra el uno o el otro caso, así has de proceder de una u otra manera. Si el niño es absolutamente sordo, preciso será que le eduques por el método oral, con sus dos modalidades, activa y pasiva, es decir, articulación y lectura labial; y si oye algo, emplearás el método acústico, que es a

la vez gimnasia del oído y procedimiento de enseñanza y hasta terapéutica funcional. Por descuidar este examen de la capacidad auditiva, se educan como niños sordos muchos que no lo son, pero que llegan á serlo por atrofia del sentido falto de ejercicio.

EULALIO

Y de la mímica, ¿qué me dices?

FILOCOFO

Sobre eso te he de decir que hay dos clases de mímica: una, la mímica natural, accesible a todos los hombres y por todos los hombres empleada, la cual es un poderoso elemento expresivo auxiliar del maestro, así cuando se usa el método oral como cuando se usa el acústico; hay otra mímica, que es la convencional o artificiosa, inventada para sustituir a la palabra y que, como sabes, es la que emplean los sordomudos del antiguo régimen, es decir, los que no han aprendido la palabra articulada. De esta mímica has de huír durante el período de la enseñanza, pues la

experiencia demuestra que, simultaneando aquellos signos con la palabra oral, el niño los prefiere a esta misma palabra, por ser de expresión más fácil, y así el aprendizaje de la palabra hablada viene a ser difícilísimo y los resultados son exiguos cuando no completamente nulos.

EULALIO

Estoy conforme con lo que me dices, y por eso he preferido siempre el llamado método oral puro, es decir, sin signos mímicos auxiliares, lo que no es obstáculo para que el sordo aprenda la mímica convencional cuando ya posea el lenguaje hablado. Y ¿qué más tienes que decirme respecto a esta enseñanza?

FILOCOFO

No creas, amigo Eulalio, que yo puedo decirte muchas cosas sobre esta difícil materia, pues no soy especialista en ella, y debo limitarme a conversar contigo en el terreno de las ideas generales, de los conceptos metafísicos, señalándote el camino que has de seguir o las orientaciones,

como ahora se dice. Si no temiera que me tacharas de excesivamente unitario ó exclusivista, te diría que, supuesto el conocimiento de la técnica pedagógica de la sordomudez, la única regla de este sublime arte se reduce a emplear con el alumno sordomudo el mismo procedimiento que emplearías con un niño normal.

EULALIO

Aunque me parece comprender el alcance de esa teoría, te ruego, Filocofo, que me la expongas con mayor extensión.

FILOCOFO

Quiero decir que a medida que por los procedimientos técnicos adecuados enseñas a tus discípulos la pronunciación de las letras, de las sílabas, de las palabras, has de conversar con ellos, procurando que se habitúen á considerar el lenguaje hablado como un ambiente, una condición de la vida social. Habla mucho con tus discípulos, Eulalio; habla mucho, aunque ahora no te entiendan, porque día llegará en que

te entenderán y en que se aprovechen estas conversaciones que ahora podrían parecer estériles. ¿Crees tú que el niño normal, audiente, a quien su madre habla de continuo en los primeros años de su vida, entiende todo lo que le dicen? No, por cierto; antes puede afirmarse que la mayor parte de las palabras que oye son para él completamente ininteligibles; pero, a fuerza de oírlas un día y otro, acaba por comprenderlas y por repetir las. Pues a esto mismo has de aspirar en el sordomudo: háblale continuamente, haz que lea las palabras en tus labios y en los de los demás, edúcale en un ambiente de normalidad, y conseguirás resultados que a tí mismo te han de sorprender.

EULALIO

Lo comprendo. Ese es el procedimiento que se sigue hoy en las escuelas de idiomas para enseñar las lenguas extranjeras: crear el ambiente que ha de educar al alumno, y dejar que el ambiente le eduque. ¿No es eso?

FILOCOFO

Sí: y es tan propia la comparación, que creo

debes tomarla como base de toda tu labor, porque para el sordomudo, la lengua de su patria es ¡ay! una lengua extranjera. Educarás, pues, al sordomudo en un ambiente de normalidad, ambiente en el que tiene que vivir, porque de otro modo, si le formas en ambientes especiales, limitarás el campo de su expresión mental al círculo restringido de la anormalidad.

EULALIO

Está bien... Además, me has dicho que debo cuidar con especial esmero del sentido de la vista de mi alumno, y esto también requiere alguna explicación.

FILOCOFO

Sí, Eulalio. La vista suple en el sordomudo la ausencia del oído, y es el instrumento principal para la adquisición del lenguaje. El sordo educado por el método oral, lee las palabras en los labios, y aun en otras regiones del rostro de su interlocutor; por eso esta lectura se llama labial, y aun mejor, facial. Movimientos imperceptibles

de los labios, vibraciones también invisibles para nosotros de las alas de la nariz a de los músculos de las mejillas, son visibles para el sordo educado, el cual, por medio de esta educación adquiere una capacidad visual que a nosotros nos parece verdaderamente peregrina. Recuerda el caso de aquel sordomudo que hallándose en un cinematógrafo se reía al presenciar una de las escenas mas terroríficas de la obra que en la película iba apareciendo; y preguntándole que por qué se reía, contestó que, porque cuando el actor parecía que iba a matar á la actriz, la decía cosas graciosísimas que el sordomudo leía en los labios y que para los demás espectadores pasaban inadvertidas. Esta sutileza del sentido de la vista así educado, nos obliga a cuidar con especial esmero de los ojos de nuestros niños, observando escrupulosamente las reglas de la higiene, y tratándolos siempre con aquella solícita delicadeza propia del trato con instrumento de previsión, sutiles y quebradizos... Pero, ya la noche se nos viene encima, y preciso es que tornemos á nuestra casa.

EULALIO

No nos separaremos, amigo Filocofo, sin que antes me aconsejes lo que debo hacer para tener siempre aquella reserva científica, aquel tesoro interior con que el maestro acude a las necesidades imprevistas de la labor diaria.

FILOCOFO

Te recomiendo el constante estudio de los grandes maestros... Elévate siempre a las altas cimas desde donde se descubre el inmenso horizonte. Desde la cumbre podrás orientarte mejor, para descender luego al llano y seguir el buen camino. Estudia esta difícil materia en los libros y en la realidad, sin exclusivismos de ninguna clase, aspirando a dominar la teoría y la práctica, la ciencia y el arte a la vez, pensando que, como ha dicho un sabio, la teoría sin la práctica conduce a la utopía, mientras que la práctica sin la teoría lleva derechamente al rutinarismo.

EULALIO

Comprendo que es difícil la profesión que he elegido, pero esta idea no ha de hacerme retro-



ceder, porque me anima, me conforta y me sostiene la suprema belleza del ideal...

FILOCOFO

- Difícil en sumo grado, porque a sus naturales dificultades se han de sumar los obstáculos que han de suscitarle la envidia de unos y el egoísmo y las bajas pasiones de otros.

EULALIO

Repito que tales obstáculos no han de hacerme desistir de una empresa que tengo por una de las más nobles en que puede emplearse el ingenio y la voluntad del hombre; y a los que me motejan con injusticia, podré decirles aquellas palabras del Divino Maestro que son la regla del éxito: «Cree á las obras y no a las palabras», y les preguntaré además por las obras que ellos han hecho... Pero, dime, Filocofo: ¿nos hemos de separar ahora sin que me des algunos consejos referentes a mi trato con los niños? Porque entiendo ser esta una de las cosas más importantes de la Pedagogía.

FILOCOFO

Lo que yo pudiera decirte, amigo Eulalio, sobre ese particular lo sabes tú tan bien como yo; pero puesto que me preguntas, te diré que a tus discípulos has de tratarlos como trataría un padre a sus hijos, con extremado amor y con aquella especial solicitud que requiere quien aún no se basta a sí mismo y continuamente se halla expuesto á mil peligros, no sólo de orden físico, sino del moral e intelectual, que son mucho más graves.

EULALIO

Sí: pienso hacerlo como dices, amigo Filocofo.

FILOCOFO

Tratándose de una persona buena y honrada, de dulce y apacible condición, como lo eres tú, amigo Eulalio, no creo que sea menester recomendarte la suavidad en el trato de los niños sordos, porque si siempre la infancia mereció ser acariciada con ternura, lo merece mucho más cuando a su propia debilidad añade la consideración debida a la desgracia.

EULALIO

Siempre lo creí así, Filocofo, sin que haya sido preciso recordarme aquella sentencia en que Quintiliano dice que a los niños les es debida máxima reverencia. Pienso que es bárbaro y cruel y que merece la execración de sus conciudadanos el hombre que, prevaleciéndose de su fuerza, de su posición y de su ascendiente sobre el niño, le golpea por que no sabe la lección, y que es todavía más criminal quien de tal modo castiga a un niño sordomudo, incapaz de defenderse y aun puedo decir que de quejarse.

FILOCOFO

Y con esto basta por hoy... La noche se nos viene encima, y es hora de recogerse. Tengo para mí que no hemos perdido el tiempo, y aunque la materia es inagotable, ni yo sé más, ni tú tampoco necesitas ya mi consejo.

COLONIAS

Una de las muchas reformas provechosas que don Juan de la Cierva realizó desde el Ministerio de la Gobernación fué la creación de los sanatorios marítimos para niños pretuberculosos, utilizando al efecto los locales y los elementos sanitarios de los antiguos lazaretos de Pedrosa y Oza. La lucha contra la tuberculosis es una apremiante necesidad de los tiempos modernos, porque tan terrible plaga social, perfectamente curable cuando se la ataca en momento oportuno, ocasiona en los pueblos que la padecen espantosos estragos, comparables a los de las guerras más cruentas. Muy justificado es el dolor con que se recibe la noticia de haber ocurrido cincuenta o cien bajas en un combate; y, ciertamen-

te, nadie tachará de afeminado sentimentalismo la noble aspiración pacifista, en el recto y generoso concepto de esta palabra, con que se pretende por todos los espíritus cristianos instaurar en los pueblos modernos un régimen contencioso exclusivamente jurídico que permita resolver los conflictos internacionales por medio del arbitraje, aplicándoles los mismos procedimientos con que los individuos resuelven sus querellas. Pues si consideramos justificados estos clamores contra los males de la guerra, ¿cuánto más no lo serán los que se levantan contra esa otra guerra silenciosa, en la que un enemigo artero que penetra en todos los hogares se lleva sin ruido ni escandalosa efusión de sangre miles y miles de vidas, que escoge precisamente entre lo más florido y granado de la juventud y de la madurez, sin acepción de jerarquías ni personas? Así a la tuberculosis puede aplicársele de un modo restricto el vulgar aforismo del clásico: *Equo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres...* ¿Qué diríamos de una guerra permanente que causase cuarenta mil víctimas al año? Pues esa es la pérdida vital que la tuberculosis produce todos los años en España...

En la lucha contra la tuberculosis es un elemento de importancia capital la higiene pedagógica y el tratamiento infantil ordenado, con que se fortifican los organismos de los niños débiles, y especialmente de los que sufren diátesis depauperantes que, por desgracia, abundan en los grandes centros de población. La ciencia afirma que toda la terapéutica de la tuberculosis se reduce a fortificar al organismo para que por sí solo pueda aniquilar al microbio. Parece ser que todos llevamos en nuestra sangre el terrible germen, pero su virulencia se atenúa y aun se destruye en los individuos sanos con los propios elementos defensivos que la naturaleza, siempre conservadora, ha dispuesto en el mismo líquido vital; pero no ocurre esto con los organismos débiles ó enfermos, en los cuales los microbios patógenos resultan siempre vencedores. ¡Doctrina consoladora que nos debe hacer a todos amantes y devotos de la higiene! Nada tendremos que temer del enemigo si somos fieles guardianes del decoro de nuestra propia fortaleza... En los niños, por su mayor capacidad receptiva de los gérmenes, esta vigilancia es más necesaria y de más seguros resultados. La mayoría de los niños pre-

tuberculosos pueden conseguir, con la adecuada asistencia profiláctica, una verdadera defensa contra la terrible enfermedad. La experiencia de muchos pueblos y lugares permite abrigar esta dulcísima esperanza. Y entre los niños más necesitados de este tratamiento se hallan los niños sordomudos.

En efecto: gran parte de los casos de sordera congénita provienen de afecciones meníngeas de carácter tuberculoso, o de otras causas degenerativas que convierten a los sordomudos en sujetos pretuberculosos, campo abonado para la horrible enfermedad. La mayoría de los niños sordomudos son por tal razón enfermizos, materia siempre predispuesta al linfatis-mo, a la escrófula y a otras diátesis que hieren cruelmente a la infancia degenerada. Su dinamismo fisiológico se manifiesta sumamente atenuado, y la expresión de languidez, y aun de tristeza, que los domina, procede, no tanto de la sordera, como de la atonía orgánica radicada en la misma esencia de la vida.

Conviene también advertir, en lo que se refiere a este punto, que los niños sordomudos de que han de nutrirse estas colonias especiales, son

ordinariamente criaturas depauperadas por el ambiente urbano y el medio social: pertenecen a familias modestas, a veces pobrísimas, y están condenados á vivir en cuartos interiores que carecen de aire, de luz, de sol y de otras condiciones necesarias para la conservación de la salud en defensa contra los agentes morbosos. Su alimentación suele ser insuficiente, como lo es también el cuidado higiénico con que se evitan o eliminan muchos elementos de infección, porque ¡triste es decirlo!, pero es verdad: la higiene es frecuentemente incompatible con la pobreza.

Para los niños sordomudos, en general, existe además otra causa de predisposición tuberculosa, y es el procedimiento de enseñanza que, por deficiencias de organización escolar, cuando no por ignorancia o pereza, suele emplearse con ellos. Me refiero a la Mímica, en sus modalidades de alfabeto manual y signos llamados metódicos, con que se pretende suplir la falta de palabra oral en las personas privadas del oído. Las señas son el mayor enemigo de la palabra. La experiencia demuestra que los niños educados por el procedimiento mímico no aprenden nunca a hablar: quedan, por lo tanto, condenados a mu-

tismo perpétuo. Y es bien lamentable pensar esto cuando con el método oral, preconizado hoy por los más grandes maestros y especialistas de todo el mundo, y practicado felizmente por quienes tienen vocación y preparación adecuada para ello, los niños sordos aprenden el lenguaje oral, no sólo para expresar claramente sus ideas por medio de la palabra articulada, sino también para leer la palabra ajena en los labios del interlocutor. Pues bien: la enseñanza oral que crea y asegura en los niños sordos la necesidad de hablar oralmente, es un ejercicio saludabilísimo de gimnasia respiratoria; mientras el mutismo mantiene en constante inercia el aparato de la fonación y predispone á gravísimas complicaciones pulmonares, glossofaríngeas y adenoideas.

Doloroso es que haya que lamentar tan bárbaro atraso precisamente en España, la patria del oralismo, practicado con éxito maravilloso por fray Ponce de León en el siglo xvi; pero ésta es la realidad, no obstante la continua propaganda de los especialistas y las disposiciones de los textos legales que prohíben el uso de las señas en la enseñanza de los sordomudos. También es cierto, sin embargo, ¡triste consuelo! que en otras

naciones muy adelantadas ocurre lo propio... Esto no obstante, el general movimiento de protección en favor de los deficientes, que en los últimos años se ha extendido como una bendición por nuestro país; la labor de publicistas, asociaciones y congresos de la especialidad, y el ejemplo admirable de la selecta minoría oralista, prez insigne de nuestra pedagogía sordomudística contemporánea, permiten abrir el pecho a la esperanza de maestros y de tiempos mejores, para bien de los sordomudos y honor de la Ciencia española.

* * *

Aquí están los niños sordomudos, candidatos para formar el rebañito que hemos de conducir al Sanatorio. La selección no es dudosa, porque se hace automáticamente con este admirable procedimiento de la cutirreacción. La cutirreacción provocada por la inyección de un suero especial, es el medio por el cual el terrible bacilo de Koch, germen específico de la tuberculosis, se hace patente en la piel del sujeto sometido a esta prueba diagnóstica. Nuestros pobres

niños sordomudos, entregados inocentemente a esta experiencia desconsoladora, y aun las madres que los acompañan, no saben lo que esto significa; se imaginan que se trata de una de tantas inoculaciones profilácticas con que la ciencia moderna defiende el organismo contra una posible infección. El doctor y las personas que le auxilian interrogan discretamente a las madres de estos niños, y descubren que la mayoría de los casos de sordomudez adquirida tienen por causa la terrible meningitis. Para los casos de sordomudez congénita, la inquisición descubre la causa en los antecedentes hereditarios: padres tuberculosos, alcohólicos, sífilíticos, epilépticos, degenerados física o moralmente, unas veces por la miseria, otras por el vicio. Aquí se cumple una vez más la inexorable ley de la herencia que hace que paguen justos por pecadores.

Los niños están muy contentos, porque saben que van a ver cosas nuevas; el viaje en tren los encanta, el mar los atrae. Saben que se les darán trajes nuevos muy bonitos, y sienten, además, aunque sea de un modo instintivo, el bienestar del ambiente amoroso y protector que los rodea; y como también les hemos dado caramelos, se

despiden de nosotros, con alegre semblante, tirándonos besos con sus dedos rosados, porque no saben expresar de otro modo sus sentimientos de cariño y gratitud.

*
* *

Ya tenemos el rebañito en camino para el Sanatorio. No creais que por romanticismo literario vayamos a decir que todos estos niños son bellos como ángeles. La realidad es otra cosa, siendo preciso reconocer que con muchos de estos inocentes ha sido muy cruel la naturaleza. Algunos tienen la cabeza deforme; otros son prognatos y ostentan una mandíbula desmesurada; varios, afectos de raquitismo, ofrecen a nuestra conmiseración pechos y espaldas prominentes entre los que se hunde la cabecita; otros tienen las orejas muy largas y apartadas de las sienes; una niña sordomuda tiene la desgracia de ser tuerta, y su contemplación nos llena de dolor porque pensamos en el riesgo de la ceguera... Todos son delgaditos, pálidos y débiles. Nosotros los amamos más porque son desgraciados.

El tren marcha, comenzando para los niños

las fuertes emociones. Los túneles les producen el mayor asombro. Cruzamos vertiginosos por verdes campiñas donde tranquilamente pacen vacas y novillos; los niños señalan con el dedo, exteriorizando los varios sentimientos que les produce la vista de aquellos animales: algunos niños, de procedencia rústica, recuerdan tal vez el pueblo natal, con sus bueyes trabajadores e inofensivos; otros, urbanos, que no han visto estas reses más que en las bárbaras corridas de toros, se admiran al contemplarlas allí tan quietas, y se satisfacen al sentirse asegurados dentro del tren contra posibles embestidas. Los pueblecitos que pasan raudos, como una visión cinematográfica, les causan también una profunda impresión. Pronto se forman grupos en el interior de los vagones, en torno de los niños más avisados y que, a su manera, explican lo que ven: todos les siguen con gran atención y repiten las señas que ellos hacen: porque la inteligencia se impone siempre, y los hombres se mueven por ideas... Cruzamos ríos, atravesamos montañas, serpeamos por caminitos que parecen inaccesibles..., pasan llanuras inmensas, aldeas y ciudades... Los niños se duermen: nosotros velamos

su sueño. Cuando despierten ya estarán en el mar.

*
* *

Cruzamos la espléndida bahía. El mar está rizado por una suave brisa, y en su trémula superficie se refleja con vigor la luz intensa de una mañana de Agosto. En el puerto se yerguen majestuosas las embarcaciones de alto porte: una de ellas, blanca y dorada, de líneas elegantes y sutiles, es la nave de los Reyes. Muchedumbre de navecillas, golondrinas, gasolineras, lanchas pescadoras, con aparejos de diverso linaje, se ofrecen a la curiosidad de los expedicionarios, en reposo unas, hendiendo gentilmente las aguas otras. Un ejército de hombres y mujeres se mueve en los andenes y malecones del puerto, entregado al hornigueo del trabajo marítimo, cargando y descargando barcos, limpiando artefactos complicadísimos, despachando mercancías y pasajeros, contratando y discutiendo comisiones y mensajes. Dominando aquel cuadro de hermosura, de riqueza y de poderío, se extiende la ciudad en un inmenso anfiteatro, con sus palacios espléndidos, sus jardines y sus fábricas, trepando

siempre hacia la montaña como queriendo dominar con vista de águila aquel mar inquieto que a todos sustenta y á todos enorgullece y enamora. En el fondo, como una muralla inaccesible al enemigo, se yerge la formidable sierra a cuyos pies, semejante a una canastilla de flores y verdura, está la bella isla donde nosotros vamos a buscar la salud y la alegría para estos niños sordomudos.

Los cuales contemplaban aquel no imaginado cuadro con asombro muy cercano al estupor. Su vista, acostumbrada a los mezquinos horizontes de la ciudad, gozaba al extenderse por aquellas superficies inmensas en que mar y cielo se disputan la idea de lo infinito. Las sensaciones se espiritualizaban más en ellos al sentirse conducidos raudamente sin trepidaciones ni dificultades por la lancha automóvil que, como un cisne, se deslizaba suavemente sobre la superficie de las aguas. Algunos de estos niños tenían miedo, y se asían fuertemente á las personas que los acompañaban. Pero a los pocos minutos, ya se habituaron al ambiente, y se entregaron por completo al bienestar, sonriendo y exteriorizando en todo su sér el gozo de que tenían inundada el alma.



A medida que nos acercábamos a la isla, iba inguiendo pormenores muy interesantes, En el desembarcadero esperaban los profesores del Sanatorio, espíritus selectos, hombres y mujeres de buena voluntad, consagrados en cuerpo y alma al bien de los niños: entre ellos estaba una amiga nuestra, atribulada por el dolor, que había ido a buscar consuelo poniéndose en contacto con otros dolores y practicando el bien con los niños desgraciados: suerte de compensación que Dios reserva a los corazones piadosos. Los niños que ya estaban en el Sanatorio, también esperaban a nuestros sordomudos, prorrumpiendo en ruidosas aclamaciones de salutación y de alegría, sin pensar tal vez en que los nuevos compañeros no podían enterarse de ellas.

Pasamos un día muy grato en el Sanatorio, recorriendo sus arboledas seculares y disfrutando la frescura confortativa de sus bosquecillos de laureles, eucaliptos, pinos y castaños, ornados de hortensias, dalias, geranios y otras flores de bellas colores y delicados é inofensivos aromas. Convivíamos con los niños, continuamente beneficiados por las caricias del sol y del mar, y nos servía de gran consuelo el placer con que se entre-

gaban a la libertad aquellos inocentes, condenados luego a todas las torturas del medio social en que tendrían que volver a vivir. Aplaudíamos el tratamiento pedagógico, sobrio y circunstancial, siempre al aire libre, en un ambiente de serena alegría y de familiar y respetuosa confianza. Finalmente, hubimos de elogiar también la ordenada administración, y el esmerado servicio sanitario, con que una prudente previsión se adelantaba a posibles contingencias patológicas.

Desde la altura de aquel miradero descubríamos el cuadro admirable de la bahía, y en su fondo el anfiteatro de la ciudad con sus casas amontonadas unas sobre otras, y sus fábricas humeantes que ennegrecían el cielo por aquella parte, y sentíamos impulsos de apostrofarle como causante de los males que con el Sanatorio tratábamos de disminuir. En aquel caserío negro y ruinoso creíamos ver personificado este régimen social que, violentando a la naturaleza, es causa de tantos dolores: la esclavitud de unos sirviendo a los placeres de otros; el hombre explotando a la mujer y al niño; la desapoderada ambición y la insensibilidad en los de arriba correspondiendo a la brutalidad bárbara de los de abajo, y el egios-

mo, la incultura y el vicio, siendo el fondo de la vida de la colectividad que se tiene por civilizada. Simbolizando todos estos males en aquel montón de casas que remataba el horizonte, pensábamos: «No, monstruo horrendo: no nos arrebatrás a estos niños para hacerlos víctimas inocentes de tus crímenes de lesa humanidad. No agotarás sus energías ni chuparás su sangre en fábricas y talleres para que te enriquezcan; no los extenuarás en escuelas y colegios para que te den lustre de sabiduría; no los encerrarás en buhardillas y viviendas inmundas; no los envenenarás con alimentos adulterados; no los corromperás con ejemplos inmorales; no matarás su fe sana y santa con tu escepticismo senil, ni los marcarás, aun antes de nacer, con los estigmas dolorosos y vergonzosos de tus vicios. Y no harás esto, porque te lo impedirá la voluntad de los hombres de bien guiada por las luces de la Higiene y de la Moral.»

*
* *

A la caída de la tarde abandonamos el Sanatorio. Los niños bajan al embarcadero á despedirnos, y lloran porque nos marchamos; pero nos

consuela el pensar que pronto han de olvidar estos momentos dolorosos, y estarán muy alegres y contentos entregados a la naturaleza en la isla bienhechora. Nosotros seguiremos tristes y preocupados... Raudamente nos alejamos de la isla. Los sordomudos, el jorobadito, el macrocéfalo, el de las largas orejas, el de la mandíbula prognata, la niña tuerta, la otra maculada con el sello de la degeneración, y aquella otra a quien es preciso sostener para que no se caiga..., todos nos despiden tirándonos besos.

ESTRUENDÓPOLIS

Uno de nuestros más preclaros ingenios ha inventado esta palabra híbrida, pero significativa, para calificar a las ciudades modernas, rodeadas siempre de una atmósfera de ruido y confusión muy nociva para la salud del cuerpo y aun para la del alma. Es necesario pasar unos días en la dulce calma y en el amable sosiego del campo, para apreciar en toda su horrisona magnitud, al volver á la ciudad, este bárbaro estruendo que tal vez algún pusilánime tenga por sello característico de la pujanza de la civilización. Ruidos estridentes de tranvías y coches que ruedan por pavimentos de piedra ó de asfalto; bramidos infernales de automóviles; titilar histérico de infinitos timbres eléctricos; chirridos de muchedumbre

de máquinas; tañidos intensos de campanas; rodar atronador de monstruosos camiones que parecen casas errantes; silbidos de locomotoras y otros mil sonos indefinibles, forman una orquesta infernal, una sinfonía diabólica que mantiene en constante excitación los nervios, produciéndonos una fatiga semejante a la del más rudo trabajo.

Pero, ¿es necesario tal estruendo? Creemos que no, y aun nos atrevemos á opinar que los mismos servicios mecánicos relacionados con estos ruidos, estarían un poco mejor si el ruido se redujese a extremos razonables. Comprendemos el silbido de la sirena de un automóvil en la curva de una carretera por la que tranquilamente discurre el pacífico pastor o el distraído caminante, los cuales, al oír tan nunca imaginado berrido, volverán la atención al lugar por donde viene y cuidarán de ponerse en salvo. Pero ¿quiere decírsenos de qué sirven estos bramidos en la Puerta del Sol de Madrid, ó en la Avenida de la Opera de Paris, donde berrean a la vez cientos de automóviles, y su ruido se mezcla al de los coches, carromatos, ómnibus y tranvías y al que producen las voces de las personas, el chasquido de los pasos y el piafar de las cabal-

gaduras? Medrado estaría quien no tuviese otro seguro, contra el riesgo de ser atropellado, que el aviso de la bocina. No la oirá, siendo como es un solo instrumento en la descomunal cencerrada callejera; pero en cambio se desorientará fácilmente ante la bárbara confusión, suficiente para producir el vértigo a la cabeza mejor asentada.

Lo mismo podemos decir del estridente silbido de las locomotoras en las estaciones de ferrocarriles. ¿Para qué este desaforado aviso? ¿No está prohibido el cruzar las vías y ponerse, por lo tanto, al alcance del tren, y no se hallan perfectamente vigiladas las estaciones para evitar esta desgracia? ¿Hay cosa más brutal que la entrada de un tren en una estación, ensordeciendo a la gente con silbidos feroces y con espantables resoplidos que tanto daño hacen en los oídos de todas las personas y especialmente en los niños de corta edad? ¿Cuántos atropellos ocurren dentro de las estaciones? Muy pocos. En cambio, son muchos los que acaecen en el campo, que es precisamente donde más debiera silbar la locomotora, y donde menos silba.

Y esto mismo podemos decir de la mayor parte de los ruidos urbanos que tienen converti-

das á nuestras grandes ciudades en verdaderas Estruendópolis. Son ruidos innecesarios, instintivos, salvajes, producidos por mero amor al arte del estruendo, y por cierta idea equivocada de la superioridad del ruido sobre el silencio. Los maquinistas y automovilistas que tan aficionados son a hacer sonar los silbatos y las sirenas de sus inarmónicos artilugios, deberían pensar que en la escala zoológica el estrépito suele ser compañero de la insignificancia. ¿Hay nada más ruidoso y menos visible que una chicharra? En cambio, el elefante y la ballena son mudos.

* * *

Es opinión de todos los otólogos que este ruido excesivo perjudica notablemente la función auditiva, llegando a producir sorderas muy lamentables y otras perturbaciones fisiológicas de gran cuenta. La experiencia individual confirma esta afirmación de la clínica; pero aunque así no fuera, bastaría observar lo que ocurre en ciertas profesiones ruidosas, que ocasionan frecuentemente la sordera, para evitar, con la buena voluntad de todos, tal estado de estruendo injustifi-

cado que mantiene en constante excitación los nervios auditivos. En efecto: todo el mundo sabe que la sordera, más o menos intensa, es una enfermedad profesional de los campaneros, los artilleros, los caldereros, los herreros, los mecánicos, los tejedores, los telefonistas, los trabajadores en sierras mecánicas, los metalúrgicos y, en general, de todos aquellos oficios en que por necesidad han de producirse ruidos violentos. Pero, precisamente por tratarse de enfermedades que son consecuencia del riesgo profesional, las personas que por necesidad se hallan expuestas a sufrirlas cuentan con poderosos recursos profilácticos, mecanismos preventivos y medios de defensa muy eficaces; y, al fin de la jornada, si la enfermedad sobreviene, cuentan también con el recurso reparador del seguro social, hoy, como es sabido, a cargo del patrono y aun del Estado en la mayor parte de los pueblos del mundo.

No ocurre esto con el pacífico ciudadano a quien, por defecto de organización social, se le obliga a vivir en un ambiente excesivamente ruidoso que le ocasiona graves perjuicios. ¿Qué defensa le queda a este desdichado sujeto contra la bocina del automóvil que le sorprende en una

plaza, el silbido de la locomotora en una estación o el vibrar estridente del teléfono que le sobrecoge cuando más sosegado se halla estudiando en su gabinete?

El retablo de las afecciones auditivas producidas por esta causa, es desgraciadamente muy extenso. A veces, los ruidos violentos desgarran el tímpano, sobre todo si el paciente es niño de corta edad, y ocasionan dolores violentísimos y hemorragias que pueden degenerar en peligrosas infecciones; otras veces esta misma membrana del tímpano, no se desgarran, pero se inflama, sobreviniendo la afección llamada miringitis, también muy dolorosa e igualmente propicia a las horrendas sepsis que llegan a destruir todo el aparato auditivo. El nervio acústico, además, encargado de la transmisión de las vibraciones sonoras, tiene una capacidad adecuada a la intensidad de los sonidos que la naturaleza ha señalado como receptibles por el hombre; y del mismo modo que los conductores eléctricos son ineptos para transmitir corrientes superiores a la propia capacidad de ellos, así los nervios acústicos, sutiles como cabellos, se rinden por impotencia orgánica a una carga superior a sus fuer-

zas. De aquí las gravísimas lesiones que no sólo producen sorderas incurables, sino también agudos sufrimientos de índole nerviosa, perturbaciones motrices y vértigos. Quien conozca la delicada contextura de este maravilloso aparato, cuyos elementos arquitectónicos son frágiles membranas, menudos huesecillos, canales casi capilares arrollados en complicadas curvas, hiliillos flotantes..., comprenderá cuán fácil es que venga a descomponerse a impulsos de estas atroces vibraciones a que se le somete de continuo. ¿Cómo no ha de destruir los estambres y los pistilos de las tiernas flores el huracán hecho a batir los robles seculares?

*
* *

De todo lo dicho hasta aquí se infiere la necesidad de refrenar esta tendencia salvaje al ruido, que es una de las grandes calamidades de los pueblos modernos. Preciso es respetar el oído de los pacíficos viandantes que tranquilamente discurren por las calles de nuestras grandes urbes, y para ello conviene elevar en el concepto público la idea de calle, la cual, para muchos, es

equivalente a lugar donde toda licencia es permitida, porque dicen que la calle es de todos. No, amigos, no: la calle no es de nadie, y por eso quienes por ella transiten han de contenerse siempre en los límites del mayor respeto á los demás, como si estuvieran de visita en casa ajena.

LA MANO PARLANTE

La mano es el instrumento precioso con el que el hombre ejerce el señorío que le ha sido dado sobre todos los seres de la tierra. Sin la mano, el hombre sería un bello animal, juguete y víctima de los demás animales que andan por el mundo. De poco le serviría la inteligencia que como luz divina le aclara el camino de la vida, ni la sensibilidad que a modo de centinela le anuncia cuidados y peligros, alegrías y dolores, ni esa reina de las facultades que llamamos voluntad, y que es fuerza, poder, acción, movimiento, energía, dominio. Todas estas maravillas de organización humana—pensamiento, sentimiento, volición—, serían ideales y contemplativas sin la mano, y bien puede afirmarse que sin este admirable ins-

trumento el hombre no hubiese podido vivir, y hace muchos siglos que la historia humana se habría acabado con los primeros hombres.

La mano es instrumento de defensa contra los elementos naturales, todos conjurados enfrente del hombre; el cual, desnudo, débil, desprovisto de garras, de cuernos, de afilados dientes y colmillos, de picos desgarradores, de alas que le permitan surcar los aires, de fuertes músculos que le hagan ágil en la carrera, de aletas nadadoras que le den la posesión de las aguas... ¿qué haría si no sucumbir al frío o al calor, entregarse a la furia del viento y de las olas, ser víctima de las bestias, de las aves rapaces, de los reptiles venenosos, o venir a perecer de hambre, deshonorado y miserable rey de la creación, en la oscuridad de una caverna?

Pero no: si en el principio de los tiempos fué ungido rey del mundo, también recibió entonces la mano con que sostener el cetro de su soberanía. Con la mano, el hombre dominó los elementos, cubrió su cuerpo de más ricas vestiduras que las que ostentan las flores del campo; convirtió en suntuosos palacios las cuevas; surcó los mares y los cielos; sujetó a humilde domesticidad las



bestias más feroces; ya que no podía trastornar las leyes de la naturaleza, las aplicó en su propio beneficio, y de las ciegas fuerzas destructoras hizo servidores leales e inteligentes; y no contentándose con emplear la mano en la defensa de su reino, la adiestró para más altos destinos, y con la pluma, con el pincel, con el buril, creó mundos nuevos en las sublimes regiones del arte y de la ciencia, donde no llegan los rigores del frío y el calor, ni los aullidos de las fieras, ni los venenos de los reptiles, y donde el ser humano es rey y señor del universo.

La mano no es sólo instrumento de defensa y de poderío, herramienta y cetro, órgano maravilloso que a veces esgrime la espada, a veces el compás; apto para mover el pesado azadón y el sutil plectro, y para crear la belleza con los bloques de granito del Escorial ó con las menudas piezas áureas de Cellini ó de Juan de Arfe. La mano es además un órgano expresivo: la mano hace visible los secretos del espíritu, las ideas de la inteligencia, los deseos y las inquietudes del corazón: la mano habla.

¿No habéis visto nunca las manos parlantes?... Aquel pintor greco-toledano que en nuestra Edad de oro fué la admiración de sus contemporáneos, y, después de un olvido secular, vuelve hoy a lucir con ingente gloria en el olimpo de nuestro Arte, exteriorizó de modo estupendo con su pincel este poder expresivo de la mano. En todos los cuadros en que Dominico Teotocópuli pintó manos, las pintó hablando. Observad las manos de aquellos caballeros graves y solemnes, con la noble cabeza radiante de ideas elevadas, severos a causa de su austeridad, con la melancolía que produce la grandeza decadente, con la tranquilidad que da el valor y la virtud: sus manos elegantes, ceñidas de encajes, todo primor y atildamiento, son elocuentes, hablan de cosas superiores y dignas, propias de hombres de refinada mentalidad que rendían culto al honor. A veces la mano lo es todo en la pintura del Greco, como ocurre en aquel estupendo retrato del caballero melancólico que extiende la serena mano sobre el pecho, como queriendo indicar los movimientos del corazón, donde seguramente anidan sentimientos generosos y señoriales. Otras veces el pintor traza manos dotadas de

violentísimos movimientos, como las de aquellos extraños apóstoles del Museo toledano, que, crispadas en unos, retorcidas en otros, y animadas en todos de ardiente realismo, expresan estados de alma que pueden ser en unos el dolor, en otros la duda, el miedo, la admiración, el amor... y en todos, el natural desequilibrio que en un sencillo espíritu, aún no confortado con la gracia, habrían de producir las ideas y los sentimientos emanados directamente de la Divinidad.

Llegó el Greco al más alto grado de expresión de la mano, en el maravilloso cuadro del *Espolio* que es asombro de propios y extraños en la sacristía de la catedral de Toledo. El Divino Salvador, pronto a ser despojado de sus vestiduras, aparece sublime y grandioso, con los ojos levantados al cielo..., y con la mano derecha puesta sobre el corazón, también extendida, como si con ella quisiese Jesús cubrir todo su pecho, inflamado de los más puros afectos de amor hacia los hombres. ¿Quién sería osado de traducir al frío lenguaje humano lo que esta mano divina quiere decir cobijando aquel corazón? «Mano más expresiva aquí que nunca—ha dicho un autor,—aislada, destacándose luminosa sobre un

fondo rojo, convertida audazmente en centro de atracción de las miradas y en rival del semblante...»

Mayores audacias que ésta acometió el Greco al emplear las manos de sus personajes como elementos estéticos de expresión. En el *Entierro del Conde de Orgaz*, donde el pintor, según universal juicio de los doctos, llegó a la cumbre del acierto, se admiran varias manos, finas, elegantes, modelo de belleza y distinción, manos que comentan con expresivas actitudes la escena que estamos presenciando; manos que tienen valor sustantivo, porque no se sabe a quién pertenecen, ni es preciso tampoco saberlo para comprender que están allí muy bien, realizando una función artística de gran cuenta. El poder del genio ha logrado aquí lo que parece absurdo: pintar manos que por sí solas, sin relación con persona determinada, contribuyan a la soberana armonía del conjunto.

*
* *

Esta es la mano viviente y dinámica, no la pintada y estática, aunque se halle vivificada por el portentoso genio del Greco. Esta mano que ahora vamos á ver, no es tampoco aquella de

Don Quijote, admirable «por la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, por donde sacar qué tal debía de ser la fuerza de su brazo.»

Es una mano femenina, de dedos largos y afilados, que se mueven graciosamente merced a una sabia experiencia. Es una mano de óvalo perfectísimo, que surge de un brazo gentil, como surge de su tallo flexible el fino capullo de una rosa. Es una mano de virgen bizantina, como las que pintaba fray Angélico, y, como ella, es marfilina y exangüe, con sutiles venas azules que la hacen más aérea y espiritual. Con esta mano, toda movimiento y vida, expresa mi amiga, la sordomuda, los pensamientos de su alma.

Mi amiga conversa conmigo valiéndose de la mano. He aquí que la bella mano comienza á moverse: es una mariposa que revolotea en el aire, trémula unas veces sobre un mismo punto, rauda otras, movida de ímpetu secreto, señalando la frente, los labios, los ojos, las orejas, el corazón. A veces se detiene esta mano apoyando su índice en la frente, como si quisiera libar el pensamiento y atraerle hacia afuera a modo de poderoso imán. Luego, vuelve á mariposear y se

posa sobre el corazón: ahora no son las ideas, sino los sentimientos los que quiere hacer ostensibles. Extendida hacia el espacio vacío, mueve sus ágiles dedos como si teclara en un clave etéreo y silencioso, despertador de ideas, y emociones, y adquiriendo a veces ruda rigidez, avanza como una garra para avisar un peligro o se contrae como una defensa para evitarlo.

Ahora los dedos se enlazan en múltiples combinaciones, cabalgando unos sobre otros, o tocándose suavemente para formar complicadas figuras: aquí la expresión se sutiliza y hace misteriosa, porque pasa de la mímica natural, comprensible a todas la inteligencias, a la mímica convencional, con sus letras dactilográficas, sus signos metódicos, que sólo entienden los iniciados en esta cábala de cifras fugaces, escritas en el aire y que sólo duran el tiempo preciso para verlas, como una estrella errante o un relámpago que fulmina en el horizonte...

Las manos hablan; pero mejor es que hablen las lenguas. Enseñad a hablar a los sordomudos por medio de la voz, y reservad a la mano su noble función de acompañar a la palabra y servirle de apoyo y comentario.

Las maestras franciscanas ⁽¹⁾

La educación de los niños afectos de sordomudez es de una importancia inmensa, porque ella no se propone enseñarles solamente a hablar, sino también a discurrir. El oído es el más intelectual de todos los sentidos, por ser el vehículo de la palabra, luz y verbo de la mente. Sin el oído, la inteligencia, abandonada su sola capacidad receptiva, se aísla y enmohece. Los sordomudos ineducados viven en las fronteras de la irracionalidad. A veces oímos decir de un niño que es anormal, que carece de inteligencia, que es

(1) Discurso leído en el acto de la distribución de los premios en el Colegio de la Purísima Concepción, de Madrid, el día 1.º de Marzo de 1911. Se ha suprimido el exordio, puramente circunstancial.

idiota o imbecil; no hay tal cosa: de lo que aquel niño carece es del medio comunicativo entre su inteligencia y el mundo exterior; abandonado a sí propio, continuaría en esta catalepsia mental; despierto por medio de una enseñanza adecuada, sería reintegrado al mundo de los inteligentes. La experiencia de todos los días permite hacer esta afirmación consoladora.

Es necesario que todo el mundo se dé cuenta de este aislamiento del niño sordo, y del gravísimo peligro de prolongarlo. Grande es, por su desgracia, el aislamiento del ciego, privado de la percepción de la luz; pero el ciego conserva la vía magna de las ideas, que es el oído, por el cual penetra en la mente la realidad externa; así vemos que el ciego, sólo por la sugestión del medio ambiente, oyendo lo que pasa a su alrededor, se educa a sí mismo, aguza su inteligencia y afina los sentimientos de su corazón. El trato pedagógico que recibe en las escuelas de su especialidad es puramente instrumental, y se limita a dar medios para aumentar la relación del sujeto con el mundo, ensanchando así la esfera de acción de la vida psíquica. Un ciego no instruído será todo lo ignorante que se quiera; permanece-

rá en un estado lamentable de pobreza mental y de inferioridad social; pero conservará siempre la elevada dignidad de persona consciente apta para la vida de relación.

No ocurre esto con el sordomudo, como queda dicho; porque la enseñanza, si no crea su inteligencia, por lo menos la despierta de un sueño muy parecido a la muerte. El instrumento de la enseñanza en todas las ciencias y las artes es la palabra; y este instrumento hay que crearlo en el sordomudo, porque el propio sujeto afecto de esta deficiencia orgánica nada puede hacer por sí mismo. ¡Cuán triste es pensar que por ignorancia o por pereza, muchos seres humanos, signados por Dios con la dignidad de personas racionales, pasaron por el mundo como bestias, porque no hubo una mano cariñosa que rompiera los sellos de su entendimiento! ¡Honor insigne de nuestra España ha de ser siempre aquel genio extraordinario, aquel humilde fray Pedro Ponce de León, que al enseñar a hablar a los mudos, ensanchó las fronteras de la humana racionalidad!

Permitidme, señoras y señores, que os cuente en breves palabras la historia simplicísima de

este compatriota nuestro. Pocas son las noticias que se tienen de Ponce de León. A ciencia cierta no se sabe cuál de nuestras ciudades pueda gloriarse de haberle dado cuna. Misterios son éstos que permite la Divina Providencia, sin duda para fomentar la virtud de la noble emulación entre los pueblos. Nueve ciudades de Grecia se disputan el honor de ser patria de Homero, y en nuestra misma España hay varios pueblos que se precian de ser patria de Cervantes. Yo, como leonés que soy, pienso que Pedro Ponce era de mi tierra, y me induce a creerlo así el hecho de haber pasado su infancia en el famosísimo monasterio benedictino de Sahagún, donde profesó, y el llevar el apellido Ponce de León, que es de castiza estirpe leonesa. Pero esta presunción no se puede probar documentalmente hasta ahora, porque ni en los archivos del monasterio de Sahagún, que hoy se conservan en el Histórico Nacional, ni en los de San Salvador de Oña, ni en las crónicas de la Orden benedictina, ni en los comentarios de expositores y apologistas, encontramos argumentos para ello. No es necesario tampoco: Ponce de León era español, y basta. En la vida de este hombre admirable, ocurre una

cosa singular. De su persona sólo sabemos que vivió en los monasterios de Sahagún y de Oña, resplandeciendo en todo linaje de virtudes, y que murió santamente en Agosto de 1584. De su obra maravillosa y genial tenemos noticias muy circunstanciadas por testimonios de varones eminentes de la época: el divino Valles, protomédico de Felipe II, Ambrosio de Morales, historiógrafo del mismo rey, el Padre Yepes y otros. El testimonio de Francisco Valles es de gran valor por tratarse de un varón doctísimo, lumbrera de su tiempo. Se halla inserto en el capítulo 3.º del libro *Sacra Philosophia*, impreso en León de Francia en 1595. He aquí la traducción en lengua castellana del texto de Valles, que es un glorioso monumento de la pedagogía sordomudística: «Este orden que se sigue de aprender la palabra antes que la escritura, y, por lo tanto, que la escritura signifique por la palabra más bien que ésta por aquélla, no implica necesidad natural ninguna; y así es que puede ésto realizarse de un modo totalmente diverso, pues el hacerlo como se hace es porque los hombres tienen más facilidad para hablar que para escribir. Pero que ello puede hacerse de una manera totalmente distinta lo

demostró claramente Pedro Ponce, monje benedictino, amigo mío, el cual, ¡cosa admirable!, enseñaba a hablar a los sordomudos, no con otro procedimiento que el de enseñarles primeramente a escribir: señalábales con el dedo las mismas cosas que eran significadas con aquellas letras, y después les estimulaba a que moviesen la lengua con movimientos que correspondieran a las letras; de donde se deduce que así como proceden rectamente los que gozan de oído comenzando por la palabra, así los sordos deben comenzar por la escritura: de todo lo cual se infiere que ni el uno ni el otro procedimiento son de necesidad natural. Ahora, lo que parece natural en quien usa de todos los sentidos, es el hablar primero y escribir después, como así mismo natural parece que, quien carece de oído, escriba primero y hable después, y que por la vista alcance el conocimiento de las cosas espirituales como por el oído lo consiguen los demás, cosa de que yo fui testigo en los discípulos de aquel amigo mío.»

El cronista Ambrosio de Morales, en sus *Antigüedades de las ciudades de España* (Alcalá de Henares, 1575), dedica también a Ponce de León elogios muy merecidos: «Otro insigne es-



pañol, de genio peregrino y de industria increíble si no la hubiéramos visto, es el que ha enseñado a hablar a los mudos con arte perfecto que él ha inventado. Y es el Padre fray Pedro Ponce, monje de la Orden de San Benito, que ha mostrado a hablar a dos hermanos y una hermana del Condestable, mudos. Y agora muestra a un hijo del Justicia de Aragón. Y para que la maravilla sea mayor, quédanse con la sordedad profundísima que les causa el no hablar. Así, se les habla por señas o se les escribe, y ellos responden luego de palabra y también escriben muy concertadamente una carta y cualquier cosa. Uno de los hermanos del Condestable se llamó don Pedro de Velasco, que haya gloria. Vivió poco más de veinte años, y en esta edad fué espanto lo que aprendió; pues, además del castellano, hablaba y escribía el latín casi sin solecismo y algunas veces con elegancia; y escribía también con caracteres griegos. Y porque se goce más particularmente esta maravilla, y se entienda algo del arte que se ha usado en ella, y quede por memoria, pondré aquí un papel que yo tengo de su mano. Preguntó uno delante de él al Padre fray Pedro Ponce cómo le había comenzado a ense-

ñar la habla. El dijo al señor don Pedro lo que se le preguntaba, y él respondió de palabra primero y después escribió así: «Sepa vuestra merced que cuando yo era niño que no sabía nada, *ut lapis*, comencé a aprender a escribir, primero las materias que mi maestro me enseñó, y después escribir todos los vocablos castellanos en un libro mío que para esto se había hecho. Después, *adjuvante Deo*, comencé a deletrear y después pronunciar con toda la fuerza que podía, aunque me salió mucha abundancia de saliva. Comencé después a leer historias, que en diez años he leído historias de todo el mundo, y después aprendí el latín. Y todo era por la gran misericordia de Dios, que sin ella, ningún mudo lo podría pasar». A todos los hombres doctos pongo por testigos de lo mucho que Plinio encareciera y ensalzara, sin saber acabar de celebrarlo, si hubiera habido un romano que tal cosa hubiera emprendido y salido tan altamente con ella, y ella verdaderamente es tan rara, admirable y provechosa, que merece grande estima».

Pero oigamos lo que el mismo Ponce de León con hermosa sencillez dice de su obra en cierta escritura otorgada en 24 de Agosto de 1578 ante



el escribano real de la villa de Oña para la fundación de una capellanía de misas: «... a los cuales (discípulos) con la industria que Dios fué servido darme en esta santa casa por méritos del señor San Juan Bautista y nuestro Padre San Iñigo, tuve discípulos que eran sordos y mudos *a nativitate*, hijos de grandes señores o de personas principales, a quienes mostré hablar y leer, y escribir y contar, rezar y ayudar a misa y saber la doctrina cristiana y saberse por palabra confesar, e algunos latín e algunos latín y griego y entender la lengua italiana, y éste vino a ser ordenado y tener oficio y beneficio por la Iglesia y rezar las horas canónicas; y así éste y algunos otros vinieron a saber y entender la filosofía natural y astrología; otro, que sucedería en un mayorazgo o marquesado y habría de seguir la milicia, allende de lo que sabría según es dicho, fué instruído en jugar todas armas e muy especial hombre de a caballo de todas sillas. Sin todo esto, fueron grandes historiadores de historias españolas y extranjeras, y sobre todo, usaron de la doctrina política y disciplina de que les privó Aristóteles».

No se sabe de un modo fehaciente que fray

Pedro Ponce de León escribiese obra alguna; pero no falta quien cree que un tratado admirable, el primero que se escribió en el mundo sobre la enseñanza de sordomudos, se debe al gran benedictino. Me refiero al libro «Reducción de las letras y arte para enseñar a hablar los mudos», impreso en Madrid en 1620 con el nombre de Juan Pablo Bonet «barlet-servant de Su Majestad, entretenido cerca de la persona del Capitán general de la Artillería de España y Secretario del Condestable de Castilla. Dedicado á la Majestad del Rey don Felipe III nuestro Señor». Realmente es extraño que hombre tan docto como Ponce y tan enamorado de su enseñanza no dejase escrito alguno de su especialidad, y que fuese Bonet, uno de sus continuadores, quien pocos años después de la muerte del maestro, saliera con una obra que es un monumento de sabiduría, y en la que haciendo un verdadero alarde de erudición muy propio de aquella época, se citan muchedumbre de autores de todos los tiempos y lugares y se omite el nombre de Ponce. Es éste un problema bibliográfico y crítico muy difícil, que ya ha sido apuntado por algunos investigadores y que tarde o temprano

llegará a dilucidarse. Entre tanto, baste saber que españoles fueron el primer maestro de sordomudos que hubo en el mundo y el primer libro que sobre esta materia se publicó, obra de tan extraordinario alcance científico y pedagógico que ha sido traducida a lenguas extranjeras, y para estudiar la cual el abate L'Epée, según propia confesión, no dudó en aprender la lengua castellana.

Rendido este homenaje de admiración a los iniciadores de nuestra enseñanza en España, justo es decir también que este impulso se continuó durante los siglos xvii y gran parte del xviii con otros maestros insignes, honor de nuestra patria: tales, Manuel Ramírez de Carrión, Pedro de Castro, Jacobo Rodríguez Pereira y don Lorenzo Hervás y Panduro. Siguió después un largo período de decaimiento, paralelo al decaer de todas las energías nacionales, viniendo el despertar en estos últimos años, gracias a los trabajos de algunos espíritus escogidos y maestros devotos de los progresos de la enseñanza: Nebreda, Huertas, Granell, Barberá, Bejarano, Tortosa y pocos más.

Desde que nuestro Ponce de León inició la Pedagogía de los sordomudos, se despertó en todas partes y se ha mantenido hasta nuestros días un gran interés por esta difícilísima materia, produciéndose una abundante literatura, en la que se han estudiado los diversos métodos o procedimientos ideados para esta enseñanza. Cuatro son los principales, a saber: el mímico que tiende a expresar el pensamiento por medio de gestos y movimientos naturales o convencionales; el dactilográfico que emplea las letras formadas en el aire con las diversas posiciones de los dedos y de la mano; el simplemente gráfico que hace uso de la escritura corriente, y el oral que emplea la misma palabra leída por el alumno en los labios de su interlocutor. De estos cuatro procedimientos, sólo el primero y el último, es decir, el mímico y el oral, tienen verdadero interés pedagógico especializado, y de ellos vamos a ocuparnos brevemente.

Hoy nadie defiende el método mímico puro, hecho añicos en Congresos, Asambleas y publicaciones pedagógicas de todo linaje. Pero aunque no lo defienda nadie, lo practican muchos, y por eso es necesario continuar en la brecha lu-



chando contra él. Sabido es que los signos convencionales o metódicos para expresar los pensamientos sin la palabra, fueron inventados por el famoso abate L'Epée y ampliados más tarde por otro insigne sacerdote francés, Sicart. Pretendían estos espíritus caritativos y bien intencionados hacer de las manos instrumento para las ideas, y, tan completo, que con los signos pudiesen expresarse, no sólo los hechos del mundo físico, sino los del intelectual y moral. Sin embargo, cualquiera comprende cuán difícil ha de ser expresar por signos gráficos los delicados matices del pensamiento, los conceptos abstractos, las simplicísimas realidades metafísicas. El mismo abate L'Epée no estaba muy seguro de la eficacia de la mímica, y si la empleaba, era por necesidad y para extender a mayor número de sordomudos el beneficio de la enseñanza. Permitidme que transcriba aquí un pasaje poco conocido de una obra de L'Epée: «La lección que se da a un mudo por medio del lenguaje—dice en su *Arte de enseñar a hablar a los sordos y mudos de nacimiento*,—no sirve más que para él solo... Teniendo, pues, más de sesenta sordomudos que instruir, si yo diese a cada uno de ellos

solo diez minutos para la práctica de la pronunciación y de la lectura, esto me ocuparía diez horas enteras y ¿quién sería el hombre de salud tan robusta para sostener tal operación? Cuando se quiera en un establecimiento llevar a varios sordomudos a una pronunciación y una lectura totalmente distintas, debe dárseles maestros que se consagren por estado a este género de educación y la ejerzan todos los días»...

Como se ve, el mismo inventor de los signos declara la supremacía de la palabra sobre la mímica, lamentándose de que, por falta de tiempo y de salud, él no pudiera dedicar a cada alumno el tratamiento individual que necesitaba. Y no podía ser otra cosa si se tiene en cuenta que el abate L'Epée conocía los métodos de nuestros grandes maestros Ponce de León y Bonet, y, como queda dicho, había estudiado la lengua castellana sólo con el fin de poder leer la magna obra «Reducción de las letras y arte para enseñar a hablar los mudos», publicada en 1620, casi dos siglos antes de la invención de los signos metódicos.

No ha de confundirse esta mímica convencional con aquella otra natural que todas las per-

sonas emplean para expresar su vida interior y especialmente la afectiva. Esta mímica natural, cuya principal modalidad es la designada con el nombre de fisiognomía, se practica en mayor o menor escala por todos los hombres, aunque su ejercicio perfecto y refinado sea propio de los grandes actores. Ella ha permitido materializar, por decirlo así, el profundo dolor en el rostro y aun en todos los miembros de Laocoonte, y la penetración reflexiva en el *Pensador* de Miguel Angel. Sus reglas, emanadas de un estudio positivo de la actividad fisiológica y singularmente de la que se refiere a los músculos y a los nervios, forma hoy una disciplina que se cursa en las Escuelas de Bellas Artes y en las de Declamación, y que debería también tenerse en aprecio en nuestras Escuelas de Sordomudos. Esta mímica natural, que la misma naturaleza inicia en los niños, y que se depura, afina y ennoblece con la educación y la experiencia, es la compañera del lenguaje hablado, algo así como su aderezo principal, su colorido, sin el cual la palabra resulta un poco fría, inexpresiva y sosa. No es extraño que en estos últimos tiempos en que tanto han progresado los estudios biológicos, gracias

singularmente a la especialización, se haya dado suma importancia a la mímica natural, publicándose en diversas lenguas, entre ellas la castellana, libros sobre el particular que merecen la atención de los doctos.

Yo no soy enemigo sistemático de los signos convencionales, cuya importancia y aun necesidad soy el primero en reconocer cuando se trata de la intercomunicación de los sordomudos. En efecto, la palabra oral es un medio perfecto para la conversació del sordo con el audiente; pero en la comunicación de los sordomudos entre sí, puede no ser tan eficaz. Además, la mímica convencional es el vehículo indispensable de las ideas para los sordomudos que pudiéramos llamar del antiguo régimen, es decir, que no hablan porque han sido educados por el método mímico o, lo que es peor, por el simultáneo. Yo mismo, en la Asociación de Sordomudos que tengo el honor de presidir, me veo obligado a emplear los signos convencionales para hacerme entender por los que no tienen la fortuna de conocer la palabra hablada.

Pero lo que en modo alguno puede admitirse es el empleo de la mímica como instrumento pe-



dagógico. Es evidente que, como sucede con los líquidos, el pensamiento humano se escapa y discurre por la vía más fácil; si a un niño le dáis el signo y la palabra para expresar sus ideas, estad seguros de que siempre empleará el signo, como más fácil, más pronto, más sintético. Si no temiera molestar vuestra atención con sutiles análisis psicológicos, acaso pudiera decir algo sobre cómo el hombre reacciona á los excitantes exteriores y aun a los propios movimientos de su espíritu interior desde lo más simple a lo más complejo, desde los movimientos reflejos de sus órganos hasta el discurso, pasando por la interjección, el adjetivo, el verbo, la oración primaria, manifestación de un juicio simplicísimo. Básteos por ahora un ejemplo: pensad en un hombre a quien se le comunica una noticia desagradable, la muerte de una persona querida; el primer efecto de esta noticia es una contracción de los músculos como en actitud defensiva contra un agresor; viene luego la queja, el lamento que es un juicio sintético; sigue la invocación de la persona amada, como queriendo comunicar con ella; y después de un proceso más o menos largo, termina con una expresión

analítica en la que se justifica el dolor por el elogio de las virtudes, por la pérdida de los beneficios, por las consecuencias tristes de la desgracia. Es decir, que se empieza en el signo orgánico, animal, instintivo, y se termina en la palabra refleja y persuasiva.

Debo citaros aquí dos casos de mi experiencia personal. Conocí yo un niño sordomudo a quien se había comenzado a enseñar por el llamado método oral puro, consiguiendo que hablara algo; por circunstancias especiales, aquel niño cambió de maestro, y pasó de un profesor oralista a otro que empleaba el método simultáneo. Y ocurrió lo que no podía menos de ocurrir: que el niño al poco tiempo no hablaba nada; había olvidado lo que sabía, y había perdido hasta la expedición en la vía cognoscitiva, pues así como antes leía en los labios de sus interlocutores, ahora tenía que traducir lo que veía en los labios a los signos, para que por éstos pasase a su entendimiento. El otro caso es el de un abogado madrileño que perdió el oído a los veintitantos años; refugiado en el mundo de los sordomudos, y entregado casi en absoluto á los signos convencionales, hoy habla poco y mal. Aun siendo

persona ilustrada, que cursó con aprovechamiento su carrera y desempeña hoy un destino del Estado, no quiere hablar, siguiendo para sus relaciones con las demás personas la vía más fácil, que es la mímica. Mucho me temo que cuando llegue a viejo, este hombre caiga en absoluta mudez.

Es necesario proclamar la supremacía de la palabra sobre todos los instrumentos pedagógicos para la enseñanza de los sordomudos. El método oral puro, es decir, con absoluta proscripción de la mímica convencional, es el preconizado por los grandes maestros y por los Congresos internacionales de la especialidad como el más perfecto; la palabra hablada es medio de comunicación familiar, rápido y completo, maleable a todas las formas del sentir y del pensar, excelente índice mnemotécnico, e instrumento de expresión a la vez sensible y espiritual; constituye además una provechosa gimnasia respiratoria absolutamente precisa a los sordomudos para eximirles de graves lesiones pulmonares.

La arquitectura pedagógica del método oral tiene por piedra angular la lectura en los labios. El arte de leer en los labios, arte sutil y filosófico como le ha llamado John Bulwer, y del que ha dicho la sordomuda norteamericana Mabel Gardiner Bell (esposa del inventor del teléfono) que «es lo que constituye la diferencia entre una vida completa y dichosa y otra triste y solitaria»... el arte de leer en los labios es la esencia del método oral. El niño sordomudo ve las letras, las sílabas y las palabras en los labios de la persona que le habla; y luego, por imitación, poniendo sus órganos como ve que están los del maestro, repite los elementos fonéticos; es decir, que primero lee y después habla. De esta gran maravilla de la enseñanza del lenguaje no se entera bien la gente. Hay quien cree que la lectura en los labios sigue el mismo proceso que la lectura sobre el papel; es decir, que es un ejercicio analítico. No hay tal cosa: para poder leer conscientemente en los labios se necesita conocer previamente el idioma, porque esta lectura no es otra cosa que un despertador de ideas; es toda, obra sintética. La labor del maestro consiste en hacer que el alumno llegue a leer automáticamente, sin esfuerzo

alguno mental, reconstituyendo de un modo fulminante la frase, tan pronto como haya comprendido las principales palabras de ella, aunque le queden algunas otras sin comprender. Se trata de un ejercicio esencialmente intelectual, que exige, no sólo que el alumno haya acumulado en su memoria un gran número de palabras, sino también que conozca sus modalidades, sus accidentes y variaciones, es decir, la gramática. Sin el conocimiento de la gramática, el sordomudo no llegará jamás a comprender integralmente el idioma, ni, por consiguiente, a expresar con exactitud los estados de su pensamiento.

¡Cuán profundamente llegó a comprender esta filosofía del lenguaje nuestro gran Pedro Ponce, tres siglos antes de que se formulara por los grandes maestros de nuestros días!

*
* *

La educación de los niños sordomudos exige una preparación y un entretenimiento muy minucioso, así como otros cuidados que con la función del maestro se aparejan. Por ejemplo, es preciso enseñar a los sordomudos a respirar porque ellos ordinariamente no respiran bien; hay que

enseñarles a andar con ritmo ordenado, porque los sordomudos, sin duda por perturbaciones de los centros coordinadores del movimiento, entre los cuales, como es sabido, ocupan lugar preferente los conductos semicirculares del oído interno, tampoco saben andar bien, arrastran los pies y no caminan en línea recta. Hay que educar igualmente los sentidos, cuidándoles con esmero exquisito, sobre todo la vista, como sustitutivo del oído y principal órgano aprehensor de la palabra, y el olfato y el tacto que tienden á una especie de hiperestesia o sensibilidad excesiva, perturbadora y dolorosa, y hay que tener otras precauciones no menos interesantes y una vigilancia continua para librar a los niños sordos de los peligros a que se hallan expuestos.

* * *

La educación de las personas sordomudas requiere una vocación. No basta para ello la ciencia pedagógica, con ser ésta difícilísima y fundamental en este linaje de materias. El enseñar a hablar a los niños tiene algo de maternal, de divino, de santo, que no está al alcance del vulgo de los maestros, por muy bien preparados e intenciona-

dos que se les suponga. Es ésta una obra creadora que viene a infundir en los misteriosos camarines del cerebro un espiráculo de vida racional, que ha de imprimir carácter á una personalidad para todos los días de su vida. La educación de los sordomudos, además de la vocación, requiere una voluntad recia y optimista, que persevere en la obra no obstante su aparente esterilidad. A veces el aprendizaje de un verbo exige años enteros; pero ¿qué importa, si este verbo se dilata luego en inmensos horizontes y enriquece á la mente con muchedumbre de complejissimas ideas? La educación de los sordomudos requiere además en el maestro una gran fortaleza física, que no todos pueden soportar, y demanda, finalmente, una extraordinaria dosis de humildad, de tolerancia, para conllevar las impaciencias muy explicables de unos y las críticas acerbas de otros.

Porque la misma índole de la materia, que como sabéis es ignorada por la mayor parte de la gente, aun la que es realmente ilustrada y vive en un ambiente de cultura, hace que pocos se den cuenta de las dificultades de esta enseñanza, que, como queda dicho, no es sólo enseñanza de la palabra, sino despertador de la inteligencia.

Algunos pretenden que el niño sordomudo hable con la misma entonación sonora y elegante de un niño normal, y esto que se consigue en muchos, no es posible exigirlo en todos; pasa en esto algo semejante á lo que ocurre en la enseñanza de la escritura: no todos los niños adquieren letra de calígrafos; pero aprenden a escribir, aunque sea con mala letra. Lo que importa es que aprendan a expresar sus pensamientos, ya con a palabra hablada, ya con la escrita.

Como veis, señoras y señores, estas condiciones que se requieren en el maestro de sordomudos son muy propias de las Religiosas Franciscanas. Siento mucho tener que herir su natural modestia; pero yo he venido aquí a cumplir un deber de carácter pedagógico que estimo conveniente para los progresos de los estudios de esta especialidad, y no puedo eludir los elogios a una obra que me parece excelente y digna de ser imitada. Estas piadosas mujeres, digo, se hallan muy en su centro al ocuparse en la enseñanza de la palabra a los sordomudos. La orientación que sus constituciones les impone y sobre todo el *espiritu franciscano*, que no es necesario exponer aquí porque en todo el mundo se le tiene por

una categoría moral, las preparan muy especialmente para la ruda labor de la enseñanza. Las tareas arduas, como esta de que tratamos, requieren en el espíritu y en el corazón, cierta serenidad, cierta posesión absoluta de sí mismo, que casi nunca tenemos los que caminamos luchando por el áspero sendero de la vida. «Tenga presente la Religiosa Franciscana—dicen las Constituciones,—que por este voto de pobreza se hará pobre real y verdaderamente, haya sido cual fuere su posición en el mundo; y esto de tal modo, que los alimentos, la ropa o cuanto necesita lo recibe de limosna... Sufrirá, por lo tanto, con alegría la privación de las cosas que desear, y estará contenta. En cambio las Superiores vigilarán con materna solicitud para que a sus hijas no les falte cosa alguna de que tengan necesidad... La virtud de la obediencia es el alma de la vida religiosa; sin ésta no puede concebirse que pueda vivir pacíficamente una comunidad. De donde se deduce que la Hermana ha de tener tal abnegación que su voluntad sea la de la Superiora, obedeciendo siempre sin preguntar el por qué con obediencia pronta y ciega... En la diversidad de pareceres muéstrense las Hermanas

remisivas, y para que no se perturbe la caridad, no porfien, antes bien, cedan con facilidad, aunque sepan con certeza que les asiste la razón»...

Todo esto que es fundamental y característico del espíritu franciscano, forma una base solidísima para el edificio pedagógico, y se completa con otras excelencias, entre las cuales no es la menor cierta tendencia positiva y experimental que, si quisiéramos buscarle ascendencia, tal vez la encontraríamos en aquel insigne Rogerio Bacon, humilde franciscano del siglo XIII, que con su *Opus majus*, monumento de reforma científica, se adelantó siglos a la cultura de su tiempo. Todos conoceréis el lugar honroso que los franciscanos han ocupado siempre en los estudios científicos, yendo a la vanguardia de todo legítimo progreso, como ocurre hoy mismo con la Sociología, que es como la espuma de la ciencia moderna, y en la que los afiliados a la Tercera Orden de San Francisco, según lo han demostrado en recientes Congresos, ocupan las avanzadas de la doctrina democrática cristiana.

Estímulos son estos que han de sostener siempre a las Religiosas Terciarias Franciscanas en la ardua empresa de la pedagogía de sordomudos a

que, por vocación, por tradición y por reflexivo convencimiento de su eficacia, vienen dedicándose desde hace muchos años.

Porque la historia de esta rama del frondosísimo árbol franciscano, no es de ayer. Hace varios siglos que fué fundada en Valencia una Congregación de mujeres comunmente llamadas Hermanas Terciarias de San Francisco de Asís y de la Inmaculada Concepción, las cuales, observando la regla que San Francisco compuso para los Terciarios, se dedicaban a obras externas de caridad y celo, entre las que ocupaban lugar preferente la enseñanza y educación de las niñas, especialmente las sordomudas y las ciegas. A la antigua organización tradicional pareció conveniente dar forma más estable y regular en 1876, fecha de las primeras constituciones aprobadas canónicamente por el Arzobispo de Valencia, y después por la Santa Sede, en decreto de 9 de abril de 1902. Desde entonces ha crecido como la espuma este Instituto, extendiéndose de un modo asombroso por las provincias de Levante y fundando multitud de Colegios, en cuyas aulas han recibido cristiana y española educación muchas niñas de familias principales. El primer colegio de

sordomudos que las Religiosas fundaron fué el de Valencia, y a él cabe la gloria de haber sido y seguido siendo el foco del oralismo español moderno. Justo es recordar aquí el nombre del insigne doctor Barberá, el infatigable apostol del método oral en nuestra patria. De regreso de un viaje de estudio al extranjero, en el cual visitó los grandes establecimientos de la enseñanza de sordomudos en Alemania, en Francia y sobre todo en Italia, donde esta pedagogía ha alcanzado un desarrollo admirable, el doctor Barberá pensó en la conveniencia de restaurar la antigua escuela española de sordomudos y encontró en las Religiosas Terciarias Franciscanas una decidida colaboración. Era esto allá por el año 1887. Las Religiosas que habían estudiado en el Colegio Nacional de Madrid con aquellos ilustres maestros que se llamaron Nebreda, Huertas, Blasco, Villabrille, practicaban el método mixto; pero bien pronto, aleccionadas por el doctor Barberá, se entregaron al oral puro, y lograron imponerle al fin, no sin luchar varios años con la rutina. En Valencia y al lado de las Religiosas se han formado excelentes maestros oralistas, que hoy practican la enseñanza de sordomudos con reconoci-



da competencia. El segundo Colegio de las Religiosas fué el de Barcelona, y el tercero este de Madrid, fundado en 1907. Recientemente han abierto otro en Zaragoza. La buena semilla se extiende por toda España como una bendición.

Pero el gran triunfo de nuestras Religiosas fué alcanzado en 1906, fecha memorable para los sordomudos españoles. En los últimos días de aquel año se celebró en Madrid la primera Asamblea Nacional en favor de los sordomudos y los ciegos, y en ella se declaró por unanimidad que el método oral puro debe emplearse para la enseñanza con exclusión de cualquiera otro. En la Asamblea había oralistas, formados precisamente por las Religiosas; pero había también rutinarios, eternos pesimistas de estos que, por ahorrarse un poco de trabajo, esterilizan los mejores esfuerzos.

Ya queda dicho que no sin lucha y contradicción se ha llegado a este triunfo. Hoy me parece que marchamos por terreno más firme, porque la realidad ha venido a contrastar la bondad de los procedimientos. Siguiendo ese método experimental tan franciscano, nuestras Religiosas podrán contestar a sus contradictores con aquellas palabras del divino Maestro: *Operibus cre-*

dite... Creed a las obras, — o con aquellas otras del libro de la Sabiduría: Aperuit os mutorum et linguas infantium fecit disertas.—Abrió la boca de los mudos e hizo elocuentes las lenguas de los niños.

* * *

Debo ya terminar este deshilvanado discurso para no abusar de vuestra dilatada paciencia. No estoy, sin embargo, arrepentido de haber intentado exponer a vuestra consideración los méritos de estas piadosas mujeres que tanto nos ayudan en la educación de las niñas. Yo, como otras personas que aquí están presentes, tengo para esta Casa motivos de gratitud que no podré pagar por muy larga y bien aprovechada que en este particular sea mi vida. Pero independiente de esta relación personal, por mi afición a los estudios sordomudísticos, por mi carácter de amigo y consejero de muchos sordomudos, como español, como cristiano y como caballero, me creo hoy muy honrado, proclamando desde esta tribuna merecimientos que honran a nuestra religión, a nuestra ciencia y a nuestra patria. Sea final de esta humilde peroración aquella inge-

niosa décima que Lope de Vega dedicó al autor del libro «Reduccion de las letras y Arte para enseñar a hablar los mudos»:

«Que si Dios puesto no hubiera
Tan divino genio en vos,
Sólo del poder de Dios
Digno este milagro fuera;
De donde se considera
(Debajo de la doctrina
Que la fe nos determina)
Pues que Dios lo puede hacer,
Que os sustituye el poder
La misma ciencia divina».

El perro del sordomudo.

El autor de estas líneas tiene muy grata amistad con un matrimonio de sordomudos: el marido es un joven inteligente, culto y preparado para hacer frente a las exigencias de la vida; trabaja con acierto en su profesión de fotógrafo, y es emprendedor y activo, mereciendo el aprecio y la protección de cuantos le tratan. La mujer es también joven e inteligente, de arrogante figura y de genio alegre y pacífico; ayuda a su marido y administra y gobierna gentilmente su casa.

Estos jóvenes puede decirse que comienzan ahora a vivir, pues hace poco tiempo que se han casado, y naturalmente, todo lo ven color de rosa. Como son buenos, laboriosos y honrados, es de creer que sabrán hacer frente a las dificul-

tades de lo futuro, y que, si la suerte les es adversa y la desgracia los persigue, podrán afrontarla con aquella serenidad de espíritu y aquella entereza de la voluntad que corresponde a los buenos cristianos.

Mis amigos viven en un cuartito modesto situado en una de las calles más populares de los barrios bajos de Madrid: un cuartito alegre, porque tiene aire y sol, limpio y aseado, y hasta adornado con cierta sencilla galanura, justificada por la artística profesión del marido y la pulcritud y honesta coquetería de la mujer. En las primeras horas de la mañana, consumido el frugal desayuno, el fotógrafo se encamina a su taller, y la esposa se entrega a su labor de arreglo de la casa, de preparación de la comida y de cosido de la ropa. Como el ruido no puede distraerla, porque vive en el mundo del silencio, permanece largas horas sumida en el propio pensamiento, en eterno monólogo consigo misma, recordando sus ilusiones de niña enamorada, cavilando sobre las alegrías y las inquietudes presentes, y forjándose las más risueñas esperanzas para lo porvenir. Ella cree que pronto va a ser madre, y que aquella soledad en que ahora

se halla ha de acabar dentro de pocos meses, cuando el Cielo sea servido de enviarle un hijo que sea alegría del hogar y consuelo y ayuda de sus padres.

Pero la mujer tiene allí a su lado un compañero, un verdadero amigo, y no puede decir que está sola. Se trata de un perro bizarrísimo, un falderillo ligero, esbelto, muy nervioso y avisado, que en la casa de mis amigos los sordomudos presta servicios verdaderamente inapreciables. Como si fuera una persona, el perrillo se ha dado cuenta de que sus amos no oyen, y que, por lo tanto, le corresponde a él velar cuidadosamente para suplir aquella deficiencia. Sentado a la vera de su ama, y aunque en actitud al parecer de pereza y holganza, el perro vigila como un centinela, y bien lo prueba el movimiento de sus orejas, siempre dispuestas a recoger el menor ruido. A veces, después de erguir la hermosa cabeza, levantar el agudo hocico y ahuecar las grandes orejas, se alza diligente, corre por el pasillo, husmea aquí y allá, y vuelve después a sentarse a los pies de su señora, mirándola con sus ojos brillantes como diciendo: «Sin novedad: puede usted continuar sus labores tranquilamente.»

Otras veces no ocurre esto, y el perro vuelve nervioso al lado de su ama, se yergue sobre las patastraseras y, apoyando las anteriores en las rodillas de la mujer y moviendo febrilmente la cola, la mira inquietamente, como si quisiese decir: «Señora: que llaman a la puerta.» Y, en efecto, la dueña de la casa, que no ha podido oír el sonido de la campanilla, se levanta de su asiento y se convence de que es verdad el aviso del portero.

El cual no sólo cuida de los ruidos de la puerta, sino que extiende su función de vigilancia a otros importantes menesteres. De cuando en cuando abandona su puesto de descanso, estira las patas, enarca el flexible lomo, abre la bocaza enseñando un negro abismo descomunal, bordeado por dientes blanquísimos, y echa andar por todas las habitaciones de la casa, husmeando aquí y allá, metiéndose debajo de los muebles y no dejando rincón ni secreto sin oler. Un día, cuando más tranquilamente se hallaba la sordomuda cosiendo a la vera de una ventana, orlada de claveles y geranios, se precipitó sobre ella el perrillo, manoteando furiosamente y hasta mordiéndole el delantal y tirando como si quisiese

arrastrarla hacia afuera. Creyó ella que se trataba de algún visitante que llamaba a la puerta con más ruido del acostumbrado, y hacia la puerta intentó dirigirse por el largo pasillo; pero el perro se enfadó mucho, comenzando a ladrar ferozmente y a tirar de su ama hacia la cocina. Y, en efecto, cuando en la cocina entraron, la buena mujer se quedó estupefacta al verla llena de humo: se habían quemado unos paños que sobre el fogón quedaron olvidados, y, extendiéndose el fuego hacia la carbonera, comenzaba ya a arder la leña en ella almacenada. Sin el oportuno aviso del perro, hubiera ocurrido una gran desgracia.

Pero no hay dicha completa en este mundo. Cierta día llamaron a la puerta; avisó el perro a su ama, salió ésta a abrir, y recibió de manos de un ordenanza, un papelito orlado con las armas municipales de esta corte, en el que se decía que el dueño de aquel perro tenía que pagar el impuesto correspondiente a los perros de lujo, ya recargado en mucho más de su valor por no haberlo pagado a su debido tiempo... ¡Dios mío! ¡qué desgracia! ¿Cómo pagar tantos duros? ¿Se llevarían el perro? ¿Le asfixiarían en la *mor-*

gue canina? ¿Le matarían con morcilla acaso?

Cuando mi amigo regresó a su casa a comer, se encontró con un cuadro desolador. La mujer tenía cogido en brazos al perro y lloraba sobre él con pena inconsolable. El perro, más formal, parecía darse cuenta de la situación, y conservaba una actitud triste, aunque decorosa al propio tiempo, con la cola flácida, pero con las orejas muy erguidas. No: con él no jugaba el señor recaudador de los impuestos municipales, porque si llegaba al embargo o al secuestro, el perro estaba dispuesto a darle en la pantorrilla un mordisco que le dejase recuerdo del apremio para todos los días de su vida.

¿Qué hacer en tan difícil situación? ¿Pagar? ¡Imposible! Porque la cantidad reclamada era equivalente al jornal de muchos días, y no había medio de reunirla. ¿No pagar? La insolvencia podría hacer peligrar al perro, y este riesgo ponía los pelos de punta a nuestros amigos. Y lo grave era que la solución del conflicto apremiaba, porque el recaudador de impuestos y arbitrios municipales seguía amenazando con hacer una barrabasada si en el plazo de veinticuatro horas no se pagaba el recibo.



Entonces se le ocurrió a mi amigo que lo más eficaz sería hablar con el señor alcalde. Eso es: decirle al señor alcalde lo que ocurría: que aquel perro no era perro de lujo, sino de trabajo, como el perro pastor, el mastín guardian de la casa de labranza o el gozquezuelo que sirve de lazarillo a los ciegos para andar seguros por las calles.

Eso es: perro de lujo, holgazán mimoso, afeminado y sinvergüenza, no; sino perro laborioso, perro obrero, perro que honradamente gana el pan que come, porque realiza una tarea útil y honesta, muy a satisfacción de sus amos.

El perro parecía comprender y aprobar lo que por señas decía el joven fotógrafo a su mujer «Sí, sí:—debiade pensar el animalito;—hay que hablar cuanto antes y convencer al señor alcalde, porque esto que se trata de hacer con nosotros es una iniquidad; y si el señor alcalde, no nos hace caso... no digo que le morderé, como he dicho antes refiriéndome al recaudador... porque se trata de una autoridad merecedora de mi respeto; pero lo que es ladrarle fuerte y decirle cosas gordas en engua perruna, por mi madre que lo prometo, porque hay momentos en que se le sube a uno

la sangre a las orejas y no se pára en barras, como vulgarmente se dice.»

Pero no fué necesario, gracias a Dios, llegar a soluciones de violencia, porque el alcalde, señor Francos Rodríguez, enterado del caso por el Presidente de la Asociación de Sordomudos, mandó retirar el apremio, volviendo todos en la casa a la vida tranquila, que el recibo del impuesto había venido a perturbar.

*
* *

Han pasado algunos años. Las dulces ilusiones de mi amiga han tenido feliz realización, y el perro insigne, además de su función porteril y de vigilancia que sigue cumpliendo a maravilla, tiene hoy la muy grata de jugar con un precioso niño que, gracias a Dios, oye muy bien y comienza ya a hablar guapamente.

GIMNÁSTICA

Mucho se habla y se escribe ahora sobre la educación física; y, sin duda alguna, la conciencia colectiva que con esta propaganda se aspira a crear en favor de los ejercicios corporales ha de producir resultados muy beneficiosos, no sólo en el aspecto propiamente higiénico, sino también en el pedagógico y en el moral. Pero es preciso que esta propaganda se haga por verdaderos maestros, conocedores de la materia en su relación con las enseñanzas de la pedagogía, y no por profesionales del deporte, cuyo limitado horizonte no suele pasar de las bardas del atletismo. No hay que confundir a estos sujetos con los higienistas y pedagogos sustentadores de la bella doctrina de la educación física, pues entre

unos y otros, hay la misma diferencia, que entre el bárbaro boxeador de una barraca de feria y el joven helénico que en Delfos o en Corinto disputaba el premio nacional en un noble ambiente de arte y democracia.

En estos últimos tiempos se ha intentado aclimatar en España unos espectáculos, no ciertamente de cultura y educación físicas, sino de hegemonía de la fuerza bruta: sus más fervientes admiradores deberían reclutarse en los gremios de mozos de cuerda y en las empresas de carros de mudanza. No teníamos bastante con los toros, por lo visto, y los amigos de lo exótico han querido europeizarnos añadiendo a la lista de nuestros juegos populares, el boxeo y el atletismo, bautizado abusivamente con el nombre de lucha grecorromana. Y lo más triste es que esta innovación ha querido hacerse invocando razones pedagógicas, y afirmando que con ella se tiende a la fortaleza y a la regeneración de la raza.

No alcanzo a comprender la influencia beneficiosa que en la fortaleza de la raza pueda tener el espectáculo de dos hombres desaforados, tipos excepcionales de organización muscular, que forcejean bárbaramente, acometiéndose con furia

de bestias y ofreciendo al público actitudes de violencia que en nada se parecen a las de los Apolos y Narcisos. Denigra y envilece más este espectáculo la condición de los luchadores, profesionales del músculo, dominados por la idea del lucro y sirviendo de cimbel a apuestas en que muy frecuentemente se engaña gentilmente a los espectadores. Pero aun suponiendo una perfecta lealtad en la organización de estos espectáculos, y que, fueran un estimulante higiénico para que todos los hombres cuidasen de sus músculos hasta convertirse en sujetos forzudos, aptos para hercúleas hazañas, ¿cuáles serían los beneficios conseguidos? ¿quiere decírsenos para qué habría de servir un pueblo formado por hombres de 120 kilos, capaces de levantar en el aire un automóvil y de romper una barra de hierro como si fuese una frágil cañaheja? Aquí sí que viene como anillo al dedo la exclamación de aquella señora de la novela *Pequeñeces*, que abrazaba a su hijo por haber obtenido un premio de gimnasia: «¡Anda con Dios, hijo!—decía:—¡eso indica que cuando seas grande sabrás tirar de un carro!»

Los ejercicios corporales, los juegos o deportes que desarrollan las fuerzas físicas, son buenos

y saludables siempre que no perturben la armonía fisiológica del ser humano, y vayan paralelos al desarrollo de la vida intelectual y moral. Así lo comprendieron los griegos: sus juegos olímpicos no eran, como creen los ignorantes, un culto a la fuerza, sino más bien un culto a la belleza, pero a la belleza humana que alcanza por igual al cuerpo y al espíritu. Por eso en aquellos juegos, al lado del atleta y del discólolo, estaban el poeta, el bailarín y el tañedor de instrumentos músicos. Eran, además, los juegos helénicos cosa noble y seria, de carácter religioso, político y comercial, en que intervenían magistrados y pueblo, hombres y mujeres, filósofos y soldados, personas de todo linaje y condición; y se celebraban al aire libre, en íntimo contacto con la naturaleza, que en aquellas regiones ístmicas y ne-meas se ofrece con todas las galas de su incomparable hermosura.

Juegos de esta índole, sanos y bellos, se celebran en muchos pueblos de España, donde, por la misericordia de Dios, aun no han entrado las groserías del organillo, instrumento de la golfería andante. Pueblos hay, como los de los alrededores de León, donde estos juegos conservan cierto



saber clásico que les hace entroncar con los magníficos de Grecia y Roma. En las amplias praderas, cubiertas de fresco verde, y en presencia de todo el pueblo allí reunido, luchan los fuertes mozos ya cuerpo a cuerpo hasta derribarse, ya en largas carreras, ya en el arrojé de la barra o de la pesada piedra, reminiscencia del delfico disco. Los premios son roscas de pan, adornadas con flores y cintas, y, lo que vale más, el aplauso de todos y la sonrisa de satisfacción y orgullo de alguna garrida doncella que, emocionada e inquieta, sigue las vicisitudes del juego, anhelosa de ver el triunfo de su amado.

Así comprendidos los juegos gimnásticos, pueden ser calificados de beneficiosos para la salud de los individuos y de los pueblos, y merecen el aplauso de cuantos de veras se interesan por la fuerza, la belleza y la virtud de la raza.

*
* *

Viniendo ahora a considerar la gimnasia individual en su aspecto higiénico y en su relación con los niños sordos, hemos de decir que ella constituye una verdadera necesidad, y ha de for-

mar parte integrante de todo plan de enseñanza bien organizado. No hablamos aquí, naturalmente, de la gimnasia atlética, violenta y forzada, sino de la gimnasia funcional que consiste en llegar a la mayor perfección, fortaleza y hermosura del órgano mediante el ejercicio metódico, racional y progresivo de la función.

La gimnasia en los niños sordos es una verdadera necesidad, en primer término porque ocurre que en la mayoría de los casos estos niños son de constitución débil, frecuentemente escrofulosos y raquíticos. Su sordera, en los casos congénitos, proviene casi siempre de afecciones meníngeas, de herencia tuberculosa. En otros casos, la lesión cerebral causa de la sordera proviene de taras, también hereditarias, de origen alcohólico o sifilítico. Y en todos estos casos, la insuficiencia degenerativa no se manifiesta sólo en la pérdida del oído, sino que alcanza también a otras fases del proceso biológico, produciendo sujetos anémicos, depauperados, desprovistos de la natural defensa fagocítica y campo abonado, por lo tanto, para todo linaje de infecciones.

Si el niño sordo, es además mudo, es decir, que no practica el lenguaje oral, ocurre que no respi-

ra bien, faltándole el gran estímulo respiratorio de la palabra hablada. Esta palabra es, en efecto, un saludable ejercicio de la respiración, una verdadera gimnasia pulmonar, de carácter instintivo y automático, es decir, perfecta. La palabra es un estimulante de la respiración, y en su producción corriente es el mejor ejercicio respiratorio, que no necesitaría suplemento alguno higiénico y gimnástico si todo el mundo viviese en un ambiente normal como ocurre, por ejemplo, a la gente del campo. Pero la vida moderna, sobre todo la de las grandes ciudades, constreñida por múltiples limitaciones, necesita este auxilio del arte para suplir a la naturaleza; y cuando ésta es deficiente, como en los sordomudos, la necesidad es mucho mayor.

Cuiden, pues, los padres y los maestros de los niños privados de oído y de palabra, de enseñar a éstos la respiración. Para ello han de comenzar haciendo que los niños practiquen ejercicios de soplo, empleando al efecto cerillas encendidas que los niños tendrán gusto en apagar, o molinos de papel que se hacen girar soplando. El espirómetro y el toracómetro, empleados como el arte aconseja, y que aquí no se dice porque no escri-

bimos con carácter técnico, darán la medida de los resultados obtenidos. Seguidamente se acudirá a ejercicios más complicados, acostumbrando a los niños a respirar por las fosas nasales, que son el verdadero órgano de la inspiración, donde el aire exterior se calienta y se depura de las partículas nocivas que lleva en suspensión antes de entrar en los pulmones.

Practicando diariamente la gimnasia respiratoria se conseguirá en poco tiempo no sólo mejorar el estado general de salud del niño, gracias a una mayor oxigenación de la sangre que con tales ejercicios llega hasta los senos más profundos de los pulmones, sino también ensanchar la cavidad torácica, afirmando la posición normal de la columna vertebral, las costillas y el esternón; fortificar los músculos intercostales, y aun otros que, como los del cuello, los brazos, etc., reciben la influencia refleja de los movimientos respiratorios; tonificar los nervios y producir en todo el organismo ese estado de bienestar, de energía y de *impulso*, que es la nota característica de la salud.

La gimnasia respiratoria, tan fácil de practicar, contribuye también en grande sumo a la belleza

del cuerpo humano, conservando la pureza de líneas del cuello, de la espalda y del pecho, quemando las grasas excesivas y corrigiendo los graves entuertos que la estúpida moda causa en el organismo, especialmente en el de la mujer, a la que aparta cada vez más de aquel tipo soberano de hermosura que admiramos en las obras maestras de estatuaria antigua.

Por falta de este estimulante del oído, el sordo ineducado no sabe andar bien. Arrastra los pies, camina siguiendo una trayectoria curva que a cada momento necesita variar, y todos sus movimientos adolecen de una visible languidez, de una falta de seguridad y de energía que es consecuencia de la desorientación. Es necesario, pues, enseñar a andar a nuestros niños sordomudos, marcándoles, al efecto, enérgicamente el ritmo del paso con una batuta que el maestro manejará de modo que el discípulo la vea constantemente. Se ha de procurar que el niño marque bien el paso, que mueva suave y graciosamente los brazos equilibradores del movimiento hacia adelante, y que tenga la cabeza erguida, aunque no rígida como la de un muñeco, sino balanceándola suavemente con ese movimiento gentilísimo

que, si exagerado, puede resultar gesto de petulancia, contenido en sus naturales límites expresa nobleza, distinción, elegancia y simpatía. Enséñese, además, esto a los niños, en la seguridad de que no sólo se cumple una exigencia propiamente gimnástica, sino a la vez higiénica y ortopédica, pues es muy frecuente en los niños sordomudos la tendencia al hundimiento de la cabeza, lo que produce deformaciones del pecho, de los hombros y de la columna vertebral.

Una vez que el niño sepa andar correctamente, se le enseñará la marcha colectiva, es decir, la marcha en formación con otros niños de su edad. Nada tan necesario como esta enseñanza, porque ordinariamente las personas, aun las que tienen todos los sentidos muy avispadados, no saben moverse en cuanto se reúnen media docena de ellas: tropiezan unas con otras, se estorban mutuamente los movimientos y forman un conjunto inarmónico, completamente gregario o de rebaño, o *lanar*, como diría el Sr. Sánchez de Toca. Educar las muchedumbres, así en lo físico como en lo moral, es gran labor pedagógica, en estos tiempos de colectivismo agudo en que el individuo aislado no es ni representa nada. Enséñese, pues,

a los niños sordos a moverse eufóricamente formados con sus compañeros, adiestrándoles en todas las vicisitudes de la progresión desde la marcha ordinaria a la carrera.

Una modalidad de estos movimientos armónicos es la danza, llamada por Richter «poesía del cuerpo humano», y en ella conviene también educar a los sordomudos.—Pero ¿es posible el baile para las personas privadas del oído?—se dirá. Acostumbrados como estamos a considerar la música como directora o conductora de la danza, nos parecerá a primera vista absurdo el querer practicar el baile en silencio; pero si observamos que la música en el baile no es otra cosa que un metrónomo regulador de los movimientos rítmicos, comprenderemos que se pueda prescindir de ella sustituyéndola por otro medio cualquiera mecánico, que en nuestro caso tendría que ser visible, suficiente para marcar el compás de la danza.

Los bailes populares al aire libre (los más bellos, higiénicos y sanos en todo el concepto comprensivo de esta palabra), apenas necesitan música: son bailes de ritmo tan marcado, que les basta el ruido de los instrumentos de percusión.

Tambores y panderetas, sin melodía alguna, bastan para conservar el ritmo de esta clase de bailes, que hemos visto practicar a muchas personas sordas, guiadas en ellos solamente por los movimientos de las manos de los tañedores. Además en estos bailes, un bailarín es guía del otro: basta que uno oiga y siga el compás con el oído, para que su compañero le imite y «no se pierda.»

El baile moderno de salón puede decirse que casi se ha divorciado de la música: la música le acompaña, pero no le dirige. Ni la danza por parejas (vals, polka, etc.,) donde los movimientos gozan de una absoluta libertad sin hacer cuenta alguna del ritmo musical, ni la danza de grandes cuadros de conjunto (rigodón, lanceros...), en que la libertad es aun mayor, hasta el punto de que se prescinde en absoluto de la música, necesitan para nada el sonido: basta que los bailarines admitan y conserven un principio de acompañamiento, para que los movimientos de la danza resulten armónicos y bellos.

Claro es que para que estos ejercicios sean verdaderamente saludables han de hacerse al aire libre y, a ser posible, en un campo o jardín, en el ambiente espléndido, puro y vivificador de

la naturaleza, donde, a la vez que el sistema muscular, se ejercita el aparato respiratorio y se tonifica la piel con las caricias del aire oxigenado. Si no se dispusiese de amplios espacios al aire libre, practíquense los ejercicios en lugares perfectamente ventilados; y si solamente se contase con salas cerradas y oscuras con pavimentos productores de polvo, mejor será renunciar a una gimnasia que habría de ser nociva para la salud.

Desde el soplo con que se inicia la gimnasia respiratoria hasta las grandes danzas de conjunto, pasando por la marcha, el salto, la carrera..., tiene el educador de sordomudos un amplio cuadro de ejercicios gimnásticos muy provechosos para el discípulo, y muy fáciles, además, de practicar, ya que no exigen ni gran habilidad, pues se aprenden pronto, ni gran esfuerzo, porque precisamente en su facilidad metódica y progresiva consiste su principal eficacia, ni gasto alguno ya que se hacen sin aparato ni instrumento de ninguna clase.

Finalmente, conviene advertir que todo esto que venimos diciendo se relaciona con el postulado general de la educación de los sordomudos según el cual, se ha de procurar siempre capaci-

tar a éstos para formar parte de la sociedad audiente, en vez de exceptuarlos de la convivencia general y recluirllos en un mundo distinto, donde, aparte del estado de menosprecio y de olvido social en que necesariamente han de caer, se favorece los matrimonios homogéneos tan nocivos para la descendencia. Es convenientísimo, pues, utilizar este recurso de la gimnasia colectiva, los deportes higiénicos y los bailes, para incorporar la población sorda a la audiente, y conseguir así beneficios individuales y sociales de gran cuenta, con transcendencia a la educación y a la selección.

PEDAGOGOS Y MÉDICOS

UNA CONTROVERSI INTERESANTE

Debemos dedicar un piadoso recuerdo a la buena memoria de D. Segismundo Moret, recientemente arrebatado por la muerte al cariño de sus amigos y al respeto y a la veneración de los españoles. En el Sr. Moret se reunían en grado superlativo cualidades que, aun dispersas, bastarían cada una de ellas para enaltecer a una persona. Era un espíritu luminoso, bello y sutil, y al propio un trabajador infatigable: la penetración de su inteligencia era pareja de la energía de su voluntad. Trabajaba mucho, no para él solo, sino también para sus amigos. Gran madrugador, como el sublime caballero de la Mancha, empleaba las primeras horas matutinas en

estudiar, enterándose por los periódicos y las revistas, de las cosas que, en todos los órdenes de la actividad humana, acaecían en el mundo. De este constante estudio hacía beneficiarios a sus amigos; y recordando cariñosamente las aficiones de cada uno, subvenía a ellas, enviándoles todos los días los datos que pudieran interesarles. Recortaba cuidadosamente los sueltos impresos, y, pegados en cuartillas, los mandaba a los amigos, a éste una noticia de Literatura, a aquél una de Estadística o de Economía Social; a unos, datos de Filosofía, de Higiene, de turismo; a otros indicaciones provechosas sobre Religión, sobre Arte, sobre Hacienda o sobre Ingeniería; y cada recorte iba acompañado de una cartita amistosa con paráfrasis siempre discretísimas.

Nosotros éramos frecuentemente favorecidos con estos delicados obsequios del noble anciano. Un día recibimos una breve esquila con un recorte de un periódico inglés, en el que se daba noticia de una curiosa controversia que mantenían en *The Times Educational Supplement*, los partidarios del método oral y los del método mixto o combinado en la enseñanza de sordomudos. El Sr. Moret sabía que nos interesaban es-

tos estudios, y que a ellos teníamos consagrados nuestro entendimiento y nuestro corazón. Recientemente habíamos logrado de aquel hombre bueno y generoso, que nos acompañase en algunas de nuestras excursiones por el mundo de los sordomudos y de los ciegos, en las cuales, más de una vez sorprendimos lágrimas en aquel semblante de venerable apóstol, que parecía arrancado de un retablo de Juni o Berruguete.

En la ocasión presente, a diferencia de lo que en otras nos había ocurrido, ya conocíamos la controversia cuyo extracto nos enviaba el señor Moret, sin que por esto amenguase la gratitud que debíamos a tan ilustre amigo. Y ahora, al publicar las reflexiones que la controversia nos sugirió, evocamos con tristeza este dulce recuerdo, repitiendo la frase que una niña sordomuda dijo del Sr. Moret:

—¡Don Segismundo... muy bueno!

*
* * *

Comenzó esta curiosa polémica con un artículo editorial publicado en el *Times Educational Supplement* del día 4 de abril de 1911, en el que

se daba cuenta de los estudios insertos en *The Laucet*, por el médico de las escuelas provinciales de sordomudos de Londres, Dr. Yearsley, sobre la condición y la educación de los niños sordos. Por cierto, que en este artículo se afirma de manera categórica que «la primera tentativa para hacer hablar a un sordo fué realizada por el Dr. John Wallis, profesor de Geometría en Oxford, el cual en 1663 presentó a Carlos III y a la Sociedad Real un muchacho llamado Daniel Whalley que hablaba articuladamente y comprendía la palabra de los demás.» Afirmación es ésta que carece en absoluto de fundamento, y que sienta muy mal en persona a la que debe suponerse versada en este linaje de materias, ya que de ellas trata. ¿Cómo hemos de admitir que se diga que la enseñanza oral de sordomudos comenzó en 1663, cuando consta en libros impresos anteriormente, y que todo el mundo puede consultar, que un siglo antes el español fray Pedro Ponce de León, enseñó el lenguaje hablado a varios niños de la nobleza castellana, y cuando tenemos en nuestras manos el libro que en 1620, publicó en Madrid el aragonés Juan Pablo Bonet, con el título *Reducción de las letras y Arte para*

enseñar a hablar los mudos, libro traducido a todos los idiomas, y citado muchas veces por el famoso abate L' Epeé, a quien también los franceses tienen por iniciador de esta enseñanza?

Pero prescindiendo de esta afirmación de carácter patriótico, que podría halagar el orgullo de los ingleses, menoscabando la justicia debida a los españoles, el artículo del *Times* es una discreta exposición de los estudios del Sr. Yearsley, en los que este distinguido doctor expone su opinión favorable a la pedagogía fisiológica de los niños sordos, a la práctica del método oral, al establecimiento de una clasificación de los niños sordos para la mejor aplicación del método, y a la precocidad en la enseñanza, siguiendo en esto el ejemplo que dan algunas instituciones docentes de los Estados Unidos, y especialmente, la escuela Garret de Filadelfia, donde los niños sordos ingresan a los tres, y aun a los dos años. El doctor Yearsley se lamenta de los perjuicios que, sin duda con la mejor intención, causan los predicadores de las misiones para sordos, los cuales predicadores, emplean la mímica para explicar la doctrina religiosa. «Si tal doctrina es apreciable por los sordos—dice,—se les debe enseñar en

otra forma, y tanto en lo que respecta a ella como a cualquiera otra rama de la instrucción, debe seguirse el sistema de aminorar el defecto aparentando ignorarlo.»

Esto último, fué sin duda lo que más impresionó al reverendo Arnoldo Hill Payne, capellán de la misión de Oxford para los sordos, y de la Real Asociación protectora de los sordos del distrito Sudoeste de Londres y ex socio normal del Colegio Nacional de Sordomudos de Washington; el cual replicó a los pocos días en el mismo suplemento pedagógico del *Times* con gran calor y violencia. El preámbulo del escrito del Sr. Payne es un disciplinazo furibundo a los médicos que se permitan hablar de la enseñanza de los sordomudos. «Esos doctores — dice, — se colocan al lado de la ignorancia y el prejuicio en esta cuestión. Es evidente, que han hecho poco, o no han hecho nada, para curar la sordera. Yo, con todos los maestros de sordos, me alegraré al ver por su parte cualquier esfuerzo para borrar esa mancha en el prestigio de su noble profesión; pero lo que no puedo admitir, y así expreso, según creo, los sentimientos de la inmensa mayoría de los maestros de sordos, es que nadie, y menos el



que no cumple con su deber respecto de los sordos, tenga derecho o conocimientos para venir a enseñarnos a nosotros el nuestro.»

Seguidamente, el buen misionero arremete contra los directores del Ministerio de Instrucción Pública, a quienes gentilmente llama aficionados completamente ignorantes de los métodos reales, y que sólo conocen un método, y ese de un modo superficial. El Sr. Payne afirma que, únicamente quienes hayan vivido toda su vida entre los sordos pueden tratar de estas cuestiones, afirmación semejante a la de quien dijese que sólo los curanderos, las comadres y los saludadores tienen capacidad para hablar de medicina, por haber tenido dilatado trato con heridos, enfermos o lixiados.

El reverendo Payne establece luego una diferencia entre la palabra y el lenguaje, y lo hace con acierto, porque, efectivamente, no son una misma cosa. El lenguaje es la expresión del pensamiento; y la palabra, lo mismo que la escritura, no es otra cosa que el instrumento del lenguaje. Podrá un niño sordomudo pronunciar o escribir muy bien, y no poseer realmente el lenguaje, por no entender lo que dice. Lo que importa es ense-

ñar a los niños el lenguaje. «La mayor necesidad de los sordos (después de la religión y la educación moral)—dice,—es el estudio del inglés: la palabra no es más que una forma de expresar el lenguaje, y no es por sí sola un fin, como no lo son tampoco escribir, imprimir o hablar con los dedos.»

Seguidamente, el amostazado misionero entra en el terreno de las comparaciones, desafiando a los alumnos de las escuelas americanas donde se enseña por el método oral puro, a que compitan con los del colegio Gallaudet de Washington, donde se emplea el método *combinado* (palabra, signos y escritura), con el cual, por lo visto, se aspira a hacer de los niños sordomudos unos sabios polígrafos, unos pequeños Picos de la Mirándola, capaces de disertar *de omni re scibili et quibusdam aliis*. El programa que el reverendo Payne presenta como prueba de las excelencias del método combinado en el colegio Gallaudet, es verdaderamente estupendo: Álgebra, Inglés, Latín, Griego, Francés, Alemán, Historia, Geometría analítica, Mecánica, Fisiología, Lógica, Psicología, Economía, Legislación... Y luego nos quejamos de que a nuestros bachilleres se les

quiera graduar de enciclopedistas... Milagro del Cielo es que puedan enseñarse tantas ciencias, letras y artes por señas o escribiendo las explicaciones pacientemente en la pizarra.

El Sr. Payne se defiende de las censuras que se le dirigen por emplear el llamado lenguaje mímico en sus predicaciones. «Usamos la mímica en las misiones—dice,—porque es el mejor medio de comunicar las ideas á los sordos; el objeto de la misión no es enseñar inglés sino Religión; la fe es bastante más importante que el lenguaje». Es verdad; pero permítasenos que seamos en este punto algo escépticos, pensando en las dificultades que un sacerdote ha de vencer para explicar por señas a los sordos los sublimes misterios de la Religión, y aun las reglas más accesibles de la Moral, fundadas en conceptos lógicos, en relaciones abstractas que no caben en los estrechos límites del graficismo.

Tranquilizado ya el buen misionero con las lindezas que propina al Dr. Yearsley, y dejando lo que él mismo llama «crítica demoledora», termina su artículo en términos de paz y comediamento, diciendo que todos los métodos de enseñanza de los sordos son excelentes, pero que

es preciso elegir el mejor, que a su juicio es el formado por el lenguaje dactilar, la lectura y la escritura. Pero la paz dura poco; porque el Reverendo, después de explicar brevemente las excelencias del método combinado, vuelve a empuñar las disciplinas, rematando su epístola con estas palabras. «El mejor medio... es empezar por despedir a toda esa gente bien intencionada, sin duda, a los oralistas puros, que sólo conocen un aspecto de la cuestión, a los aficionados influyentes que mangonean á su antojo en el Ministerio de Instrucción pública, y a los doctores que han abandonado su terreno para aventurarse en caminos que no conocen; y después, insistir en que todos los maestros de sordos sean peritos en todos los sistemas de instrucción de los niños a su cargo, para poder aplicar, con conocimiento de causa, el más a propósito».

*
* *

Siguió á este artículo, otro del propio doctor Yearsley. Los lectores del *Times* que esperasen una diatriba furibunda a tono con el escrito del Sr. Payne, sufrirían un gran desencanto, análogo

al de aquellos que, creyendo encontrar en el prólogo de la segunda parte del *Quijote* «venganzas, riñas y vituperios», contra el supuesto Avellaneda, se hallaron un documento «limitado y contenido en los términos de la modestia», con el que Cervantes dió la mejor contestación al atrevido. El Dr. Yearsley, en este artículo, escrito sin duda antes de conocer el del Sr. Payne, trata del aspecto fisiológico de la cuestión, el cual, a su juicio, se manifiesta de dos modos que son: la clasificación de los niños sordos para los fines educativos con arreglo a una escala que comprenda todos los grados de sordera, y la iniciación de la educación de los sordos congénitos o de aquellos otros que han adquirido la sordera en los primeros tiempos de la vida. Contestando a la opinión de algunos maestros que son reacios á la intervención del médico en la escuela, afirma que sin base fisiológica no puede hacer progreso alguno en ninguna rama de la educación, y que en lo porvenir todos los sistemas educativos, tanto para los normales como para los defectuosos física o mentalmente, se basarán en el trabajo armónico del médico y el maestro.

Reconoce que hay dos clases de educación: la fisiológica y la pedagógica, y que la primera, fundamento de la segunda, es tanto más necesaria en los niños sordos cuanto que éstos difieren de todos los demás niños, normales o defectuosos, en su ineptitud para adquirir la educación fisiológica necesaria, y van á la escuela actualmente sin la menor preparación para empezar la educación pedagógica que los otros niños de su edad son capaces de recibir.

Supuesta la preparación fisiológica en los primeros años de la vida del niño sordo, el doctor Yearsley se declara enemigo del empleo de la mímica o del alfabeto manual en la enseñanza, porque siendo la palabra el último desarrollo de la evolución de la raza, mientras que la mímica y el lenguaje de signos son de una gran antigüedad, hallándose, por tanto, más arraigados en la especie, es de toda necesidad excluirllos rigurosamente así en la escuela como en la casa, para contrarrestar las tendencias hereditarias y llegar más fácilmente al dominio de la palabra oral.

Termina su artículo el doctor lamentándose del erróneo concepto en que suele tenerse al niño

sordo suponiéndole un ente raro; y cree que gran parte de esta equivocación procede del empleo del término «sordo-mudo» en vez del de «sordo» que es mucho más propio y significativo así de lo que es el sujeto como de lo que puede ser.

Poco después contestó el Dr. Yearsley en términos de la mayor mesura a la filípica del Reverendo Payne. «Aunque estos escritos merecen ser contestados con el silencio—dice—hay en ellos conceptos que necesitan contestación, sobre todo en aquella parte de la carta del señor Payne que se halla escrita en el tono cortés que es dable esperar de una persona de su profesión y de un doctor en Artes por Oxford».

El médico devuelve el argumento al eclesiástico diciéndole: «Opina usted que antes de juzgar los métodos de enseñanza es necesario conocerlos todos, pues de otro modo el juicio carecería de valor; pero ¿está usted calificado suficientemente para hacer esta observación tan justa? ¿conoce a fondo el oralismo y es capaz de hablar, con la autoridad necesaria, de su método y de sus resultados?»

Sigue refutando las afirmaciones del predica-

dor mímico y dice: «El objeto de la educación es dar a los niños normales sordos (que son normales privados de uno de los sentidos más importantes) un medio de comunicarse con los que viven con ellos, y debemos, por lo tanto, tratar de enseñarles el método natural de conseguir este objeto. El método natural humano de comunicación, consagrado por innumerables generaciones de antepasados que hablaban, es la palabra articulada, y faltaremos a nuestro deber si nos contentamos con lanzar al mundo al niño sordo con el alfabeto manual y la mimica, método de penosa gimnasia, inteligible tan sólo para una exigua minoría de la población normal».

Refiriéndose a la precocidad en la enseñanza oral que el Sr. Payne había calificado de inhumana, se expresa así: «Lo que dije fué que los fracasos del sistema oral se deben en parte al hecho de que los niños sordos, en las circunstancias presentes, no adquieren esa educación fisiológica que es la preparación normal esencial para la educación pedagógica, y que se podría obtener con algunas horas semanales de escuela organizadas como en las escuelas de párvulos, según se hace en la famosa escuela americana

de Miss Garret, donde los juegos y entretenimientos se realizan por el vehículo del sistema oral, y el niño no necesita estar ausente de su casa sino pocas horas. ¿Es esto inhumano? Tal calificativo estaría mejor aplicado al método que convierte al niño sordo, sea o no apto para hablar, en un gesticulador o un mimico».

Termina su carta el Dr. Yearsley haciendo un llamamiento al buen sentido: «Los maestros y cuantos de veras se interesan por el bienestar de los mudos, no pierden el tiempo en controversias inútiles. Su divisa es: *Hechos, no palabras*. Mantengo y mantendré siempre que la educación de los sordos ha de basarse en una clasificación científica y en el estudio del niño sordo para adoptar el sistema más apropiado; por lo tanto, condeno el empleo exclusivo de cualquier sistema».

*
* *

Pocos días después terció en la polémica un insigne sordomudista, el Sr. I. O. White, director de la Escuela Real de Sordomudos de Margate, Londres, y maestro de gran experiencia; el cual,

después de elogiar el celo de los anteriores contendientes y de declararse ferviente oralista, reconoce que los resultados de la enseñanza de la palabra y de la lectura en los labios no han correspondido a las esperanzas que se habían concebido cuando se implantó el método oral. Afirma, sin embargo, que esto no significa un fracaso para el susodicho sistema, porque poseer algo de palabra es mejor seguramente que no poseer nada, y el sordo gana positivamente con cualquier grado de palabra y de lectura en los labios que consiga. Califica de absurdo el programa del Colegio Gallaudet citado por el Sr. Payne en abono del sistema *combinado*, pero asegura que hasta los oralistas más puros usan este sistema (palabra, lectura en los labios y escritura).

El profesor White es partidario de un *oralismo razonable* para el 80 por 100 de los alumnos, y de un *combinismo*, razonable también, para el resto de los alumnos fracasados en el sistema oral y con los cuales se emplea la escritura, el alfabeto manual y las señas para las explicaciones.

Respecto del medio de comunicación usado

por el Reverendo Payne en las misiones, el señor White se muestra severísimo: «En las misiones—dice—se prescinde de todos nuestros esfuerzos para enseñar el inglés a los sordos, creyendo erróneamente que el mejor medio de inculcarles las ideas son las señas, es decir, la pantomima. Este es un medio semibárbaro de comunicación, y así lo afirma el Sr. Payne al decir que nadie enseña la mímica a los sordos, sino que la aprenden ellos por sí mismos. Naturalmente, este sistema ingenioso de pantomima es incomprensible para los individuos normales, y a veces, hasta para los mismos sordos resulta confuso».

La carta discretísima del profesor White concluye con una nota de suprema melancolía. «Es indudable—dice—la inferioridad del lenguaje de los sordos con relación al de los audientes, sea cualquiera el sistema con que se les haya enseñado; sin embargo, esta inferioridad no existe, afortunadamente, respecto de la capacidad industrial. Nuestra enseñanza industrial elemental nos hace concebir grandes esperanzas para nuestros alumnos. La opinión común es que en un niño falto del oído, los otros sentidos y poten-

cias mentales adquieren mayor desarrollo y agudeza para sustituir la falta de aquél; pero ésta es una de las ilusiones plausibles con que la gente se cura de la tristeza producida por una calamidad irremediable. Mejor sería mostrar simpatía hacia los sordos incluyendo en el proyecto relativo a la invalidez y el paro forzoso, ahora en estudio, alguna cláusula especial en su favor». Y concluye el respetable director con estas palabras que más que producto de la convicción son dictados de la cortesía: «En cuanto a la enseñanza, es de esperar que las diferencias desaparezcan y que el trabajo sea coronado por el éxito que proporcione la unidad de acción y el buen deseo».

* * *

Replicó nuevamente el Sr. Payne en términos también de aspereza y acritud, repitiendo los argumentos de sus anteriores escritos, en defensa de la mímica y de lo que él llama sistema combinado. Lo más curioso de esta parte de la polémica es el comentario puesto por la redacción del *Times* a la carta del misionero. Helo aquí:

•El Sr. Payne parece desconocer o tergiversar la cuestión de que se trata, que es sencillamente ésta: ¿Por cuál sistema de enseñanza podrán los niños sordos incorporarse a una sociedad que habla y oye, cambiar sus ideas con todos, comprender y expresar la palabra y librarse del aislamiento a que naturalmente les condena su defecto? A esta pregunta sólo puede dársele una respuesta, aun cuando se advierta que el sistema oral es el que ejerce mayor atracción, tanto en los maestros como en los discípulos, y aunque haya algunos alumnos que no respondan cumplidamente, y que sólo den resultados imperfectos. Éstos forman, con una buena organización, una parte pequeñísima del total, y prueba evidente de esto fué la presentada en la conferencia de Edimburgo, en 1907, por el doctor A. L. E. Crouter, director de la Institución de Pensylvania para sordomudos, de Mount Airy, Filadelfia, fundada en 1820, y que en 1907 tenía 575 discípulos. De 1820 a 1881 esta institución estuvo basada en el lenguaje mímico; pero en este último año se estableció un pequeño departamento oral experimental que comenzó con el 10 por 100 de los alumnos de la escuela. En 1888 la sección mímica.

ca tenía el 72 por 100, y la oral el 28; en 1893 se igualaron ambas secciones, y desde entonces, el departamento oral ha ido aumentando hasta que en 1905 llegó al 96 por 100, dejando al mímico el 4 por 100 restante. Este resultado obtenido por el método oral en una competencia de 25 años, indica su mérito. El doctor Crouter discute ampliamente la cuestión general, y el resultado de su gran experiencia es la convicción de que el método oral da al niño sordo todo lo que puede darle el método mímico, más la facultad de la palabra que le permite formar parte del mundo audiente y parlante. Dice también que todos los métodos que no son orales en principio, en la práctica son manuales. Los intentos hechos para armonizar estos dos sistemas en uno llamado *combinado*, constituyen en cuanto a la producción de la palabra un verdadero fracaso. Estos dos métodos son tan antagónicos en sus medios y propósitos que no pueden ser armonizados.»

*
* *

Como se ve, la controversia ofrecía cada vez un interés mayor, y sabemos que diariamente llegaban a la redacción del *Times* testimonios del

gusto con que era seguida por el público. Ahora vino a intervenir en la discusión otro oralista eminente, el doctor Kerr Love, médico inspector de escuelas, el cual, había sido atacado por el furibundo Sr. Payne en otro periodiquito de Londres, y contesta en el *Times* por medio de una carta notabilísima. Aunque el Sr. Kerr Love es médico y maestro, dice que habla como «estudiante de los niños sordos.» Con argumentos irrefutables deshace los prejuicios de su censor. «Afirmando—dice,—que no se trata de que el inglés o el chino u otro idioma cualquiera sea natural al hombre, sino que lo que hay es que el impulso para hablar existe en todos los niños, sordos o normales, y que es obligación del maestro de sordos usarlo lo más que sea posible durante el período escolar con la menor mezcla de mímica o de alfabeto manual. El Sr. Payne nos quiere dar a entender que los llamados signos naturales son iguales en todo el mundo, constituyendo un lenguaje natural, excepto algunos pocos convencionales. Si así fuera, todos podríamos entender sin dificultades a cualquier sordo-mudo, sin haber estudiado su mímica; pero no sucede así. La mímica natural no es suficiente

para la vida; y es tan convencional que para entender a un sordo que la use hay que estudiarla lo mismo que una lengua extranjera.»

El doctor Kerr Love se refiere luego a las predicaciones del Sr. Hill Payne, a las que dice asistió en Londres, sin entender, naturalmente, nada de lo que el predicador quería expresar; y pregunta: «Si su mímica era tan clara y tan comprensible generalmente, y había en ella tanto de natural y tan poco de convencional, ¿por qué se molestaba en repetir de palabra lo mimado? ¿Puede decirme el Sr. Payne cuáles son los signos naturales para designar los espíritus metálicos o el cuero de camello? ¿Para qué clase de mundo educa el Sr. Payne a los sordos? Para el de los sordomudos. Ésta es precisamente la diferencia entre el Sr. Payne y yo, que quiero acomodarlos al mundo civilizado y audiente.»

In cauda venenum... Amigos: no es posible siempre conservar la paciencia y mantenerse sereno ante los ataques del adversario. El reverendo Hill Payne, había pasado la raya de la medida al discutir con los médicos, llegando hasta pedir que fueran arrojados, como seres perjudiciales, del campo de la educación. El doctor Kerr Love,



una vez perdida la calma, dice: «No se haga ilusiones el Sr. Payne, porque acabamos de entrar en este campo y no saldremos tan fácilmente de él. Bastante tiempo han sufrido los sordos a hombres tan limitados como el Sr. Payne.» Y para terminar la carta escribe este parrafito: «El señor Payne dice que se expresa con más facilidad en mímica que verbalmente. Nacido en una atmósfera de signos, criado entre sordos, creyendo que el lenguaje mímico es suficiente para un sordo en el mundo que habla, e imaginándose tal vez que todos los hombres, por interés de los sordos, han de abandonar la palabra y volver a cultivar su instinto atrofiado para la mímica..., viviendo en tal atmósfera ¿no está en peligro de degenerar en el lenguaje onomatopéyico o volver acaso al primitivo lenguaje de signos naturales?»

La nueva réplica del irreductible Sr. Payne no añade argumento nuevo a los que desde el principio de la polémica viene aduciendo, a no ser uno que conviene recoger y refutar. «El sistema manual—dice,—es el que los sordos, considerados como clase y prescindiendo del resto del

mundo, proclaman como el más apropiado a sus necesidades.»

Este argumento nos parece muy recusable. Los sordomudos, que no conocen ni practican otro procedimiento de expresión que la mímica, no son los más autorizados para imponer su opinión en una materia que les es completamente desconocida: tanto valdría alegar la opinión de un ciego en asuntos de dibujo, perspectiva y colorido. Ocurre en esto una cosa muy humana, y digna de todo respeto, aunque, por interés mismo de los sordomudos, no pueda tomarse en cuenta para resoluciones de tanta importancia como ésta de la selección de los métodos educativos: los sordomudos puros, es decir, aquellos que no poseen más medio de expresión que la mímica, profesan a ésta un gran cariño, tanto como el que los auditivos tienen a la palabra: y, es natural que procuren defenderla contra quienes intentan sustituirla por otra cosa, cuya excelencia no comprenden los sordomudos. Además, es muy frecuente en los sordomudos la idea de que la mímica es una habilidad especial, que no a todos es dado poseer, y, como un dón singular, desea conservarla.

*

* *



Puso fin a esta interesante e instructiva controversia al doctor Kerr Love presentando ejemplos de niños sordos que, educados desde los primeros años de la vida por el método oral puro, han llegado a hacerse hombres de provecho, ocupando en la sociedad el mismo lugar que ocuparían si fuesen normales, prueba de carácter objetivo que convence a los mayores enemigos del sistema.

*
* *

La controversia sostenida en el *Times* por los sordomudistas ingleses, es indudablemente muy provechosa. A nosotros, que la hemos seguido con creciente interés, nos ha servido para confirmarnos en nuestra convicción oralista. Creemos que a los niños sordomudos ha de dotárseles de aquel medio de expresión que les permita comunicarse con la masa general de los hombres, medio que no es otro que la palabra; pero, como no somos particularistas, pues el particularismo es una suerte de miopía mental que limita mucho el campo de la actividad humana, no vemos inconveniente alguno en que, *una vez aprendida la palabra*, se enseñe a los sordos la mímica, como

un nuevo medio de expresión para comunicarse con otros sordos que no sepan hablar: será la mímica en este caso una especie de lengua extranjera que el sordo poseerá para los casos en que sea necesaria.

Pero estas normas generales pueden sufrir la modificación circunstancial que las condiciones del alumno imponga en cada caso; porque en pedagogía como en medicina al tratamiento debe preceder el diagnóstico.

Estadística de Sordomudos.

La Estadística es una de las más bellas ciencias sociales, y al propio tiempo una de las más útiles y aun necesarias. Los hombres distraídos, los que caminan por el mundo con los ojos cerrados siendo juguete de las circunstancias, no saben que la Creación es armonía y número, y que hasta los sucesos que nos parecen más fortuitos o casuales obedecen a leyes de vida universal, que la inteligencia humana, a fuerza de perseverante trabajo investigador, va descubriendo. El hombre estudioso y sabio puede ascender, como por la escala de Jacob, desde los hechos singulares que surgen aquí y allí como producto de una voluntad caprichosa, a la cumbre de la unidad donde anida el águila de la visión sintética. Esta escala

maravillosa es la Estadística, importando poco para conservarle su dignidad y su belleza, que sea, como piensan muchos, una ciencia sustantiva con propia jurisdicción intelectual, o simplemente, según entienden otros autores, un capítulo de la Lógica o, aún menos, un instrumento de la Metodología.

La utilidad de la Estadística para todos los estudios sociales es evidente. La Estadística es la experiencia universal reducida a números, concentrada en una expresión algebraica o esculpida en una figura geométrica. A veces la experiencia de siglos, realizada por millones de hombres en todas las regiones de la tierra, se reduce, por obra y gracia de la Estadística, a una sencilla ecuación, a una curva sutilísima. Con estos elementos, que son como los alcaloides concentrados capaces de los más terribles efectos, el hombre pensador ordena, confirma o varía sus ideas, contrasta la realidad de sus hipótesis, reafirma las decisiones de su voluntad. Con la experiencia de ayer, la Estadística da al hombre el dominio del mañana y le permite adelantarse al curso de las cosas, sin dejarse sorprender y arrastrar por los acontecimientos. Así,

parafraseando una frase de Goethe, ha podido decir Virgilli, que la Estadística, si no gobierna al mundo, enseña cómo el mundo debe ser gobernado; retrata la vida humana en un determinado momento y permite influir ventajosamente en sus mismas bases fundamentales.



Aunque la Estadística de los sordomudos españoles está todavía por hacer (1), la experiencia de especialistas versados en este linaje de conocimientos nos permite asegurar que no bajan de 15.000 las personas privadas del oído y de la palabra en nuestra patria. En unas, esta privación proviene de causas anteriores al nacimiento; en otras, es adquirida como consecuen-

(1) La Asociación de Sordomudos de Madrid ha hecho algunos estudios parciales sobre estadística, siendo uno de los más interesantes el realizado en 1908 en relación con el trabajo a domicilio y publicado por la Sección española de la Asociación Internacional para la protección legal de los trabajadores en su folleto titulado «El trabajo á domicilio en España», por los Sres. Sangro y Castroviejo.—D. Emilio Tortosa, presidente de la Sociedad de Sordomudos de Barcelona ha realizado también varias gestiones para poder formar la Estadística de sordomudos de Cataluña.—El Colegio regional de Santiago ha efectuado igualmente algunos trabajos estadísticos relacionados con los sordomudos gallegos.

cia de enfermedades del aparato auditivo o de los centros nerviosos correspondientes. Unas veces sobreviene en los primeros años de la vida; otras, cuando ya el individuo ha alcanzado la plenitud de su desarrollo. Aparece en los hombres y en las mujeres; en los organismos débiles igualmente que en los robustos; en las risueñas campiñas y en las callejuelas urbanas; en las humildes chozas y en los suntuosos palacios, sin hacer acepción de personas, ni distinguir de edades, sexos, linajes, profesiones ni fortunas.

Parece que el mal se presenta con más frecuencia en los niños que en los adultos, y que en los hombres abunda más que en las mujeres, en las ciudades más que en los campos, y en la montaña más que en la llanura. También se tiene por cosa averiguada que hay más sordera congénita o de nacimiento que adquirida, y que tiende á disminuir a medida que se vulgarizan las prácticas de asepsia y limpieza del oído que constituyen toda la terapéutica de la otopatía. Contribuye de igual modo a disminuir el número de sordomudos la intervención quirúrgica y el tratamiento electroterápico que en estos últimos años han llegado a hacer maravillas por mano

de los maestros de esta difícilísima especialidad de la otiatría, cuyo estudio es ya hoy obligatorio, afortunadamente, en nuestras facultades oficiales de Medicina. Finalmente, la Pedagogía de sordomudos, que ahora comienza a renacer y a desentumecerse después de un abandono secular, arrebatada a la sordomudez muchas víctimas, cultivando los llamados *islotes auditivos*, y haciendo germinar, crecer y dar fruto a reliquias que la apreciación profana tenía en menosprecio.

La experiencia enseña también que el espíritu del sordomudo, aunque privado de aquellos soberanos medios de comunicación intelectual, el oído y la palabra, que Lorenzo Gracián llamó «los criados del alma», es completo en su constitución orgánica y susceptible del mismo cultivo que el de las personas audientes. Si en todos los casos no se llega a conseguir en los sordomudos el desarrollo que de ellos se puede esperar en lo que se refiere a sus facultades cognitivas, será por falta de recursos técnicos, ya en el médico, ya en el pedagogo, pero no por *incapacidad del sujeto* como creían los filósofos anteriores a Ponce de León, influídos por un texto mal interpretado de Aristóteles. Finalmente,

la misma experiencia enseña que los sordomudos, hombres o mujeres, tienen en el campo social una amplísima esfera en que desenvolver su actividad laboriosa: lo mismo en las profesiones mecánicas que en las liberales, cumplen los sordomudos el deber que todo hombre tiene de ganarse el pan con el sudor de su rostro y contribuir con su trabajo a los progresos sociales, pues para ellos sólo está acotado el campo, no muy extenso ciertamente, de la funcionalidad acústica.

Reducir a categorías numéricas todas estas nociones vagas que hemos adquirido de un modo esporádico por la experiencia, es la obra que compete a la Estadística. No hemos, pues, de satisfacernos con ser espectadores pasivos de las cosas que suceden en el mundo de los sordos, sino que debemos salir a su encuentro buscándolas, provocándolas, contándolas y deduciendo de ellas las enseñanzas que abundantemente encierran.

Persuadidos de la importancia que para la obra protectora de los sordomudos españoles tiene la Estadística, hace años que venimos realizando una investigación general y uniforme

que nos permita recoger el mayor número posible de noticias personales relativas a las personas privadas del oído y de la palabra. Nuestro ideal es llegar a tener de cada uno de los sordomudos españoles una verdadera biografía que contestara a cuantas preguntas pudieran ocurrirnos, como un amigo que nos da cuenta de su origen, de su desarrollo, de las vicisitudes todas de su vida, de sus alegrías y tristezas. El conocimiento de muchos efectos eleva el alma, en alas de la inducción, a la sublime esfera de las causas. Pero si no es posible tener noticia tan circunstanciada de cada uno de los sordomudos españoles, contamos con que no nos falten para llevar a término feliz nuestra obra estadística, aquellos datos que necesitamos, ya del orden orgánico, ya del moral y pedagógico, ya del social, que nos permitan hacer una clasificación adecuada y un análisis posterior del que nos proponemos sacar muy abundante fruto.

*
*
*

Como todas las ramas de los conocimientos sociales, la Estadística tiende a *humanizarse*, por

decirlo así, pasada ya aquella época de puro intelectualismo dogmático con que muchas ciencias se constituyeron en el siglo xix. El aspecto matemático de los hechos sociales, que fué como el cuerpo de la Estadística, en los tiempos heroicos de esta ciencia, ha sido completado con otro más amplio y comprensivo; y aunque la Estadística, por su propia índole, atiende más al resultado de los hechos sociales que a los hechos mismos, necesariamente ha de estudiar éstos en todas sus varias manifestaciones, para poder dar una mayor exactitud a su expresión cuantitativa.

Esta tendencia de la Estadística moderna ha exigido una gran complejidad en los métodos de observación inductiva que constituyen el alma de aquella ciencia, y que, según algunos autores, son la ciencia misma. De aquí la importancia excepcional que hoy día se reconoce por los técnicos a los procedimientos de recolección y crítica de los datos, en cuestionarios extensísimos que se completan y se contrastan unos a otros, y el exquisito primor con que elaboran las noticias recogidas, exponiéndolas en claras y ordenadas formas con auxilio de las ciencias gráficas y aun de las bellas artes.

Obedece, además, este procedimiento a la notoria conveniencia de la división del trabajo en observaciones frecuentemente difíciles, que exigen peculiares aptitudes, y a la tendencia especializadora propia de la ciencia moderna, dentro de la cual ya no se conciben los espíritus enciclopédicos de otras edades, aunque en la nuestra los haya tan vigorosos y comprensivos como pudieron serlo en las pasadas Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, Vives y Pascal.

Por lo que respecta a la Estadística de sordomudos que ahora nos interesa, aunque el tipo social sometido a observación se halla perfectamente determinado, aquellas exigencias de amplitud en la recolección de los datos tienen superior importancia. Se trata, al fin y al cabo, de estudiar un tipo anormal, y este estudio es más difícil de lo que parece, porque su anormalidad fisiológica influye en la vida psíquica y en la relación social de la persona. Conviene, pues, para los fines de la Estadística, conocer todas las modalidades de la vida del sordomudo, las que pudieran clasificarse en tres grandes grupos, cada uno de los cuales sería objeto de un interrogatorio: el fisiológico, el psíquico y el social.

Comenzando por este aspecto social que es el que nos define la persona civil, creemos que en él nunca ha de ofrecer la menor duda la recolección de datos referentes al nombre, al sexo, a la edad, a la naturaleza, al estado, a la condición social (estudiante, propietario, obrero, etc.), a la vecindad y a otras noticias estadísticas que ordinariamente se exigen en los padrones o censos municipales (1). Pero hay en esta parte del interrogatorio dos datos que para la Estadística de sordomudos tienen una importancia capital, a saber: la profesión y ocupación del sujeto, y su capacidad jurídica tal como la entiendan los funcionarios públicos ante quienes el sordomudo ha de acreditarla.

Respecto de la profesión, conviene huir de las contestaciones excesivamente genéricas como «obrero del campo», «artesano», etc., debiendo especificarse bien la profesion diciendo, por ejemplo, «mozo de mulas», «hortelano», «pastor»...

(1) En el Censo de población de Italia se exige consignar si el sujeto a que se refiere la hoja es ciego o sordomudo. En el de España, correspondiente al año 1887, había una casilla destinada a registrar los «defectos físicos notorios» que hubo de suprimirse en los Censos sucesivos porque el público no llegó a comprender su importancia, y la llenaba con indicaciones incongruentes y hasta poco serias.

o «zapatero», «sastre», «broncista»... Conviene también distinguir el concepto de profesión del de ocupación, porque frecuentemente, por escasez de trabajo, los hombres se ocupan en tareas distintas de las que les son propias. Necesita saber, además, la Estadística, las condiciones de aprendizaje del sordomudo, de su colocación, de su aptitud y su rendimiento profesionales, su salario, etc., así como todo lo relativo a las condiciones de asociación, previsión y cultura propiamente técnicas.

La llamada incapacidad jurídica, que en el estado actual de la Ciencia del Derecho debe ser calificada como imposibilidad física con apreciación puramente circunstancial, tiene en nuestra Estadística una importancia inmensa; pero su determinación por el recolector de datos de este grupo ha de ser exclusivamente objetiva; es decir, que lo que interesa saber es cómo han apreciado la capacidad los jueces y los notarios al comparecer el sordomudo a declarar ante ellos. Urge borrar de nuestro Código civil aquella vergonzosa afirmación en que se equipara a los sordomudos, para restringirles la personalidad jurídica, con los imbéciles y los locos.

Toda esta parte social ó civil de los interrogatorios estadísticos podría encomendarse á los alcaldes, quienes fácilmente recogerían los datos, ya de un modo directo, ya valiéndose de los organismos relacionados con la autoridad municipal como la Junta de Estadística, la de Reformas Sociales, la de Protección a la Infancia, etc., en las cuales tienen representación todos los elementos de la localidad (el Municipio, la Iglesia, el médico, los patronos, los obreros), y que ya están acostumbrados al trabajo estadístico por sus relaciones continuas con el Instituto de Reformas Sociales y con el Ministerio de la Gobernación.

La característica anatomo - fisiológica nadie mejor que el médico puede investigarla, determinarla y describirla. Afecta esta investigación a los caracteres hereditarios del sujeto, así directos como degenerativos, la consanguinidad, las circunstancias de la vida intrauterina y del nacimiento, la paidopatía, los excesos de la taumaturgia de curanderos y comadres, y otros varios antecedentes que puedan explicar el origen de la sordera. Las causas de este mal, cuando no es hereditario, pueden ser rinopáticas con vegeta-



ciones adenoideas o infecciones varias que producen lesiones tubáricas más ó menos graves, o propiamente otopáticas que de un modo directo afectan al aparato auditivo, ya en su mecanismo transmisor, ya en el receptor, ocasionando, en este último caso, sorderas gravísimas, incurables con los actuales recursos de la ciencia. Finalmente, esta parte de la Estadística ha de conocer la terapéutica empleada y los resultados obtenidos en cada caso. La cédula o papeleta individual compuesta con estos datos por el médico por recolección directa, puede ser interesantísima, y servirá, no sólo para los fines propiamente estadísticos, sino también para otros de alta trascendencia higiénica, terapéutica y social.

El maestro de escuela (título honroso, mucho más que el pedantesco e inexpresivo de profesor), que en toda empresa social debiera ser siempre el principal colaborador, tiene en la Estadística de que tratamos, un puesto de honor y de utilísimo trabajo al mismo tiempo. En toda escuela bien organizada, el maestro ha de llevar el diario o libro de memorias en que consten las circunstancias de cada alumno en sus relaciones con la obra pedagógica: se trata de se-

guir al día los progresos y las vicisitudes de la enseñanza: es el examen de conciencia de maestro y discípulo, unidos en la magna empresa educativa. Si esta observación individual es conveniente en todos los casos, en la enseñanza de los sordomudos es fundamental. El maestro debe conocer perfectamente las facultades del discípulo, su grado de capacidad, su desarrollo, la dinámica entera de su espíritu y aun de su organismo corporal. Si no quiere caer en el más estéril intelectualismo, no ha de limitar sus observaciones al recinto de la clase, sino que ha de estudiar al alumno en sus relaciones con la familia y con la sociedad: nadie con más apremio que el niño sordo necesita el apoyo de su maestro en todas partes. Las observaciones del maestro entrarán a veces en el campo de la medicina o en el de la vida civil; pero esta intromisión, lejos de perjudicar a los intereses de la Estadística, los favorecerá, ya que unas observaciones servirán de contraste á las otras, y un hecho, estudiado desde diversos puntos de vista, se presentará ante la Estadística perfectamente definido en todas sus variadas formas.

Con estas disposiciones por parte del maestro,

fácil le sería reducir a elementos estadísticos sus observaciones sobre la capacidad sensitiva e intelectual del niño sordomudo, sobre el desarrollo de sus instintos, sentimientos e ideas, sobre la eficacia del método pedagógico empleado, sobre los progresos en la instrucción literaria y de la habilidad manual y hasta sobre su vocación y aptitud para la profesión en que, el tiempo andando, ha de ocupar su vida.



En suma: entendemos que, con un poco de buena voluntad por parte de todos, no sería difícil hacer una estadística de los sordomudos españoles, muy necesaria para cuantos estudios de carácter médico-higiénico, pedagógico o social se hayan de emprender.

La Asociación de Sordomudos.

Hace algunos años, la condición social de los sordomudos madrileños pertenecientes a las clases humildes era muy lamentable. Aunque hubiesen recibido la necesaria preparación pedagógica en los establecimientos dedicados a esta enseñanza, los sordomudos veíanse desamparados al salir de las escuelas y entrar en la lucha de la vida, para ellos, ¡ay! mucho más tremenda que para la generalidad de los hombres. De pronto, en plena juventud, se hallaban desorientados en la sociedad, como se hallaría un rústico patán en la vorágine de una ciudad extranjera.

Extranjeros en su propia patria parecían los sordomudos. Para ellos era ininteligible esta lengua benesonante, enfática y derrochadora de matices, con la que se expresan las formas más sutiles del

pensamiento. Su deficiencia auditiva los tenía constantemente en peligro, y les suscitaba dificultades de que se ven libres los demás sujetos que andan por el mundo. Su alma, así recogida y ensimismada, los convertía en recelosos, suspicaces, tímidos y, por reacción, pasionales y violentos.

El vulgo ignorante y cruel los hacía víctimas de malos tratos. Si los veía gesticular entre sí, empleando la mímica convencional para comunicarse sus escasas ideas, se burlaba gentilmente de ellos, riéndose de la desgracia, que es una de las mayores maldades que el hombre puede hacer. Si trabajaban en talleres o fábricas, los patronos los explotaban inhumanamente, exigiéndoles mayor esfuerzo y remunerándoles con inferior salario que el de los obreros normales, siempre con la amenaza del despido sobre su cabeza y con la perspectiva del hambre, del abandono y de la miseria en lontananza.

Para ellos estaban negados los superiores goces del espíritu, el refrigerio del arte y la literatura, gran sedante de las penas y fatigas propias de la humana condición: y así, habrían de acogerse a los bajos placeres de la materia, y a ve-

ces caían en los vicios de la embriaguez y del juego, compelidos a frecuentar tabernas y burdeles, donde, por su inferioridad social, eran víctimas de la gentuza que en tales lugares tiene su natural habitación.

En el orden familiar no era más risueña la situación de los pobres sordomudos, porque, en primer término, por razones fáciles de comprender, sus matrimonios son homogéneos, es decir, que lo más frecuente es que ambos cónyuges sean sordomudos, con lo que naturalmente se intensifican los males y las dificultades de la vida, amén de las tremendas consecuencias de la herencia psicofisiológica, constante preocupación de los que se dedican a estos estudios. Así constituido el hogar doméstico del sordomudo, exige por parte de éste una mayor atención y un más solícito cuidado, estados de espíritu continuamente agravados con la preocupación de la sordera probable de la descendencia, que mantiene a los padres en aquella dolorosa inquietud tan hermosamente descrita por el insigne escritor francés Eugenio Manuel, en su *Menage Laurent*. (1)

(1) Eugène Manuel: *Mélanges en prose*,—Paris, 1905.

Finalmente, en la esfera de la vida pública y de la ciudadanía, la situación del sordomudo pobre e insuficientemente educado, era también muy precaria. ¿Cómo ha de poder ejercer libremente sus funciones ciudadanas y hacer eficaces sus derechos políticos, en estos tiempos de complicación de la vida pública, quien no oye ni habla, quien apenas entiende lo que dicen los demás, ni puede defenderse de los engaños y trapacerías de los mangoneadores políticos y sociales? Aun en el orden jurídico más elemental, el sordomudo menesteroso se halla en un plano de inferioridad enorme, con relación a sus conciudadanos. No hace mucho tiempo el autor de estas líneas tuvo que ir una noche a la Comisaría de Policía a defender a un desdichado sordomudo, llevado allí como autor del delito de hurto de un reloj... ¡y resultó que era él... el sordomudo... la víctima a quien habían hurtado el reloj en un tranvía de las Ventas!

Es, pues, evidente que a causa de su defecto orgánico, el sordomudo ineducado es un sér de inferior condición social, y a quien, por lo tanto, la lucha por la vida ha de ser difficilísima, hallándose siempre a la vera de grandes males. El sor-

domudo puede ser clasificado en aquella categoría de seres socialmente débiles, para quienes el emperador Guillermo I de Alemania reclamaba, en nombre de Dios, la protección y la ayuda de todos.

No hablamos aquí del niño sordomudo, cuya deficiencia sensorial se corrige con la protección y asistencia pedagógicas, que hoy es ya un postulado de moral política, no desatendido por ninguna nación civilizada; sino del hombre hecho y derecho, aunque sin más patrimonio que el trabajo de sus manos, a quien se le entrega una herramienta y se le dice: «¡Anda!» indicándole un camino, sin pensar que, en muchos casos, aquella herramienta no ha de servirle para nada, y que es lo más probable que el infeliz se extravíe en la selva...

En presencia de estos males, un grupo de hombres de buena voluntad, amigos de los sordomudos, pensó hace algunos años en constituir un centro de unión de todos ellos, utilizando, a efecto, los beneficios de la asociación, fuerza de poder incontrastable, así para el bien como para el mal, y en España accésibe a toda iniciativa por ser nuestra legislación de asociaciones la más fácil y la más liberal del mundo.

Y así nació esta Asociación, que, en los pocos años que lleva de vida, ha logrado hacer mucho bien a los sordomudos madrileños y captarse el aprecio y la simpatía de cuantos la conocen. En ella encuentran los socios la fuerza y la protección que, aislados, no podrían en modo alguno tener. Es un centro de cultura y de elevación moral con sus cátedras de enseñanza primaria y técnica, su bibliotequita seleccionada según las exigencias de su aplicación, sus conferencias, en las que han colaborado hombres eminentes de la intelectualidad española, su teatrillo construido por los mismos socios, donde se han representado monólogos, diálogos y comedias, y sus visitas y excursiones artísticas y literarias.

En el orden propiamente social y del trabajo, muy de tener en cuenta en una colectividad formada en su mayor parte de obreros, la Asociación cuida especialmente de la colocación de sus socios, procurando que todos tengan ocupación adecuada a su aptitud, habiendo organizado, al efecto, una verdadera Bolsa del Trabajo, en la que se utilizan las relaciones y amistades de unos para favorecer a los otros, y con éxito tan satisfactorio que, gracias a la Asociación no hay en

Madrid mendigos sordomudos. Cuando en 1910 la benemérita Asociación de la Lucha contra el Paro echaba los cimientos de una Bolsa del Trabajo, el Presidente de la Cámara de la Industria de Madrid, preguntaba en una sesión que celebraron aquellos organizadores: «¿Pero no hay ya Bolsa del Trabajo en esta corte? Porque no pasa día que no reciba yo alguna carta de la Asociación de Sordomudos pidiéndome trabajo...» Pues lo que se hace con el Presidente de la Cámara de Industria, se hace con otros hombres, como él, de buena voluntad, en provecho de los sordomudos.

Cuando la Asociación tenga mayores recursos económicos, podrá realizar el ideal en que desde su fundación viene pensando para cumplir su principal obra de protección social en favor de los sordomudos, a saber: la organización de talleres cooperativos de producción, en los que los obreros puedan obtener el fruto íntegro de su trabajo. La cooperación en una u otra forma parece ser un estado definitivo de la evolución social de los pueblos: la presente organización mercantilista de la producción, tiende a desaparecer, y ciego será quien no lo vea, y, además de

ciegó, torpe y temerario quien intente oponerse a este saludable movimiento. El primer beneficiado con este progreso es el productor, el obrero, en el amplio, comprensivo y noble sentido de esta palabra: obrero manual u obrero intelectual, hombre creador de riqueza con el músculo o con el cerebro. Pues si el régimen cooperativo ha de beneficiar al obrero normal que tiene integras sus defensas sociales, ¿cuánto más no ha de favorecer al sordomudo, quien por su deficiencia fisiológica se halla más expuesto que otro alguno a los engaños y violencias de los malos patronos, o de los egoístas intermediarios?

Es, pues, un ideal hermosísimo de la Asociación de Sordomudos de Madrid el organizar talleres cooperativos en los que sus socios trabajen y ganen lo que deban, en un medio ordenado, sereno, justo y adaptado a la realidad, sin utopías románticas y falansterianas. ¿Cuándo podrá hacerlo? Sólo Dios lo sabe, aunque desde luego puede afirmarse que la fecha se adelantará si los llamados a colaborar en esta buena obra, se apresuran a prestarle el apoyo económico y aun la ayuda personal que ha menester.

En la esfera de la Previsión, que es donde, se-

gún frase de un escritor insigne, se halla hoy el barómetro de la civilización de los pueblos, la Asociación de Sordomudos cumple también una función importantísima. Los hijos de los socios reciben al venir al mundo una libreta de ahorro abierta por la Asociación en la Caja de Madrid con una imposición inicial de 25 pesetas; forma de enseñar la virtud del ahorro a los niños y a los grandes que da excelentes resultados. Para las pensiones de retiro, la Asociación ha celebrado un contrato de seguro colectivo en el Instituto Nacional de Previsión, y para el seguro de enfermedad y para el funerario tiene también en su reglamento las normas adecuadas. En este mismo orden económico, la Asociación concede otro gran beneficio a sus socios, y es el llamado préstamo de honor o anticipo de cantidades sin interés, para atenciones urgentes de carácter reproductivo tales como la compra de herramientas, los gastos de un viaje de negocios, etc.

Pero hay algo que vale más que todo esto: algo que no estando prescrito en los estatutos es impuesto por la realidad al relacionar a los sordomudos con sus amigos y valedores, creando entre ellos vínculos de verdadero amor, que

tal vez por no poder ser expresados con la garrulería corriente, han adquirido mayor intensidad concentrándose como un perfume en el fondo del ánfora cerrada. ¿Quién podrá medir y tasar esto? ¿Cómo reducir a artículos reglamentarios las efusiones del corazón? En los silenciosos coloquios que tienen lugar en aquellas pacíficas estancias de la Asociación, se exteriorizan estos íntimos sentimientos, atenuándose muchos dolores y consolándose enormes desgracias. ¡Oh Dios mío! ¡Cuánto conflicto espiritual, cuánto drama apasionado, cuánta bárbara violencia, cuánta pena subjetiva y al parecer inconsolable, han hallado solución, amansamiento y consuelo en estas conversaciones, como de padres e hijos, entre los sordomudos y sus amigos y protectores! Porque ocurre frecuentemente que los sordomudos, cuya psicología es infantil, se acobardan o se inquietan por nonadas: son como el niño que tiembla en presencia de un insecto inofensivo; pero basta que otro espíritu más fuerte que el suyo, coja aquel insecto y le eche a volar para que vuelva la tranquilidad al espíritu atribulado.

Desde el primer momento, los fundadores de la Asociación de Sordomudos de Madrid se pro-

pusieron realizar una obra de sana democracia en el sentido de cultura, elevación moral y progreso social de las personas así concertadas. Hemos dicho sana democracia, porque hay una suerte de democracia que a nuestro juicio va por muy equivocados caminos. En efecto: existen demócratas que con la mejor intención del mundo indudablemente, pretenden realizar el ideal democrático igualando a todos los hombres, y para ello rebajan a los de arriba a fin de que queden al nivel de los de abajo: no otro origen tiene el tipo del señorito campechano que frecuenta las tabernas, viste de corto, habla en *flamenco* y dice y hace todo linaje de groserías y barbaridades. No nos gusta esta democracia sucia y mal oliente, y preferimos aquella otra que consiste en elevar a los de abajo para que se igualen con los de arriba. ¿Cómo se hace esta obra difícil? Se trata de una obra de pedagogía, de constante cuidado del medio ambiente, de depuración de relaciones sociales, de estímulo continuo y hasta de higiene y de terapéutica. Pero con ser obra complejísima, como lo es siempre la educación, tiene ese postulado democrático que es como la síntesis de ella, a saber: la elevación de unos

para que se igualen con los que ocupan un plano superior. Es una ley de biología social ésta de la convivencia con los selectos, que todos los educadores, moralistas y filósofos han conocido y practicado.

Apenas fundada la Asociación de Sordomudos su junta directiva, en la que había personas de diversa condición social, fué recibida por el Rey comenzando así a cumplir este programa de elevación que se había propuesto. Después han pasado por la Asociación ministros, esclarecidos literatos, artistas de renombre, políticos eminentes, catedráticos, sacerdotes, periodistas, hombres de ciencia, nacionales y extranjeros, viajeros distinguidos que han querido conocer la obra: con estas visitas los visitantes han podido enterarse de cosas nuevas que para ellos tienen interés, y los visitados también han aprendido y ganado mucho.

La instalación material de la Asociación de Sordomudos está hecha con aquel sencillez decoro propio de una institución popular: sus estancias limpias y atractivas, están modestamente decoradas: en las paredes del salón principal véanse los retratos de los grandes clásicos de la es-



pecialidad: Ponce de León, Rodríguez Pereira, Hervás y Panduro, el abate de L'Epée..., y, en sitio de honor, el del Rey D. Alfonso XIII, sin cuya generosa protección no podría vivir este Centro. A uno y otro lado de la embocadura del teatrillo, campean las bellas estatuas de los dos inmortales *pensierosi*: el Lorenzo de Médicis, de Miguel Ángel y el Dante, de Suñol. En otras salitas están los retratos del Ticiano español Juan Fernández Navarrete, el *Mudo*, pintor de Felipe II, del famosísimo sordomudociego Martín de Martín, alternando con cuadritos y fotografías adecuadas, entre las que llaman la atención los grupos de los sordomudos, nuestros hermanos, de Barcelona.

Ahora bien: ¿cómo se sostiene esta obra? La misma pregunta dirigió en cierta ocasión una persona augusta al Presidente de la Asociación de Sordomudos, el cual hubo de contestar en forma tal vez sobrado expresiva, hija del optimismo que a los directores de la institución ha animado siempre. «¿De qué vive la Asociación?» — «Señor: la Asociación vive de milagro.» Milagro es, y no pequeño, que con la ayuda económica de un corto número de socios protectores y con la colaboración personal de otro reducísimo

contingente de personas de buena voluntad, pueda salir adelante una obra que exige necesariamente crecidos gastos de sostenimiento y una atención continua por parte de sus directores. Triste es que quienes pueden y saben no arrimen el hombro á este honroso trabajo, con el que se hace un bien inmenso a la Sociedad. La puerta de la Asociación de Sordomudos abierta está para recibir con gratitud a cuantos quieran tomar parte en la obra buena y hermosa que allí se practica.

No ayudan a la buena obra aquellos que por su profesión parece que deberían estar más obligados a ayudarla; y es que ordinariamente se tiene del deber un concepto harto precario. Cier- to es que dentro de la moral corriente, ya satis- face su deber quien cumple el contrato, corres- pondiéndole con su trabajo al salario que se le da; y una vez terminadas las horas de oficina, de cátedra, de consulta, de laboratorio, no hay derecho a exigirle nada; pero también es cierto que, como ha dicho doña Concepción Arenal, «en las sociedades y en los individuos, la perfec- ción moral consiste en ir reconociendo mayor número de deberes y cumpliéndolos mejor».

PADRE Y MAESTRO

DIÁLOGO

representado en el teatro de la ASOCIACIÓN DE SORDOMUDOS, de Madrid, el día 20 de Octubre de 1912.

REPARTO

MARÍA..... Sra. Palomeque de Mera.

CLAUDIA..... Srta. Gutiérrez Puebla.

EL ABATE L'EPÉE... Sr. Ferrero.

DIRECTOR DE ESCENA: Sr. Mera, Profesor de la Asociación de Sordomudos.

Este diálogo fué escrito para ser representado en lenguaje mímico en la fiesta organizada por la Asociación de Sordomudos de Madrid el día 20 de Octubre de 1912, en honor del Abate L'Epée, con motivo del segundo centenario de su natalicio. El fin a que la obra fué destinada explica el especial estilo en que ha tenido que ser compuesta, y que tal vez parezca pobre, seco y desabrido a quienes no conozcan la limitación del poder expresivo de la mímica, y su absoluta inadaptación a las bellezas de la elocución literaria.

(La escena representa una sala. Para el juego del diálogo, basta que se disponga una mesita o un velador con un libro viejo encima, y una cortina o telón en el foro para la apoteosis final.)

CLAUDIA Y MARIA

CLAUDIA

Yo pienso muchas veces que si no fuera por los maestros y otras personas que quieren a los sordomudos, estaríamos muy tristes y nuestra vida sería muy desgraciada.

MARIA

Tienes razón: porque si no nos hubieran enseñado y educado, no podríamos entendernos, y estaríamos como estuvieron los sordomudos de antaño, en la mayor soledad y abandono.

CLAUDIA

Por eso debemos estar agradecidos a nuestros maestros y a cuantas personas buenas se ocupan de nosotros para instruirnos y hacernos más agradable la vida.

MARÍA

Yo quiero y respeto mucho a mis maestros y a esos amigos y protectores de los sordomudos que nos hacen muchos beneficios; y siempre los considero como verdaderos padres.

CLAUDIA

Haces bien, porque no hay nada más feo que la ingratitud.

MARÍA

Ahora se celebran fiestas en honor de un famoso sacerdote francés llamado Carlos Miguel de L'Epée, que hizo mucho bien a los sordomudos. En este año se cumplen los dos siglos de su nacimiento, porque nació en 1712.

CLAUDIA

Si. Ya me he enterado. Las fiestas se celebran en París, y allí van personas de todas las naciones del mundo para asistir a las fiestas. Nuestra Asociación también estará representada por dos de sus socios más distinguidos.

MARÍA

L'Epée merece estos homenajes, porque dedicó toda su vida a educar y a hacer bien a los sordomudos.

CLAUDIA

Antes de L'Epée, los sordomudos franceses estaban muy tristes porque los tenían abandonados. Nadie se ocupaba de ellos. No sabían hablar, ni con la boca ni con las manos. Los sordomudos de familias ricas, estaban ocultos y encerrados: las familias tenían vergüenza de que los vieran, porque los sordomudos eran ignorantes y no sabían nada; y los sordomudos pobres, andaban por los campos y por los caminos como los perros, comiendo lo que encontraban o pidiendo limosna; algunos eran malos, porque no les habían enseñado a ser buenos, y robaban y mataban, y luego morían en la cárcel o en la horca.

MARÍA

¡Qué lástima!... Pero hace mucho tiempo que Ponce de León enseñaba en España a los sordomudos. ¿Por qué no siguieron enseñándolos?

Ponce de León vivió en el siglo xvi; L'Epée vivió en el siglo xviii. ¿Por qué no siguieron enseñando a los sordomudos como los enseñaba Ponce de León?

CLAUDIA

Se había olvidado todo, porque las cosas que no se practican se olvidan y se pierden. Tú ya sabes que cuando tenemos una flor en un jardín, es preciso regarla y cuidarla, porque si la abandonamos se seca y muere. Pues lo mismo ocurre con las cosas del alma: también mueren si se las abandona; y esto es lo que había ocurrido con la enseñanza de los sordomudos, y como esta enseñanza es muy penosa y difícil...

MARÍA

Si. Me acuerdo de cuando yo estudiaba en el Colegio. Nuestros profesores trabajaban mucho con los alumnos para enseñarlos... Mucho se lo debemos agradecer... Cuéntame ahora cómo empezó L'Epée a enseñar a los sordomudos.

CLAUDIA

Pues verás. El sacerdote L'Epée vivía en París

dedicado al estudio, a la religión y a hacer muchas obras de caridad, porque era muy bueno. Un día, cuando iba a su casa, encontró a una señora que parecía estar muy triste y lloraba mucho. La preguntó qué era lo que la pasaba. La señora contestó que tenía dos niñas gemelas que eran sordomudas, y que un fraile, llamado el Padre Vanín, había empezado a enseñarles el Catecismo por medio de estampas; y que el Padre Vanín se había muerto y nadie enseñaba a las niñas.

MARÍA

Comprendo que la madre estuviera muy triste.

CLAUDIA

Entonces L'Epée tuvo lástima de las niñas y dijo a la madre que él se encargaba de educarlas.

MARÍA

Y ¿cómo podía enseñarlas si no sabía? Porque los maestros de sordomudos tienen que saber mucho para poder enseñar a sus discípulos.

CLAUDIA

L'Epée estudió mucho, y, como tenía gran talento, pudo aprender pronto lo que necesitaba. Uno de los libros que estudió fué un libro escrito por un español llamado Juan Pablo Bonet, en el año 1620, y que se titula «Arte para enseñar a hablar a los mudos».

MARÍA

Aquí tengo yo ese libro, que hace pocos años se ha impreso otra vez en la Imprenta del Colegio Nacional, por obreros tipógrafos sordomudos. (*Tomando el libro en la mano*). Este libro es el primero que se escribió en el mundo sobre la enseñanza de los sordomudos, y esto es un honor muy grande para España.

CLAUDIA

Tienes razón... Pues en ese libro aprendió L'Epée a ser maestro; y como el libro está escrito en español, L'Epée estudió el español para entender el libro de Bonet.

MARÍA

¡Es admirable! Y todo eso lo hacía por su gran cariño a los sordomudos...

CLAUDIA

Sí... L'Epée inventó unos signos para la enseñanza de los sordomudos; los sordomudos aprendían así muchas cosas, y se convertían en personas ilustradas que podían tratar con caballeros y señoras; leer, escribir, cuentas... todo.

MARÍA

Los signos son buenos; pero yo creo que hablar con la boca es mejor, porque así lo entiende más gente. En los colegios se enseña ahora a hablar con la boca, como enseñaba Ponce de León hace tres siglos.

CLAUDIA

Tienes razón. Pero los que no sepan hablar con la boca, pueden hablar con signos. Mejor es saber algo que no saber nada. Los discípulos de L'Epée aprendieron así con los signos muchas cosas buenas, con las que se hicieron per-

sonas sociables. L'Epée recogió a todos los sordomudos que pudo, y los enseñó y educó como maestro de todos ellos. A los sordomudos que eran pobres los socorría con mucha caridad dándoles lo que necesitaban para comer y vestir. L'Epée gastó con los sordomudos todo lo que tuvo, y como no era rico, muchas veces tenía que privarse de lo necesario para socorrer á sus discípulos. En un invierno muy riguroso en el que murieron de frío muchas personas en París, tuvo que pasar sin lumbre, porque lo que había de gastar en leña lo gastaba en dar de comer a los sordomudos. ¡Y eso que tenía setenta y seis años y estaba muy enfermo!

MARÍA

L'Epée no fué sólo un maestro de los sordomudos: fué un verdadero padre de ellos.

CLAUDIA

Sí. Por eso en todas partes se hacían grandes elogios de L'Epée, y su fama se extendió muy pronto por todo el mundo.

MARÍA

En efecto. Yo sé que un día estando L'Epée en la iglesia, se acercó a él un elegante caballero y le pidió permiso para ayudarlo a misa como un monaguillo. L'Epée accedió, y cuando terminó la misa, el caballero le volvió a pedir permiso para asistir a la clase de los sordomudos. Fueron a la clase, que estaba en la misma casa de L'Epée. Cuando acabó la clase, el caballero dijo: «Señor L'Epée: me gusta tanto el método que usted emplea para enseñar a los sordomudos que quiero establecerlo en mi país; yo le enviaré a uno de los hombres más sabios que hay en mi país, para que aprenda con usted a educar a los sordomudos». Y al despedirse dejó disimuladamente sobre una mesa un paquetito diciendo: «Dejo a usted un pequeño recuerdo de mi visita». El paquete encerraba una magnífica petaca de oro con el retrato de aquel señor. ¿Sabes quién era?

CLAUDIA

¿Quién era?

MARÍA

Era el emperador de Alemania José II.

CLAUDIA

¡Es admirable!

MARÍA

El emperador quería que L'Epée fuese á Alemania para dirigir allí un Colegio de Sordomudos, y le ofrecía en cambio una gran fortuna. Pero L'Epée se negó siempre á abandonar á sus alumnos de París. Cuando los sordomudos se enteraron de que el emperador quería llevar á L'Epée, lloraron mucho y abrazando á su maestro le suplicaban que no los dejase. L'Epée les dijo: «No lloréis, porque siempre estaré con vosotros».

CLAUDIA

¡Qué bueno era!

MARÍA

También la emperatriz de Rusia, Catalina II, que ha sido una de las reinas de más talento que ha habido en el mundo, envió á L'Epée un embajador para ofrecerle muy ricos regalos. L'Epée se negó á recibirlos y dijo: «Agradezco mucho

los regalos que quiere hacerme Su Majestad la Emperatriz de Rusia, pero no puedo aceptarlos. Decidla que el mejor regalo que me puede hacer es mandarme un niño sordomudo para que yo le eduque».

CLAUDIA

Muy bien.

MARÍA

Otro día recibió la visita de María Antonieta, reina de Francia.

CLAUDIA

¡Pobre reinal! Era muy buena, la llamaban «la madre de los pobres». Pero los revolucionarios la llevaron al patíbulo y la cortaron la cabeza.

MARÍA

¡Es verdad! ¡Ésa es una historia muy triste!... Pues la reina María Antonieta visitó la clase de L'Epée, y quedó tan satisfecha que á los pocos días consiguió que el rey Luis XVI concediera a

L'Epée un magnífico local para establecer el Colegio, y además mucho dinero para atender a los gastos. Por desgracia, no pudo L'Epée ver el nuevo Colegio, pues murió el día 23 de Diciembre de 1789.

CLAUDIA

Murió, sí; pero su obra vive y vivirá siempre; y el mundo nunca olvidará el nombre de este gran amigo y protector de los sordomudos.

MARÍA

Nosotros debemos amarle como si le hubiéramos conocido. Desde el cielo sigue velando por los sordomudos. ¡Bendita sea su memoria!

(En este momento se descorren las cortinas del foro, y aparece la imagen de L'EPÉE, en espléndida apoteosis, rodeada de flores y laureles y con una aureola de intensa luz. CLAUDIA y MARÍA sobrecogidas por aquella aparición, se abrazan. Luego se llevan la mano a la frente, e inclinan la cabeza como abrumadas por un grave pensamiento).

CUADRO—TELÓN LENTO

Reglas de protección a los niños anormales. (1)

* Los estudios científicos relacionados con la infancia han alcanzado en estos últimos años una importancia extraordinaria, viniendo á ser materia de elección de médicos, sociólogos y maestros. No es sólo un impulso de sentimentalismo lo que mueve a los espíritus elevados a meditar en los graves problemas que con la infancia se relacionan, sino principalmente un imperativo social que aspira a robustecer y restaurar la vida.

(1) El presente estudio fué presentado como ponencia oficial en la Asamblea Nacional de Protección a la infancia celebrada en Madrid en Abril de 1914, y aunque no se refiere solamente a los niños sordomudos, sino también a los ciegos y a los anormales mentales, nos ha parecido conveniente insertarlo aquí íntegro para no privarle de su unidad doctrinal.

de los pueblos mediante la formación de nuevas generaciones fuertes y sanas que puedan fácilmente dominar el medio corruptor en que viven las sociedades modernas. Al lado del pesimismo con que se juzga la capacidad de los hombres y de los pueblos presentes para llevar a cabo el renacimiento por que todos suspiran, se alza una suave corriente de optimismo y de dulce esperanza en las nuevas generaciones formadas por la moderna Pedagogía. Este renacimiento que ahora se vislumbra es, en efecto, una labor pedagógica, pero no a la antigua usanza, encerrada en el estrecho y viciado recinto de una mala escuela, con el maestro famélico e ignorante, la enseñanza árida y puramente teórica y el nefasto intelectualismo, o, mejor, memorismo, dominándolo todo y haciendo pesada y odiosa la misma instrucción; sino más ampliamente entendida como obra social en la que todos colaboran, comenzando por el niño, que antes era un ser pasivo, extraño y aun opuesto a su propia educación, cuando racionalmente debe ser el principal agente de ella. Obra es ésta de restauración pedagógica, como natural preparación del ansiado renacimiento social, realizada en la familia y en la escuela, en

el jardín y en la plaza pública, en el templo y en el sanatorio, y a la que aportan las luces de su entendimiento y las fuerzas de su voluntad hombres que vienen de campos distintos; de la Medicina, de las ciencias jurídicas y sociales, de la Filosofía y de la Política. Los gobiernos de todas las tendencias, recogiendo esta general aspiración protectora de la infancia, han llevado al Derecho positivo, convirtiéndolas en normas imperativas, muchedumbre de ideas provechosas para la vida de los niños, siendo ya en todas las naciones muy abundante esta legislación especial. Finalmente, la obra de protección infantil ha obtenido la sanción del plebiscito universal en muchos congresos científicos reunidos al efecto en las principales ciudades del Viejo y del Nuevo Mundo.

Siendo de tanta importancia y actualidad el problema de la infancia considerado en términos generales, compréndese desde luego el interés con que se ofrece al estudio de los hombres de buena voluntad un aspecto de este problema, como es el de la infancia anormal, que constituye el tema de nuestro estudio. Si los esfuerzos de todos se encaminan a formar una generación

sana y fuerte, que pueda resistir las influencias destructoras de un ambiente social propicio a toda degeneración, ¿cuánta no será la importancia del estudio de las anormalidades infantiles, que son por sí mismas un principio de degeneración y de inadaptación social? Dentro, pues, del problema integral de la infancia, la modalidad de la infancia anormal se destaca con importancia capitalísima.

Para el pedagogo, en el sentido restringido y técnico de esta palabra, el conocimiento de las anormalidades infantiles es una necesidad evidente. La moderna ciencia de la educación tiende a apartarse de los antiguos procedimientos colectivos de la enseñanza, en que todos los niños, sin distinción de edades, sexos ni condiciones, recibían por igual, y como por aspersión, las ideas del maestro. En Pedagogía, como en Medicina, se aspira al tratamiento individual, distinto según la capacidad receptiva del sujeto.

Se impone, pues, a todo maestro una clasificación de los niños, y, por lo tanto, un conocimiento de sus anormalidades. En las ciencias médico-higiénicas estos estudios constituyen ya una especialidad, que se ha destacado del tron-

co común de la Paidopatía, alcanzando desarrollo extraordinario gracias singularmente a los métodos experimentales y a las modernas doctrinas de la herencia, instauradas en la clínica infantil por doctores eminentes; el régimen de Sanatorio ha abierto nuevos horizontes a la ciencia, haciendo también participar a la opinión pública en una obra de marcado carácter social. Finalmente, los sociólogos, los moralistas, los jurisconsultos, y especialmente los penalistas, se han aplicado con todo empeño al estudio de la infancia anormal, considerándola como sujeto activo y pasivo de actos morales, y creando en torno de ella un nuevo ambiente ético-jurídico que tiende a defender a estos niños contra sus enemigos externos y aun contra su propia deficiencia filosófica, tratando de evitar el daño que pueden causarse a sí mismos y a la sociedad en que viven, todo ello con un espíritu de elevada moralidad, según aquella fórmula de doña Concepción Arenal: «En las sociedades y en los individuos la perfección moral consiste en ir reconociendo mayor número de deberes y cumpliéndolos mejor» (1).

(1) *Cartas a un señor*. Carta IX.

La obra protectora de la infancia, que cada día adquiere mayor intensidad, para bien de todos, tiene aún mucho que hacer en lo que se refiere a los niños anormales, porque esta rama de la Paidología casi puede decirse que es de ayer, sobre todo en lo que se refiere a su propia substancialidad, ya que hace pocos años que se ha especializado, desgajándose del árbol benéfico y puramente sentimental en que durante siglos ha convivido con otras miserias de la existencia humana. Por lo que particularmente se refiere a España, la acción protectora de los niños anormales es todavía más reciente que en otras naciones de Europa, donde los estudios de Paidología han alcanzado gran estimación entre los hombres de ciencia, y donde un estado económico superior permite dedicar cuantiosas sumas a una obra necesariamente difícil y cara.

Reina en estas materias una lastimosa ignorancia; lo que quiere decir que la obra de protección a los niños anormales está hoy en manos de unos pocos especialistas que aun no cuentan con la colaboración social o la tienen en ínfimo grado. Los organismos protectores han de realizar, pues, un trabajo inmenso, no sólo para aten-

der a las necesidades de la infancia anormal, sino también para formar un ambiente de opinión de donde salgan nuevas fuerzas protectoras. La característica de las obras sociales de nuestra época es precisamente ésta de la difusión por la acción: no se ha de hacer el bien únicamente para remediar un mal, sino para remediar todos los males posibles por medio de la prevención. Esta es la síntesis de la universal fraternidad humana, que ahora innecesariamente se llama solidaridad.

Nuestras Juntas de Protección a la Infancia, que tan plausible labor vienen realizando en todo el país con muy limitados recursos, se hallan frecuentemente preocupadas ante esta pregunta: «¿Qué hacer con los niños anormales?» Porque para atender a esta necesidad no basta el noble sentimiento de amor a la infancia, ni el caritativo deseo de practicar el bien, ni aun el dinero y los recursos materiales. Lo esencial es saber cómo la acción protectora ha de realizarse. Ocurre en esto lo que en los accidentes que exigen una cura de urgencia. Poco vale la buena voluntad y las riquezas ante un herido que se desangra, o un asfixiado que se ahoga, o un

congestionado que no da señales de vida: lo que entonces vale es el saber. Por eso tienen en este particular tan extraordinaria importancia las cartillas llamadas samaritanas, que enseñan a todos estas primeras reglas de asistencia en tales accidentes.

Algo así conviene preparar en lo que se refiere a los niños anormales. Difundir las normas fundamentales de protección para que todo el mundo sepa lo que puede hacer cuando sea necesaria la protección a un niño ciego, a un cretino, imbécil o idiota. Como testimonio de la ignorancia que reina en estas cosas, recordaremos una escena que presenciamos no hace mucho en Madrid.

Era una familia regularmente acomodada; los negocios del marido le ponían necesariamente en relación con muchas personas de instrucción. Un día tuvimos necesidad de visitarle, y, estando en su gabinete de trabajo, oímos unos gritos estridentes que partían de una habitación inmediata.

—No se asuste usted:—nos dijo,—es mi sobrino, que el pobre es idiota.

Pasamos a verle y nos encontramos con un

hombrecillo seco y consumido, con la cabeza picuda, la mandíbula prognata, la boca grande y abierta, la faz inexpresiva...; estaba atado a una sillita de brazos, de éstas que se emplean para los niños, y rodeado de la señora de la casa, las hijas..., la familia, en una palabra.

—Ahí le tiene usted:—nos dijo la señora, que era modelo de virtudes;—fué abandonado por sus padres, que eran primos míos, y yo le recogí cuando tenía diez años; hoy tiene veintiséis; le queremos como un hijo y le cuidamos mucho... pero siempre atado a la silla, porque si no, se golpea y se hace mucho daño.

—¿Y no han pensado ustedes nunca en algún tratamiento curativo, o al menos paliativo?—preguntamos.

—No señor,—nos respondieron,—porque estas cosas no tienen remedio.

Y tal vez la señora tenía razón al pensar que aquel anormal psíquico profundo era incurable; pero probablemente no lo sería a los diez años, cuando fué recogido por amor; y si desde entonces hubiese estado sometido a un tratamiento adecuado, acaso no hubiese llegado a tan triste estado físico y mental, y desde luego no se le

hubiesen atrofiado los músculos locomotores a causa de aquellas ligaduras. Pues como este lamentable caso podríamos citar otros muchos de ignorancia funesta en lo referente a los niños sordomudos, afásicos, ciegos, etc., por parte de familias, al parecer cultas, que viven en grandes centros de población. Y si esto ocurre en las ciudades, ¿qué no ocurrirá en el campo?

Urge, pues, vulgarizar la práctica de la protección a los niños anormales; y este es el objeto del presente estudio, el cual no es ni puede ser una obra de investigación científica, de análisis y crítica de los métodos y procedimientos de protección a los niños anormales, sino una labor de sencilla exposición de lo que parece ser doctrina ya admitida como clásica por los que entienden de estas cosas, para uso de la generalidad de las personas a quienes pueda interesar, y muy especialmente para los organismos de protección que por la índole de su función social se hallan más en relación con las miserias infantiles.

Por encargo del Consejo Superior, que nos ha honrado al confiarnos este estudio, ofrecemos a la consideración de los señores delegados de las

Juntas este trabajo, con el natural temor que en nuestro ánimo causan, de un lado, la magnitud del problema, y de otro, la pequeñez de las fuerzas de que disponemos para dilucidarlo.

*
* *

Lo que primeramente se impone en este asunto es fijar bien el concepto de anormalidad infantil, el cual no se halla claramente definido ni en la esfera de las ciencias médico-higiénicas ni en la otra, más amplia, de las ciencias filosóficas o morales. Evidentemente no podemos aplicar a este caso la definición estrictamente gramatical, según la cual el vocablo «anormal» se aplica a «lo que accidentalmente se halla fuera de su natural estado o de las condiciones que le son inherentes (1)», pues tan grande generalidad, lejos de definir o limitar el concepto, lo diluye de modo considerable. Debemos confesar, sin embargo, que la tendencia actual de los estudios sobre la anormalidad es extensiva, comprendiéndose en ellos muchos casos de alteración de las condiciones normales del sujeto, que antes, por su ac-

(1) *Diccionario de la Real Academia Española*, Decimotercia edición. 1839.

cidentalidad, no despertaban la atención de los doctos. Hay especialistas para quienes la más leve perturbación orgánica es signo de anormalidad, de donde deducen que la mayoría del género humano está formada de anormales; otros, al contrario, restringen más de lo debido el concepto, no admitiendo más anormales que los locos. Para los que así piensan, no son anormales los mudos, ni los ciegos, ni los atáxicos, ni los lisiados... A nuestro juicio, y, sobre todo, atendiendo a las necesidades del presente estudio, conviene huir de ambos extremos y buscar en un prudente término medio la significación del concepto que ha de servirnos de base de clasificación.

Fijemos antes el criterio de la definición. Este criterio no puede ser puramente analítico, porque nos llevaría a señalar límites anatómicos y biológicos de difícilísima determinación. Preciso es que adoptemos un criterio realmente experimental, con referencia a los actos de la vida de relación, teniendo en cuenta la índole fundamentalmente social de la obra de protección infantil. Con arreglo a este criterio, se puede admitir la definición que de los anormales ha dado el doc-



tor Courjon, diciendo que son aquellos sujetos que «a consecuencia de enfermedades congénitas o adquiridas se hallan en tales condiciones que no pueden realizar la vida social normal» (1).

Este concepto se compagina perfectamente con el de la adaptación al medio, que parece ser el que hoy siguen la mayor parte de los autores que se ocupan de estas cosas; y tratándose de niños, el criterio de la adaptación es indispensable desde el punto de vista de la protección pedagógica. En efecto: la obra de la Pedagogía es obra de adaptación; su fin no es otro que preparar al niño de modo que pueda adaptarse a la vida social sin perturbación alguna; diríase que el maestro es un forjador que moldea una pieza mecánica para colocarla a su debido tiempo en la gran máquina, en forma tan perfecta que no se produzcan rozamientos entorpecedores del movimiento general, que rompan o desgasten la propia pieza que con las demás contribuye a la armonía del conjunto. En la maquinaria

(1) Dr. Courjon, *Education, traitement et assistance des enfants anormaux*. XIV Congreso internacional de Medicina.—Madrid, 1903.

social hay piezas inadaptables, que son los seres anormales, y a corregir esta deficiencia tiende la obra protectora de los médicos, los pedagogos y los sociólogos, estudiando las anormalidades en la infancia, que es la época más propicia para la corrección de las deficiencias.

Conforme a este criterio podremos admitir como niños anormales los que por su deficiencia orgánica no pueden adaptarse a la vida social en las condiciones ordinarias. Así, serán anormales los niños *mudos*, porque carecen del principal elemento de relación social, que es la palabra; lo serán igualmente los niños *ciegos*, por razón análoga, aunque en menor grado; lo serán, en fin, los niños, por antonomasia llamados *mentalmente anormales*, cretinos, imbeciles, idiotas, etc., porque se hallan privados del recto uso de la facultad de discurrir, que, al fin y al cabo, es la facultad de relacionar. En cambio, no serán anormales, para este efecto, los deficientes del aparato locomotor (paralíticos, atáxicos, lisiados...) porque su desgracia no les priva de convivir con los seres normales, especialmente en la escuela y en el trato familiar, haciendo la vida ordinaria y recibiendo en las condiciones corrien-

tes los beneficios de la educación y de la enseñanza.

*
* *

La acción protectora de los niños anormales ofrece tres aspectos: el primero es de carácter médico-higiénico y se refiere a la profilaxia y la curación, cuando sea posible, de la anormalidad; el segundo es pedagógico y afecta a la atenuación de los efectos de la anormalidad por medio de la educación y la enseñanza, y el tercero es el aspecto social o de incorporación a la vida corriente con la protección tutelar que los anormales necesitan durante toda su vida. Estos tres aspectos de la acción protectora suelen estar relacionados con la edad de los individuos, y así vemos que a la profilaxia y la curación se ha de acudir en los primeros tiempos de la vida, y aun antes del nacimiento, para evitar las inexorables consecuencias de la herencia biológica; la atenuación pedagógica tiene como época oportuna de aplicación los años infantiles, aunque, como ocurre en las personas normales, ha de continuarse indefinidamente mediante el estudio y el

trato con los demás hombres; la tutela social de efectiva adaptación al medio, comienza en la juventud, cuando el sujeto está ya educado, y la acompaña hasta el día de su muerte.

Estos tres aspectos de la protección a los niños anormales nos dan también la razón del método que debemos seguir, que, en este problema, como en todos los sociales, ha de ser siempre objetivo y adecuado a la realidad presente, determinándose de este modo con facilidad cuándo la intervención ha de ser de carácter médico, cuándo pedagógica y cuándo social o jurídica.

La compleja constitución de los organismos protectores de la infancia, en los que hay representaciones de las ciencias médicas, pedagógicas y sociales, les permiten una intervención muy eficaz, advirtiéndolo, sin embargo, que esta intervención ha de ser sintética, pues en la mayoría de los casos es muy difícil aislar en el niño anormal las necesidades de diverso orden para que cada una sea atendida separadamente.

Existen normas de protección que afectan a todos los anormales, y aun puede decirse que a

todos los seres humanos, y son precisamente las que se refieren a la profilaxia. Son éstas, reglas universales de higiene que todas las personas deben observar estrechamente, para no contribuir al aumento de la población anormal. Si fuera posible investigar una por una las causas de tantas miserias humanas, ¡cuántas secretas responsabilidades se habrían de descubrir! ¡cuántos de estos desventurados anormales podrían imputar su triste estado a nuestra desidia, a nuestra pereza, cuando no a nuestros caprichos, a nuestros vicios, a nuestras bajas pasiones! Conviene, pues, que en este particular todo el mundo cumpla con su deber, conservando como un tesoro, a la vez propio y ajeno, su salud, y evitando todo cuanto pueda ser causa de degeneración orgánica. La norma de moderación, la *sofrosina* de los griegos, es la mejor garantía de una vida sana. Todos los desórdenes y los vicios son vituperables, pero lo son en grado sumo los referentes al alcoholismo y la lujuria. En lo que especialmente ahora nos interesa, recordaremos que, según enseña la estadística, gran parte de los anormales congénitos son hijos de sujetos alcohólicos, sifilíticos y degenerados por la vida viciosa.

Otra causa de degeneración biológica, y por lo tanto de anormalidad, es la consanguinidad de los padres: así lo acredita la experiencia. Conviene, pues, evitar las uniones entre individuos consanguíneos, sobre todo cuando los futuros cónyuges son de constitución débil o tienen afinidades patológicas. En este punto es preciso coadyuvar en todos los órdenes a las sabias restricciones canónicas sobre matrimonios consanguíneos. Finalmente, conviene restringir de igual modo y por idéntica razón el matrimonio entre anormales congénitos, pues la herencia de la anormalidad en este caso está comprobada por la estadística. Cuando no es directa, la herencia de la anormalidad salta a otras generaciones sucesivas (atavismo).

Claro es que esta materia, por lo mismo que atañe a la misma fuente de la vida, en relación con los más profundos sentimientos del corazón humano, exige una grandísima prudencia, que nos obliga a huir de las exageraciones de ese nuevo arte conocido con el nombre de *Eugenética*, exageraciones que conducen a lamentables extremos. La familia humana no es una ganadería que se mejora por selección zootécnica. El factor

moral, propio de nuestra especie, exige que a los hombres se les trate como hombres y no como animales. En la realidad viviente, la prudencia sabrá suavizar la dura aplicación de las leyes de la biología. Quede sentado que la mayor parte de las anormalidades congénitas son de carácter hereditario, y de este teorema sáquense las consecuencias que convengan en cada caso.

*
* *

De todas las anormalidades infantiles de carácter fisiológico relacionadas con la facultad de hablar, la más importante es la sordomudez, por ser la que más gravemente afecta a la vida de relación. Aquí la enfermedad es la sordera, y la consecuencia, la mudéz: el sordomudo no habla porque su sordera no le ha permitido oír las palabras, y, por lo tanto, aprenderlas. Resulta, pues, la sordera infantil una afección gravísima, porque es la causa instrumental de la mudéz, y todo cuanto se haga por evitarla será poco; y, naturalmente, ha de preocuparnos más la sordera congénita que la adquirida.

«Las causas de la sordera congénita—ha dicho

Saint-Hilaire—pueden resumirse en una palabra: degeneración»; y Ranjard, añade, que aunque «sea consecuencia de una mala conformación o de un retraso en el desarrollo o el resultado de una lesión que sobrevenga en el curso de la vida intrauterina, esta enfermedad es una tara, y una tara heredada de la que son responsables los procreadores» (1). En su consecuencia, la primera regla de protección infantil contra la sordomudez, ha de ser la que se refiere a la lucha contra la degeneración por medio de la higiene social, que cuida de fortificar la raza luchando contra esas terribles plagas que la consumen: el alcoholismo, la tuberculosis, la sífilis, las neuropatías de todo linaje. Conviene igualmente dificultar los matrimonios consanguíneos, así como los homogéneos, es decir, aquellos en que ambos cónyuges son sordomudos congénitos, para evitar la intensificación de los estigmas degenerativos. Es del mayor interés, igualmente, cuidar de la higiene del alumbramiento, para evitar peligrosísimas infecciones bucales, nasales y auriculares que pueden llegar a destruir el órgano de la audición

(1) R. Ranjard: *La surdit   organique*.—París, 1912.

o aun propagarse a las cubiertas encefálicas, ocasionando terribles meningitis. Finalmente, se ha de atender con especial preocupación, en las primeras épocas de la vida del niño, a la higiene del oído y de las cavidades bucal y nasal, pues la infección de estas vías produce lesiones auditivas que llevan a la sordera; y se ha de recomendar a las madres de familia que huyan como de la peste de los remedios empíricos y curanderiles, y que tan pronto como noten la menor alteración en el conducto auricular o en las cavidades nasofaríngeas, acudan al consejo del médico, y si el médico es un especialista, mejor.

En los primeros años de la sordera se procurará una constante excitación del órgano auditivo, sin perder la esperanza de que el niño llegue a la audición, pues a veces ésta se halla solamente atenuada por causas diversas y puede reavivarse con el ejercicio: esta gimnasia de regeneración auditiva ha devuelto el oído a muchos niños sordos, que conservaban como en estado latente lo que se ha llamado *islotes auditivos*; pero para tales ejercicios ha de oirse antes la opinión de quien entienda de estas cosas.

Si la sordera es definitiva (como suelen serlo

las que tienen origen meníngeo), la acción protectora entra en el campo pedagógico, es decir, que urge entonces enseñar la palabra al niño sordo por los procedimientos substitutivos del oído, que alcanzan hoy una admirable perfección. No es este el lugar apropiado para exponer los principales métodos de enseñanza de los sordomudos (mímico, dactilológico, gráfico, oral), pero sí de decir que el método oral puro que enseña la palabra por la palabra, haciendo que el sordo imite la palabra que lee en los labios de su interlocutor, es el preferible, y, como tal, el recomendado por los grandes pedagogos y por los congresos de la especialidad. Como hemos dicho en otra parte, el método oral es el más perfecto como medio de comunicación familiar, rápido y complejo, maleable a todas las formas del sentir y del pensar, excelente índice nemotécnico e instrumento de expresión a la vez sensible y espiritual, constituyendo además una provechosa gimnasia respiratoria absolutamente precisa a los sordomudos para eximirlos de graves lesiones pulmonares. La experiencia, iniciada por nuestro Ponce de León en el siglo xvi, ha demostrado que es posible enseñar a hablar a los sordomudos, y muchos cole-

gios del extranjero, especialmente los italianos, y algunos de España, cuentan con discípulos que son la mejor prueba de esta consoladora realidad.»

Al niño sordomudo hay que hablarle siempre como si oyera; de este modo se acostumbrará a la lectura labial, y por instinto de imitación, estimulado por la necesidad de hacerse entender, procurará repetir lo que se le dice y adelantará cada día en el conocimiento del lenguaje hablado. Debe evitarse, siempre que sea posible, el uso de la mímica convencional, que, como más fácil que la palabra, será preferida por el niño, al cual ha de obligársele a hablar en el lenguaje que le servirá para las relaciones sociales, no en el restringido, que sólo tiene valor entre los mímicos y que ha sido calificado por White como un «medio semibárbaro de comunicación».

Es del mayor interés comenzar cuanto antes la enseñanza oral del niño sordomudo, en aquellos primeros años en que tiene más fuerza el impulso de la herencia, que hace más fácil la adquisición del lenguaje, pues no ha de olvidarse que el hombre es naturalmente parlante. Empezando pronto, se puede establecer con mayor facilidad una re-

lación entre el corto ideario del niño y el vocabulario correspondiente, utilizándose con mayor eficacia la ductilidad de su espíritu, que se amolda a todas las sugerencias del maestro. En este particular merecen especial recomendación las escuelas maternas, que con tanto celo preconiza el distinguido sordomudista Sr. Granell, director del Colegio Nacional de Sordomudos de Madrid. Tipo de estas escuelas es la dirigida en Filadelfia por la señora Garret, donde ingresan los niños sordos a los tres y aun a los dos años, permaneciendo en ella hasta los nueve o diez, aprendiendo a hablar por el método oral y capacitándose para asistir después a una escuela de niños normales y aprovecharse de su enseñanza, con tal que se les coloque en los primeros bancos y puedan ver bien la cara del maestro.

En este punto, como en el referente al aspecto médico-higiénico del problema, conviene oír desde el primer momento la opinión de las personas versadas en la pedagogía de la sordomudez, teniendo en cuenta que la educación de los niños sordos es de una importancia inmensa, porque un sordomudo ineducado vive en las fronteras de la irracionalidad.

La enseñanza técnica profesional es del mayor interés para las personas privadas del oído, a fin de abroquelarlas para la lucha de la vida, en ellas más difícil que en los individuos normales. El sordomudo es apto para toda clase de profesiones, menos, naturalmente, para aquellas que exigen capacidad auditiva. Para las artes gráficas tiene especial aptitud, y a poco que se trabaje en su formación manual, se obtienen resultados muy satisfactorios.

En lo que se refiere a la protección social de los sordomudos, es necesario incorporar éstos de un modo normal a la sociedad de los auditivos para que convivan con ellos durante toda la vida. Para conseguirlo, no hay mejor recurso que el trabajo, y a fin de que nunca les falte a los sordomudos, se han de organizar asociaciones y bolsas del trabajo encargadas de buscárselo. Se ha de emplear también la asociación como elemento de cultura, de socorro mutuo, de previsión y de honesto recreo; pero procurando que las asociaciones no estén formadas exclusivamente de sordomudos. La asociación unilateral que congrega a los sordomudos en un reino aparte como si se tratase de una casta inferior, además de

oponerse a las más razonables exigencias de la dignidad humana, tiene el principal inconveniente de intensificar los defectos inherentes a la sordomudez: el mimetismo, el graficismo, el infantilismo; además, facilita los matrimonios homogéneos, que ya queda dicho que son peligrosos para la descendencia. Es, pues, mejor la asociación mixta de mudos y parlantes.

*
* *

Así como hay muchos sordomudos que no lo serían si hubiesen recibido en sus primeros años todos los cuidados higiénicos que exige la debilidad infantil, así también existen muchísimos ciegos que no debían de serlo, si con ellos se hubieran guardado igualmente las reglas de profilaxia de la ceguera, que por su facilidad están a la mano de todos. La mayor parte de las ceguerras que se llaman *de nacimiento*, no son congénitas, sino que han sido adquiridas por el niño en el momento de nacer: proceden de la denominada conjuntivitis purulenta de los recién nacidos, curable cuando a ella se acude en tiempo oportuno. Sencillos lavados en la madre y en el

niño bastan para evitar esta gran desgracia. Otras cegueras adquiridas provienen de infecciones producidas por los gérmenes morbosos del ojo enfermo, que llegan a ponerse en contacto con el ojo sano. En la mayoría de los casos una razonable precaución y una exquisita limpieza bastan para evitar las infecciones. Pero siempre se ha de consultar con el médico, y jamás se debe dar oídos al empirismo de comadres y curanderos, a cuya criminal intervención hay también que atribuir gran parte de las cegueras incurables.

Como ocurre en la anormalidad auditiva, la ceguera congénita es una consecuencia de la degeneración orgánica, y las mismas causas que, según hemos visto, pueden producir la sordomudez, traen a veces la ceguera. Si las causas son iguales, también han de ser iguales los remedios, procurando fortificar la raza con el cumplimiento de las normas de la higiene social, especialmente en la lucha contra esas grandes calamidades que se llaman tuberculosis, sífilis, alcoholismo. Del mismo modo se ha de restringir todo lo posible el matrimonio entre individuos consanguíneos, y observar idéntica norma de prudente es-

torbo a la unión conyugal, cuando los dos futuros cónyuges estuviesen afectos de ceguera.

Grande es la desgracia del niño ciego; pero la conservación y refinamiento del oído atenúa en parte el mal. El niño ciego no se halla, como el niño sordomudo, aislado de la sociedad, ya que su oído es el vehículo de las ideas y el camino real del pensamiento. Así, el niño ciego puede ser y de hecho es educado por el medio ambiente, sin que ninguna persona le enseñe; este niño va formando su ideario en la familia, en la calle, en el paseo, en el inmenso campo social en que se mueve. En el aspecto pedagógico, el problema de la ceguera no es tan grave como el de la sordomudez; pero esta ventaja se halla compensada con una mayor gravedad en el aspecto social. En efecto: mientras el sordomudo previamente educado puede ejercer con provecho la mayor parte de las profesiones que constituyen la actividad humana, sin más limitación que aquellas que exigen capacidad auditiva, el ciego, por el contrario, halla muy restringido el campo de su trabajo, ya que la casi totalidad de las ocupaciones, y sobre todo las de carácter manual, requieren imprescindiblemente el ejerci-

cio de la vista. Fuera de las profesiones literarias o musicales (no siempre asequibles a los ciegos pobres), la tipografía en relieve y un corto número de oficios de manipulación grosera, como la cordelería, la cepillería, los tejidos de fibras vegetales y pocos más, el ciego tiene cerrado el campo del trabajo, y por eso cae, con dolorosa frecuencia, en la mendicidad callejera, para la que, en el estado actual de nuestras organizaciones sociales, hay que tener una tolerancia misericordiosa. Por eso, mientras el problema de los sordomudos es todo de carácter pedagógico, el de los ciegos tiene substancialmente carácter social.

Pero, sin pensar en estos grados superiores de ilustración, desde luego se puede conseguir en todos los niños ciegos, cuando tengan en estado de normalidad sus facultades intelectuales, la cultura general media que les permita convivir con los hombres educados según las exigencias de la sociedad moderna. En cuanto a su aptitud para la música, reconocen los especialistas en estas materias que no es mayor en el ciego que en el vidente, pues la ceguera no modifica las condiciones auditivas ni mucho menos las estéticas

del individuo; pero admiten como cierto que el ciego tiene mayor facilidad para el aprendizaje musical, ya que por necesitar el empleo constante del oído para todos sus actos de relación, llega a adquirir en él una sensibilidad, una disciplina y una atención que no suelen ser frecuentes en las personas de vista.

Conviene desde los primeros años de la vida del niño ciego acostumbrarle al trabajo manual, ya que en este trabajo del ciego el tacto substituye a la vista. Se ha de procurar que el niño ciego no esté en el hogar familiar como un ser inútil, pesada carga de los que con él conviven, y para ello se le enseñará a valerse por sí mismo en los menesteres caseros, de modo que, en lo posible, no le acongoje la consideración constante de su inferioridad. La educación, que hace milagros con los sordomudos, los hace también con los ciegos; y todo el mundo habrá visto ciegos educados que manejan perfectamente los objetos de su uso personal, que trabajan, que hacen una complicada vida de sociedad, que escriben y que andan solos por calles populosas.

Hemos dicho antes que, mientras las fuerzas sociales no resuelvan el problema de la vida del

ciego, es preciso ser tolerantes con los ciegos que viven de la limosna; pero esta tolerancia no reza con los niños. No hay razón alguna que pueda justificar la mendicidad del niño ciego, el cual debe ser mantenido por sus padres, y si esto no fuere posible, por la Beneficencia particular u oficial. La mendicidad deprava al niño, y, al apartarle del trabajo y de la escuela, le condena a inutilidad permanente. Es preciso ser inexorable con quienes hacen mendigar al niño ciego, y para ello se puede apelar a las coacciones y sanciones de la ley que prohíbe la mendicidad de los menores (1).

Finalmente, conviene fomentar las asociaciones de ciegos que, como las de sordomudos, pueden realizar una excelente función protectora, así en lo que afecta al trabajo, como a la enseñanza, a la mutualidad y a la tutela social, tan necesaria a las personas privadas de la vista.



«La protección a la infancia degenerada es lo más exquisito y difícil del sistema protector.

(1) Ley de 2 de Agosto de 1903.

Nada tiene, pues, de extraño que aún no la hayamos nosotros dominado, embargados como nos vemos por otras preocupaciones de conservación infantil de más urgente atención. No somos tampoco la única excepción en Europa en lo que se refiere a este aspecto de la profilaxia social: aún hay naciones, de las que ocupan las avanzadas del progreso, donde el problema de los niños mentalmente anormales se halla, como entre nosotros, en el período del planteamiento. Otros pueblos más poderosos, inteligentes y ricos, están ya en camino de resolverlo; sirvan ellos de estímulo y de enseñanza para todos.»

Esto que escribíamos en 1908 en nuestra obra *La Protección a la Infancia en España*, puede repetirse hoy, porque en este lapso de tiempo poco ha sido lo que hemos podido progresar en lo que se refiere a tan importante materia. Sin embargo, no se ha perdido del todo el tiempo, pues gracias a los trabajos de algunos especialistas (médicos, pedagogos, sociólogos) se ha logrado incorporar el problema a la preocupación de las personas cultas y aun hacer que sea objeto de estudio en algunos centros de enseñanza.

Los niños mentalmente anormales, desde los que ocupan el primer plano de la serie con el nombre de retrasados (*anormales de escuela*) hasta los de anormalidad profunda (*anormales de asilo*, imbeciles, etc.), requieren una atención predilecta en todo sistema protector, no sólo por el propio bien que se les hace mejorando su lamentable condición, sino especialmente por el interés social, ya que estos sujetos son valores perdidos para la sociedad, y frecuentemente elementos perturbadores y peligrosos, factores aptos para el vicio y la delincuencia.

Son estos niños las víctimas inocentes de la degeneración, producto de los grandes vicios sociales, estigmas vergonzosos del envilecimiento de la raza. La estadística enseña que la mayor parte de ellos proceden de hospicios y asilos donde la caridad o la beneficencia recogen los emponzoñados frutos de la miseria o del vicio; y en los que nacieron en mejor cuna, no es difícil hallar el entronque con la fuente envenenada que por atavismo transmite sus gérmenes degenerativos saltando de una a otra generación. Repitamos aquí lo que, al tratar de otras anormalidades, hemos dicho sobre la necesidad de atender a la

fortaleza de la raza mediante el culto de la higiene y la moral.

Las anormales del primer plano pueden convivir con sus familias en el hogar doméstico y con los demás niños en la escuela, formando un grupo o sección aparte en ésta, como si se tratase de un grado especial, si es que no se prefiere la escuela autónoma de anormales, pues para las dos opiniones hay argumentos en Pedagogía. Pero sea cualquiera de estos dos el camino que se siga, siempre será preciso emplear con tales niños un tratamiento individual, cuya base es la higiene y, sobre todo, la gimnasia rítmica, la educación de los sentidos y de la inteligencia y la formación del carácter, según las reglas de la Pedagogía especial.

La obra de protección familiar a que por su índole deben atender nuestros organismos protectores, es muy difícil cuando se trata de niños profundamente anormales, porque la mayor parte de éstos no pueden vivir con sus familias, necesitando un régimen específico de internado en establecimientos dedicados exclusivamente a ellos.

El tratamiento de estos niños requiere una dirección técnica especializada, de carácter a la

vez médico y pedagógico. Ordinariamente, esta asistencia se da en establecimientos situados en el campo, donde los niños se ven libres de los excitantes de la vida refinada de las grandes urbes, y donde pueden recibir como una bendición la influencia sedante y la acción tonificadora de la libre naturaleza. Su tratamiento es individual, de carácter médico-pedagógico, y se desarrolla dentro de un programa que comprende, en primer término, una refinada higiene, y después el ejercicio ordenado del sistema muscular por medio de la gimnasia rítmica (método sueco), la educación de los sentidos, los juegos, los ejercicios mentales basados en la intuición, la formación de la voluntad por el trabajo y la ocupación continuos... todo con carácter circunstancial, y bajo la sugestión del director especialista, ayudado de los recursos que le proporciona la Pedagogía especial y la Psiquiatría (1).

(1) Para la educación de los niños mentalmente anormales no conocemos más establecimientos especiales que la *Escuela-Sanatorio para niños y niñas mentalmente deficientes*, que dirige el profesor D. Francisco Pereira (calle de Suero de Quiñones, Prosperidad, Madrid). Algunos Asilos, como los de los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, de las Religiosas de la Sagrada Familia y otros, recogen caritativamente y cuidan a estos niños anormales.

Conviene que estos niños se ejerciten en el trabajo manual, siendo frecuente en los establecimientos especiales el trabajo agrícola y de jardinería, que tiene sobre otros la ventaja de una mayor facilidad y de realizarse al aire libre, tan necesario para tonificar el organismo del niño sujeto a tanta causa de degeneración.

¿Qué pueden hacer, pues, los protectores de la infancia en presencia de los niños mentalmente anormales? Procurar la mejora de sus condiciones orgánicas mediante la práctica de las reglas higiénicas y el empleo de aquellos recursos confortativos, como las excursiones, las colonias de montaña y de mar, los ejercicios gimnásticos y el apartamiento de las influencias perniciosas de la vida urbana. Pero lo principal es poner al niño en manos de los especialistas, médicos o pedagogos, que son los que saben lo que conviene hacer en cada caso.

*
* *

Hemos llegado al fin de nuestro humilde estudio. La modestia de este trabajo nos obliga a repetir una vez más que no hemos pretendido, al escribirlo, abarcar en su inmensa esfera científi-

ca, así médica como pedagógica y social, el problema de los niños anormales. Nuestro intento ha sido dar a los protectores de la infancia algunas reglas para que más fácilmente puedan hacer bien a los niños sordomudos, a los ciegos y a los deficientes mentales. Esta protección es obra de altísimo valor moral. Ya que en la mayoría de los casos los niños anormales son víctimas de la degeneración de la raza, busquemos los medios de atenuar los males de estos inocentes, acercándonos a ellos para hacerles menos triste la vida.

CONCLUSIONES

He aquí ahora las reglas prácticas que se derivan de cuanto dejamos expuesto:

NIÑOS SORDOMUDOS

1). Deben evitarse en lo posible los matrimonios entre consanguíneos, así como entre sujetos sordomudos congénitos, que no sólo ofrecen el peligro derivado de las leyes biológicas de la herencia, sino que intensifican la desgracia y tienden a formar una población de sordomudos apartada de la población normal.

2). Conviene atender con el mayor esmero a la asepsia del parto, a fin de evitar infecciones en las cavidades auricular, bucal y nasal del recién nacido, que pueden ser causa de la sordera.

3). Son peligrosos, especialmente para el oído de los niños pequeños, los ruidos muy intensos, como los de los silbatos y sirenas de las máquinas de vapor, los cañonazos, las campanadas próximas, etc.; pues producen desgarramiento del tímpano y perturbaciones varias en el delicado aparato auditivo, con riesgo de sordera, y, por consecuencia, de mudéz.

4). Todas las afecciones de los oídos, y especialmente las que producen supuraciones, son de cuidado, y exigen un tratamiento médico racional, debiendo proscribirse en absoluto todo tratamiento empírico.

5). Conviene cuidar con especial interés todas las afecciones de la nariz y de las fosas nasales, que ofrecen vegetaciones adenoideas, porque pueden producir sorderas graves que determinen la mudéz.

6). Todas las enfermedades infecciosas, tales como la difteria, la escarlatina, la viruela, la tos ferina, el sarampión, etc., capaces de producir

gérmenes infecciosos, pueden ocasionar graves afecciones auditivas que lleguen a la sordera y, por consecuencia, a la mudéz.

7). No debe introducirse en el oído sustancia alguna sin prescripción facultativa. El aceite y la leche son peligrosísimos, porque se descomponen con facilidad y producen infecciones graves.

8). Conviene organizar colonias de niños sordomudos en la montaña y en la orilla del mar.

9). Para las personas que conservan algún resto de audición, que perderían seguramente si no se ejercitase el sentido del oído, conviene emplear un procedimiento de reeducación auditiva, que consiste en hablarles al oído con voz natural, comenzando por las vocales *a, o, u*, siguiendo con sílabas, luego con palabras y con instrumentos musicales, sin desesperar porque los efectos satisfactorios no sean muy rápidos.

10). Conviene cuidar con especial solicitud de la vista de los niños sordos a fin de conservarla siempre en perfecto estado higiénico, sometiendo al examen de un oculista la menor alteración que en ella se note.

11). Conviene comenzar desde los primeros

años la enseñanza del lenguaje al niño sordo, por el método oral puro, evitando los signos mímicos convencionales.

12). Se recomienda el establecimiento de escuelas maternas para la educación de los párvulos sordomudos; y donde estas escuelas no existan, se procurará el ingreso de los niños en las escuelas comunes para que en ellas sean educados hasta su ingreso en las escuelas o colegios especiales.

13). Conviene llevar al niño sordomudo a la escuela o colegio especial de su enseñanza lo más pronto posible, es decir, cuando el niño, estando sano, pueda valerse por sí mismo para su cuidado personal; a saber: vestirse, comer, lavarse, etc., y someterle al plan pedagógico que señale el maestro.

14). Se ha de emplear en el hogar doméstico con el niño sordomudo un trato igual al de los demás niños, y procurar que, como los otros, se eduque en un ambiente familiar de alegría, confianza y cariño.

15). Conviene hablar al niño sordo como si realmente oyera, acostumbrándole a leer siempre las palabras en los labios de su interlocutor.

16). Siendo los sordomudos aptos para toda clase de trabajos, con la limitada excepción de aquellos que exigen la normalidad del sentido del oído, conviene que a todos, pobres o ricos, se les enseñe desde jóvenes un oficio o profesión con que puedan ser miembros útiles de la sociedad y ganarse honradamente la vida.

17). Se ha de procurar que los sordomudos educados convivan con las personas oyentes, apartándolos del aislamiento pesimista y haciéndoles participar de todas las manifestaciones de la vida civil, cumpliendo todos los deberes y utilizando todos los derechos de los ciudadanos.

18). Conviene que los sordomudos se reúnan en asociaciones con fines de mutua protección, cultura, trabajo, ahorro y previsión, representación social y honesto recreo.

19). Se ha de prohibir en absoluto la mendicidad de los niños sordomudos.

NIÑOS CIEGOS

1). Conviene evitar en lo posible los matrimonios entre consanguíneos, así como entre su-

jetos ciegos, que no sólo ofrecen el peligro derivado de las leyes biológicas de la herencia, sino que intensifican la desgracia y tienden a formar una población de ciegos apartada de la población normal.

2). Se ha de enseñar a las madres de familia los peligros de la oftalmía purulenta, especialmente en los recién nacidos.

3). Debe cuidarse particularmente de la higiene de los ojos en los niños, procurando siempre su mayor limpieza, sin emplear otra substancia que el agua, y sometiendo a examen del médico cualquier afección que en los ojos se note, por insignificante que parezca.

4). Conviene organizar colonias de vacaciones en favor de los niños ciegos en la montaña o en la orilla del mar.

5). Ha de cuidarse con especial solicitud del oído del niño ciego, conservándolo siempre en perfecto estado higiénico y sometiéndolo a examen de un especialista tan pronto como sobrevenga en él cualquiera alteración, zumbidos, supuración, mal olor, etc. Igualmente se ha de cuidar del perfecto estado fisiológico de la faringe y de las fosas nasales, por las complicaciones

auditivas que de la enfermedad en estos órganos pueden sobrevenir.

6). Procúrese el establecimiento de escuelas maternas para la educación de los párvulos ciegos; y donde estas escuelas no existan, se ha de llevar a los niños ciegos a las escuelas comunes, para que en ellas sean educados hasta su ingreso en las escuelas o colegios especiales.

7). Conviene llevar al niño ciego a la escuela o colegio especial de esta clase de enseñanza lo más pronto posible, es decir, cuando el niño, estando sano, pueda valerse por sí mismo para su cuidado personal, a saber: vestirse, comer, lavarse, etc., y someterlo al plan pedagógico que señale el maestro.

8). Empléese en el hogar doméstico con el niño ciego un trato igual al de los demás niños, y, procúrese que, como los otros, se eduque en un ambiente familiar de alegría, confianza y cariño.

9). Se ha de evitar que delante de los niños ciegos se hagan elogios de las grandes bellezas del mundo visible, como los cielos, el mar, los jardines, por ser éste un cruel martirio que agría el carácter del ciego y produce otros graves des-

órdenes morales. Por humanidad, y aun por conveniencia, se ha de procurar siempre mantener y fomentar la alegría en estos niños.

10). No se ha de engañar nunca al niño ciego, para que no llegue a creer que su deficiencia orgánica le aparta del mundo de la verdad, creencia que depravaría su carácter.

11). Enséñese al niño ciego la música, haciendo que aprenda el canto, el solfeo y el manejo de algún instrumento, pues con ello podrá endulzar muchas horas amargas de la vida y aun ganarse el pan si de aquellos recursos hubiese menester.

12). Conviene enseñar al niño ciego la lectura y la escritura en signos convencionales de relieve, y formarle una escogida biblioteca, en la que figuren libros de la profesión u oficio a que se haya de dedicar y otros de cultura general, de literatura, ciencias, religión, etc., evitando naturalmente, las lecturas inmorales, entre las que han de contarse las que se refieren a relatos de crímenes, que tanto daño hacen a la juventud.

13). Procúrese que el niño, aunque pertenezca a familia acomodada, aprenda uno de los ofi-

cios manuales asequibles a la habilidad de los ciegos.

14). Se ha de fomentar en el niño ciego el instinto de la sociabilidad, haciendo que frecuente el trato con otros niños ciegos o videntes, y que, llegado el tiempo oportuno, se inscriba en alguna asociación de ciegos y en la de su arte, oficio o profesión.

15). Se ha de favorecer la fundación y el buen funcionamiento de las asociaciones de ciegos y hacer que en ellas colaboren las personas videntes.

16). Es preciso prohibir en absoluto la mendicidad de los niños ciegos.

NIÑOS MENTALMENTE ANORMALES

1). En lo que se refiere a la profilaxia de esta anormalidad, se aplicarán las mismas reglas de precaución generativa y de fortificación de la raza que se ha recomendado al tratar de los niños sordomudos o ciegos.

2). Con los niños mentalmente anormales del primer grado (anormales pedagógicos) se han de observar las siguientes reglas:

a). Someterlos a un exquisito tratamiento higiénico, a fin de conservar en perfecto estado su salud general.

b). Someterlos a un prudente tratamiento hidroterápico de baños y duchas, oyendo el consejo del médico.

c). Sacarlos frecuentemente al campo, para que reciban las influencias bienhechoras del aire y del sol.

d). Hacerles practicar ejercicios ginnásticos graduados bajo la dirección de persona entendida en esta materia.

e). Hacerles participar de los beneficios de las colonias de montaña y de playa.

f). Atender a su educación por medio de un tratamiento individual en escuelas especiales, y, donde no las hubiere, formar con ellos un grado o sección especial de las escuelas comunes.

g). Hacerles participar de la vida familiar, para facilitarles el ejercicio de sus facultades intelectuales y volitivas y evitarles los perjuicios de la tristeza y el ensimismamiento.

h). Enseñarles el trabajo manual.

3). Con los niños afectos de anormalidad mental profunda (anormales de asilo) se obser-

varán las reglas anteriores que les sean aplicables, y se procurará someterlos cuanto antes al tratamiento especial que necesitan en establecimientos adecuados.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	5
El Pedagogo: Diálogo de Eulalio y Filocofo...	9
Colonias	35
Estruendópolis	51
La mano parlante	59
Las maestras franciscanas	67
El perro del sordomudo	99
Gimnástica	107
Pedagogos y médicos: Una controversia interesante	121
Estadística de Sordomudos	147
La Asociación de Sordomudos	163
Padre y maestro: Diálogo	177
Reglas de protección a los niños anormales...	191

ERRATAS MÁS NOTABLES

Pág.	Línea.	Dice.	Debe decir.
29	20	instrumento de previsión	instrumentos de precisión
32	9	de orden	del orden
48	última	egios	egoís
67	8	abandonada su	abandonada a su
112	17	insuficiencia	influencia
114	última	grande	grado
153	2	noticias personales	noticias
203	22 y 23	<i>Eugenénica</i>	<i>Eugenética</i>

OBRAS DEL MISMO AUTOR

De carácter literario:

- Narraciones bíblicas. Primera serie.—Palencia, 1893.
El Album. Colección de lecturas morales y recreativas.—Einsiedeln, 1894.
De re rustica. Cuentos campesinos.—Valencia, 1895.
Lo viejo y lo nuevo. Novela.—Madrid, 1896.
Cuentos escogidos.—Barcelona, 1896.
Quo Vadis...? (Traducción española de la novela de Sienkiewicz).
Einsiedeln, 1896.
La iniciación del Garbancín. Novela.—Madrid, 1901.
La conversión de Francisco Coppée.—Madrid, 1899.
La educación del sentimiento estético.—Madrid, 1901.

De carácter social:

- Sinopsis para un estudio de la institución del Seguro.—Madrid, 1906.
Don Bosco.—Madrid, 1907.
El Seguro obrero en España.—Madrid, 1908.
La Protección á la Infancia en España.—Madrid, 1908.
Régimen de transición entre el Seguro libre y el Seguro obligatorio.—Madrid, 1909.
Ensayo de un Vocabulario social.—Madrid, 1911.
Sanglingsfürsorge und Mutterschutz in Spanien.—Historisches.—Leipzig, 1911.
Ideas pedagógicas sobre Previsión.—Madrid, 1912.
Lecciones elementales de Previsión.—Madrid, 1913.
Concepto y organización de la Mutualidad escolar.—Madrid, 1913.
Juventud y Previsión.—Madrid, 1914.

ALVARO LÓPEZ
NÚÑEZ

EL MUNDO
DE LOS
SILENCIOS

PRECIO:
3,50 ptas
